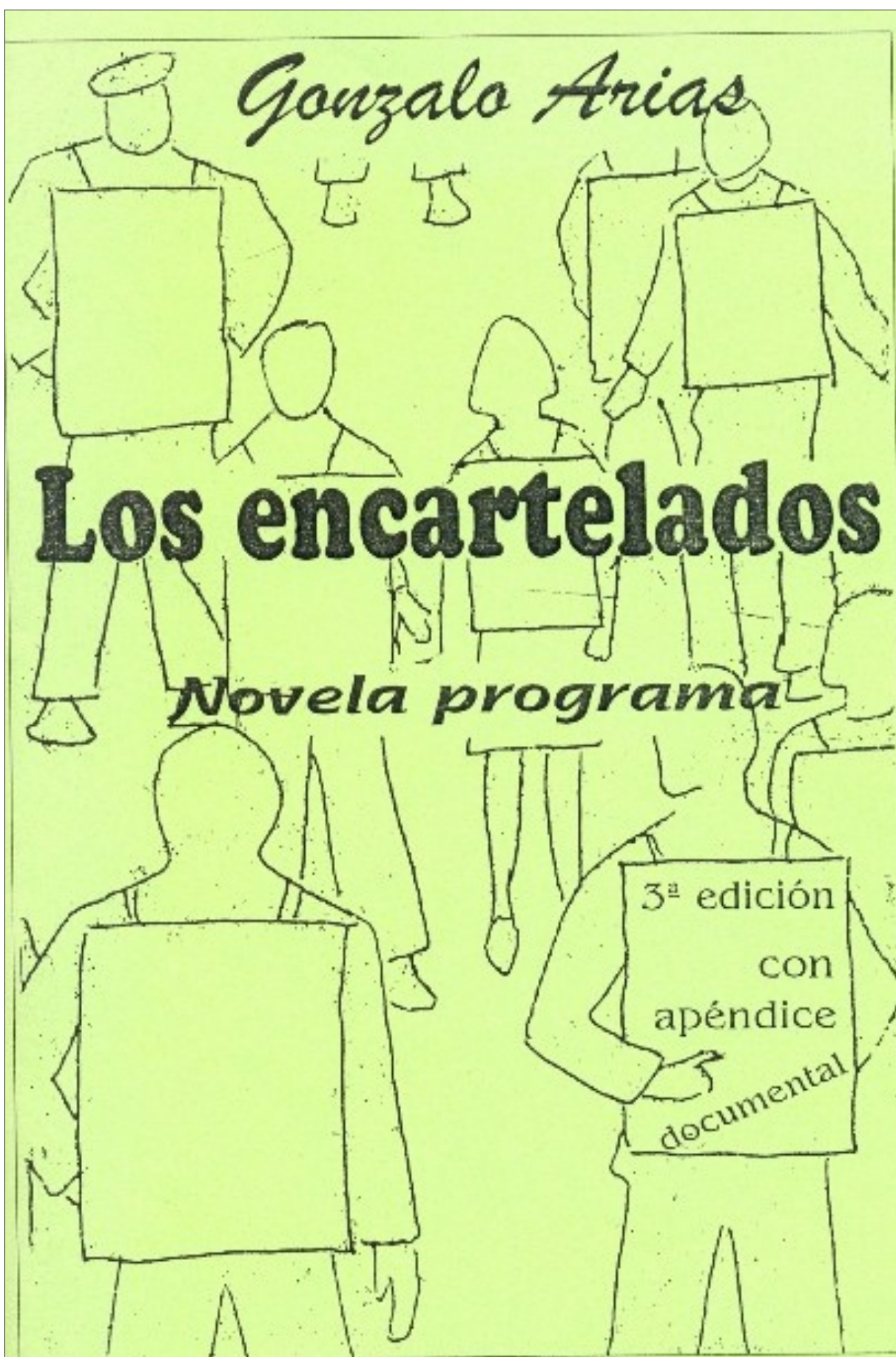


*Gonzalo Arias*

# Los encartelados

*Novela programa*

3ª edición  
con  
apéndice  
documental



Gonzalo Arias

# Los encartelados

Novela programa

Edición en disquete  
1998

Con apéndice documental  
y notas

La primera edición de esta obra (marzo de 1968) llevaba la siguiente nota:

*Esta novela es un programa. El autor, que por razones evidentes oculta provisionalmente su nombre, se propone iniciar en persona la ejecución del primer capítulo el 20 de octubre de 1968, confiando en que otros tomarán a su cargo la ejecución de los restantes.*

G.A.

El día anunciado el autor salió efectivamente de su provisional anonimato (ver apéndice).

<sup>1</sup> Alusión a la celebración en 1964 de los “25 años de paz” por el régimen de Franco. La fórmula “Jefe del Gobierno del Estado Español” fue la empleada por la Junta de generales que le nombró, aunque, según cuentan los historiadores, la introducción de la conjunción “y” detrás de “Gobierno” antes de darse la proclama a la imprenta convirtió a Franco en Jefe del Estado. (Nota de la 3ª ed.)

## I. La chispa

**Domingo 20 de octubre de 1968**

Eusebio Martín echó una mirada al interior del portal. No, no había portería. O al menos no estaba a la vista. Entró. Aquel portal convenía para su propósito.

Se quitó la chaqueta mientras sonreía ante la perspectiva de la aventura. "No sé lo que resultará —se dijo— pero seguro que me voy a divertir". Desde el fondo del portal, el rectángulo de la puerta le ofrecía, como una pantalla cinematográfica, un brevísimo sector de la animación callejera. Era domingo, y la Avenida de los Pacíficos era la arteria principal del barrio de Puente Vieja, uno de los más populares barrios de Villacorte. La capital, además, estaba entonces especialmente engalanada, y hasta en aquel barrio excéntrico había colgadas, banderas y grandes cartelones tendidos de casa a casa por encima de los cables de los tranvías. El primero de esos cartelones, para quien entrara en la ciudad por la Avenida de los Pacíficos, estaba precisamente a una veintena de metros de la casa en que se había refugiado Eusebio. No lo veía desde el portal, pero lo había leído antes de entrar. Decía:

### **"30 años de prosperidad"**

Durante toda la semana anterior, en efecto, se había festejado en toda Trujiberia —y muy especialmente en su capital Villacorte— el trigésimo aniversario de la proclamación del Mariscal Tranco como Jefe del Gobierno del Estado Trujíbero.<sup>1</sup>

Eusebio Martín desplegó su papel y, con cuatro imperdibles que llevaba preparados para ello, comenzó la operación de sujetarlo por sus cuatro esquinas a la espalda de la chaqueta. Oyó un taconeo en la escalera, pero no se inmutó. Cuando una señora y una niña endomingadas aparecieron en el rellano, Eusebio terminaba de fijar el cuarto imperdible. Siempre con una leve sonrisa en los labios, se puso con parsimonia la chaqueta, dando la espalda intencionadamente a las recién llegadas

¡Vamos, niña! No seas curiosa.

La niña, que se había quedado rezagada mirando la espalda de Eusebio, apresuró el paso para agarrar la mano que le tendía su mamá. "Seguro que la mamá tiene mucha más curiosidad que la hija —pensó Eusebio—; pero ya se sabe, la educación consiste en disimular los impulsos espontáneos. Y sin embargo, si yo me he puesto este cartel es para que lo lea la gente".

El cartel que ni la hija ni la madre habían tenido tiempo de leer, escrito con letras de 3 a 4 centímetros y de grueso trazo, rezaba así:

EN NOMBRE DEL 71%  
DE LOS TRUJÍBEROS  
PIDO RESPETUOSAMENTE  
AL MARISCAL TRANCO,  
SALVADOR DE LA PATRIA,  
QUE CONVOQUE  
ELECCIONES LIBRES  
A LA JEFATURA DEL ESTADO

De nuevo solo en el portal, Eusebio prosiguió sus preparativos. Sacó del bolsillo un segundo pliego y lo desdobló cuidadosamente. Su texto era una repetición exacta del anterior. Esta vez se lo sujetó en el pecho, de manera que le cubriera desde el nudo de la corbata hasta la cintura, y desde el hombro derecho al izquierdo.

Miró el reloj: las doce menos cinco. "En realidad, lo de empezar a las doce es un puro capricho. Cinco minutos más o menos..."

Dio tres pasos hacia adelante, pero se detuvo, repentinamente indeciso. Por fácil asociación de ideas, pensó en el trampolín de una piscina. "Debe estar muy fría el agua". También pensó en el salto fuera de la trinchera al iniciarse un ataque. "Bueno, me estoy dando demasiada importancia. No dramaticemos. Además, yo de guerras no entiendo nada". Se sorprendió al oír el sonido de su propia risa.

Avanzó. "Ya está hecho", pensó al poner los pies en la calle. Y no se dijo eso de *alea jacta est* porque Eusebio Martín no sabía latín

— Desengáñate: esperar que pueda haber un cambio por evolución es creer en los Reyes Magos. Las clases dominantes están tan cerrilmente aferradas a sus privilegios, que incluso muchos no ven la necesidad de ceder en lo poco para conservar lo mucho. Pero aun suponiendo que se impusiera la tendencia que podemos llamar "inteligente" entre los capitalistas, quiero decir, suponiendo que fueran introduciendo pequeñas reformas "sociales", que se hicieran concesiones de menor cuantía, ¿qué se ganaría con eso? No serían sino paños calientes, aspirina para curar una apendicitis.

Fernando Pedreña hablaba con calor, con ánimo de convencer, aunque procurando no levantar mucho la voz para no llamar la atención, por más que en el bar había pocos clientes. Su huesuda mano derecha, que había subrayado las frases con breves ademanes, se paró un momento en torno al vaso de cerveza. Bajó los ojos como para buscar allí dentro la continuación del discurso, pero pronto su interlocutor sintió de nuevo clavada sobre sí aquella mirada profunda, penetrante.

— ¿Sabes que un pequeño grupo de terratenientes, que representan menos del 2% de los poseedores de tierras, acaparan por sí solos casi el 50% de la renta agrícola nacional, mientras que en el otro extremo de la escala social el 50% del total de poseedores tiene que repartirse el 4% de la renta? Y no cuento al millón de familias que viven del campo pero que no tienen tierras propias, ni en propiedad ni en arriendo, y que pasan de las jornadas de trabajo de 14 ó 16 horas a los largos períodos de paro. Con esta estructura de la propiedad rural, ¿qué tiene de extraño que el campo, sobre el cual vivía hasta hace poco más de la mitad de la población del país, produzca únicamente la cuarta parte de la renta nacional? ¿Crees que esta situación puede arreglarse con programas para la conversión de secanos en regadíos, o con tímidas medidas de concentración parcelaria? ¿Sabes cuántos cientos, o cientos de miles de personas abandonan cada año el país para buscar en el extranjero el pan que aquí no encuentran? Y si pasamos al capítulo de educación, ¿te parece normal que un maestro cobre un sueldo menor que el de un conductor de tranvías, pongo por caso? ¿Sabes que sólo en la capital, según los cálculos más optimistas, hay 60 000 niños sin escuela? ¿Y te parece bien que dediquemos a la educación sólo el 1,5% de la renta nacional, cuando los países comunistas le dedican cantidades del orden del 5%, y países como Ghana, Kenia, Sudán o Marruecos nos dan ejemplo con porcentajes siempre superiores al 4%? <sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> La mayor parte de estas cifras se inspiran en la obra de Ignacio Fernández de Castro *La demagogia de los hechos*. (Nota de la 3ª edición)

— ¡Para, para! —atajó, por fin, Ramón, que había estado largo tiempo escuchando en silencio—. No necesitas someterme a ese bombardeo, hablas a un convencido. No tengo las cifras en la cabeza, como tú, pero sé que la sociedad actual es profundamente injusta. De acuerdo. Para mí el problema no es éste; lo que me pregunto es si los métodos y las alianzas que habéis elegido vosotros son los mejores.

— Eso de las alianzas ¿va por los comunistas?

— Supongamos que sí.

— ¿Después de Juan XXIII, después del Concilio, todavía vas a ser tú quien...?

— Precisamente, Juan XXIII estableció una distinción entre las doctrinas filosóficas por un lado y los sistemas políticos y las personas por otro. En el plano de los hechos, que seáis muy buenos amigos de los comunistas, no seré yo quien os lo reproche. Pero lo que me deja perplejo es esa amalgama ideológica cristiano-marxista...

— Es un problema complejo, desde luego —Fernando hablaba ahora más reposadamente, midiendo sus palabras—. Verás. En el grupo de los fundadores de las C.L.T. había una mayoría de cristianos. Yo mismo soy cristiano convencido, como sabes. Pero al ir engrosando nuestras filas, pronto se vio que en definitiva las C.L.T. serían lo que fueran sus componentes. Hoy, de hecho, predominan entre nosotros los influidos más o menos por el pensamiento marxista. Pero, ojo: al hablar del pensamiento marxista me refiero a lo que es fundamental del marxismo: un conjunto de ideas económicas y sociales. Las implicaciones espirituales y religiosas son algo muy secundario y accidental en el marxismo. Es perfectamente posible aceptar el marxismo como doctrina económica y rechazar lo que se suele llamar su "materialismo histórico". No es tan absurdo ser cristiano y marxista al mismo tiempo.

— ¿Y la dictadura del proletariado?

— Yo no le concedo a la Iglesia autoridad alguna para decidir cuándo hay que preferir la democracia y cuándo la dictadura.

— ¿Y la dignidad del hombre, y los derechos humanos, y la libertad?

— Son valores positivos, desde luego. Pero ¿No es más urgente dar de comer al hambriento y vestir al desnudo?

Ramón reflexionó. A pesar de toda la admiración que sentía por su amigo, sabía que había algo que en definitiva les separaba. Decidió que había llegado el momento de ponerlo sobre el tapete.

— Dime una cosa. Vosotros, los... —Se contuvo antes de decir "los Calixtos", mote que se aplicaba, a causa de las iniciales a las Compañías de Liberación Trujíberas<sup>3</sup>— Vosotros, los de las C.L.T., admitís el recurso a la violencia para hacer triunfar vuestra revolución. ¿Cómo compaginas eso con tu cristianismo?

Eusebio pensaba que no tardaría en armarse un revuelo en torno a sus carteles, pero sus previsiones estaban resultando equivocadas. Andaba despacio, fijándose en las expresiones de las personas con quienes se cruzaba. Este vejete agachado ni siquiera mira, pasa de

---

<sup>3</sup> Un partido de vida fugaz en la España de los años sesenta fue el Frente de Liberación Popular o FLP, al que se aplicó el remoquete de "el Felipe". (Nota de la 3ª edición)

largo... Esta pareja va en muy animada conversación... Ella ha mirado, pero no parece haberle dicho nada a él... A ver aquel joven con aspecto de obrero... Claro que se ha quedado mirando, este por lo menos es curioso... Seguro que ha vuelto la cabeza y que ahora está leyendo por detrás...

Siguió andando, con la impresión de que sólo despertaba una curiosidad muy moderada. En realidad, casi todos los transeúntes volvían la cabeza después de haberle cruzado. Muchos, al ver que también por detrás había cartel, se paraban a terminar de leer lo que no pudieron por delante. Luego miraban en torno, perplejos, como buscando a alguien que les diera una explicación.

— ¡Si es el Eusebio! Pero ¿qué mosca te ha picado?

Se alegró de encontrar a alguien conocido. Era Manolo, el peluquero, acompañado de su hijo mayor, el aprendiz.

— ¿Qué demonios anuncias ahí? —Le había puesto una mano en el hombro y leía a media voz: "En nombre del 71%..." El chico, que leía al mismo tiempo que el padre, no pudo reprimir una carcajada. Manolo, en cambio, cuando terminó de leer se quedó muy serio, mirando a Eusebio fijamente en los ojos.

— Como broma no está mal, pero... ¿quién te ha metido en este lío?

Manolo se encontraba incómodo, sin saber qué actitud adoptar. No acababa de comprender que este Eusebio fuera el mismo Eusebio callado e incluso tímido que siempre había conocido. Pensó que lo propio de la situación era dar consejos razonables, pero sólo acertó a decir algunas frases deshilvanadas.

— Eusebio, tú siempre has sido un poco chalado. Pero comprende que esto no puede ser... No lo has pensado... Estas cosas son peligrosas...

— ¿Es que no estás de acuerdo con lo que pido?

— No es eso. Bueno, según y cómo... —Manolo estaba cada vez más nervioso, pues se daba cuenta con angustia de que se estaba formando un corro de curiosos en torno a ellos.— Anda, no seas tonto y quítate esos carteles. Pueden traerte muchos disgustos.

Había agarrado uno de los imperdibles con intención de desabrocharlo, pero Eusebio le detuvo con un ademán.

— No, Manolo. Si me lo quitas me pondré otro.

— Pero vamos a ver, hombre: ¿a dónde vas a ir asó?

— Si no me paran antes, iré al Cardo.

Decididamente, Eusebio había perdido el juicio.

— Allá tú, chico. No eres un niño. Yo he querido convencerte de que no hagas una tontería... Agarró a su hijo por el brazo, dispuesto a marcharse. Pero Eusebio todavía quiso divertirse un poco a su costa.

— No será tan tontería, si tú mismo estás metido en este 71% —dijo señalándose el pecho.

— ¿Qué, qué?

— Lo que digo. Anteayer mismo, si no recuerdo mal, me dijiste que si de ti dependiera habría elecciones libres. Así es que esto lo hago también en tu nombre.

— ¡Eso sí que no! Te prohíbo ¿me oyes? te prohíbo que me metas en ningún bollo. Que hagas excentricidades, vaya, pero que quieras enredar a los demás... ¡No, hombre! ¡Eso es una canallada! ¡Ahí te quedas y con tu pan te lo comas!

Se alejó llevándose a su hijo, abriéndose paso entre el corro ya nutrido de gente. Le temblaban los labios de indignación... o quizá de miedo. Todavía gritó, dirigiéndose al público más que a Eusebio:

— ¡Yo soy un hombre pacífico!

Pero ya no oyó cómo el otro respondía con tono tranquilo, sin levantar la voz:

— Si yo también lo soy...

La prudencia de Manolo contagió a algunos de los espectadores, que empezaron a tomar distancias. Cuando Eusebio reanudó su marcha, se operó de un modo natural una selección entre los cuarenta o cincuenta curiosos, según el menor o mayor grado de prudencia —o inversamente, de inconsciencia— de cada uno. En primer lugar, seis u ocho chavales de diez a catorce años iban pisando los talones a Eusebio, o rodeándole en ocasiones. A unos 20 metros de distancia se constituyó un grupo al principio poco numeroso —una docena de personas—, pero que fue engrosando y alargándose paulatinamente. A este grupo se incorporó el hijo de Manolo, a quien su padre dejó ir en misión de observación, ante la insistencia del chico, no sin recomendarle que se mantuviera alejado y sin dejarse ver por Eusebio. Había luego los elementos "volantes", muy difíciles de evaluar porque precisamente cada uno de ellos ponía especial cuidado en no formar grupo con los demás para mejor pasar desapercibido: unos seguían muy de lejos, otros habían optado por cruzar la calle y mirar desde la acera de enfrente, otros, en fin, se adelantaban cien o doscientos metros y se quedaban luego parados ante un escaparate o ante un quiosco de periódicos para ver pasar a la comitiva y espiar las reacciones de la gente, y volvían después a apresurar el paso.

— Oye, Cordobés: ¿qué es lo que dice ahí?

El interpelante era uno de los seguidores inmediatos de Eusebio, y el interpelado otro rapaz como de catorce años.

— ¿Es que no sabes leer?

— Sí, pero no lo entiendo.

— Pues pide que haya elecciones libres. Tú sabes lo que son elecciones, ¿no? Cuando los obreros tienen que votar para elegir a un enlace.

— Ya... En la fábrica donde está mi padre ya lo han hecho.

— Sí, pero muchas veces hacen trampa. Por eso éste dice que libres. Libres quiere decir sin trampa.

El Cordobés estaba orgulloso de poder explicar esto a su amigo. Para darse importancia había hablado fuerte, de manera que le oyera el propio Eusebio. Este, en efecto, se volvió hacia él sin dejar de andar despacio:

— Las elecciones que yo pido son otras.

El Cordobés se apresuró a ponerse a su lado al ver que el hombre de los carteles se dignaba dirigirle la palabra.

— Lo que yo quiero que podamos elegir es el Jefe del Estado —prosiguió Eusebio—.



Que todos podamos decir quién queremos que nos gobierne. ¿Quién crees tú que mandaría si nosotros pudiéramos nombrar al que manda?

El Cordobés abrió los ojos asombrado.

— ¡Nadie! —dijo muy convencido.

"Un punto a favor del anarquismo", pensó Eusebio.

— Siempre hace falta que mande alguien —explicó a su joven interlocutor—. Mira, por ejemplo aquí, si no hubiera guardias para dirigir la circulación, se armaría un atasco...

— Si no hubiera guardias, usted podría seguir con sus carteles. Pero como le vea ése...

Habían llegado a un cruce, y el guardia, vuelto de espaldas a ellos, daba paso a la circulación en sentido transversal. Se pararon al borde de la acera. Los menos tímidos de los curiosos del séquito se unieron a ellos, de manera que Eusebio quedó momentáneamente protegido por detrás y por los lados, pero su cartel pectoral llamaba ahora la atención de los que, enfrente de él, esperaban también para cruzar la calle. En el momento en que el guardia dio un pitido y giró sobre sus talones, el Cordobés insistió a media voz:

— Procure ahora que no le vea.

Cruzaron. No ocurrió nada. Al reorganizarse la comitiva, el Cordobés comentó:

— Claro ese es sólo de la circulación y aunque le haya visto se ha hecho el tonto. Pero verá cuando se tropiece con los grises.

— Todo está previsto, amigo.

— ¿Es verdad que quiere ir hasta El Cardo?

— Yo llevo la dirección del Cardo; que llegue o no, no depende de mí.

Se acercaban ahora al Ministerio de Fomento. Desde lejos, Eusebio distinguió los uniformes grises de la pareja de policías de servicio. Sería una lástima interrumpir la aventura tan pronto. Tuvo una inspiración.

— Oye, chaval. Me parece que tú tienes muchas horas de vuelo. ¿Serías capaz de hacer que aquellos dos miren hacia otro lado mientras yo paso?

El Cordobés vaciló un momento. Miró a los grises, y por sus ojos atravesó un relámpago de placer.

— ¡Cuenta conmigo! ¡Paco, Felipe! Venir, vamos a hacer la del gato.

Salió corriendo, seguido de sus dos secuaces. Sin detener su carrera, les tres penetraron en el gran portalón del Ministerio.

— ¡Ahí va! —gritaba el Cordobés.

— ¡Cógelo! ¡Se ha metido allí! —secundaba Felipe.

— Es mi gato. Un gato pequeñín, que se me ha escapado —explicaba Paco con voz compungida al conserje que le había agarrado por el pescuezo.

— ¡Condenados críos!

Los gritos y las carreras consiguieron su objeto. Uno de los guardias entró y se avanzó por un corredor en el que el Cordobés seguía persiguiendo al gato fantasma; el otro observa-

ba atentamente el episodio. Pasó Eusebio con sus carteles. Ya estaba al otro lado de la Glorieta del Esparto y empezaba a andar por el Paseo del Museo cuando el Cordobés y los otros dos se unieron de nuevo a él, jadeantes.

— ¿Qué tal lo hemos hecho?

— ¡Genial! Ni que lo hubierais ensayado.

— Bueno, es una broma que habíamos hecho ya en otros sitios. Esta vez me ha costado un bofetón que casi me deja tieso. —Se pasó la mano por su cara dolorida.

Eusebio le miró con simpatía, incluso con cariño.

— Te lo agradezco en nombre de la democracia —dijo solemnemente.

El Cordobés estaba radiante de gozo.

— El pacifismo —dijo Fernando— es la tentación del cristiano. Claro que el ideal sería hacer la revolución por medios pacíficos, pero ¿es posible? ¿No es eso aplazarla *ad calendas graecas*? Es muy fácil tranquilizar la propia conciencia diciendo: yo soy pacífico, yo soy contrario a toda violencia. Y así, cruzarse de brazos. Mucho habría que decir sobre hasta qué punto el cristianismo es contrario a la violencia, pero para mí hay un test decisivo que me hace descartar las actitudes pacifistas.

— ¿Su ineficacia?

— Su ineficacia bastaría para descartar el pacifismo radical desde el punto de vista social. Pero desde un punto de vista de la moral individual hay un test subjetivo pero que para mí, como te digo, es decisivo: la comodidad. Desconfía de lo que sea cómodo. ¿Cómo no desconfiar de los que tienen siempre en los labios la caridad, el amor al prójimo, los que están siempre dispuestos a condenar toda violencia, pero se resignan a dejar pasar un año, muchos años, toda una vida sin hacer nada para que cese la peor de las violencias, que es la injusticia social? ¿No es curioso que su actitud pacífica venga a coincidir con su interés personal, con su comodidad? ¿No es su repulsa de la violencia una manera de escurrir el bulto, una pantalla que cubre su egoísmo o su cobardía?

— No tienes derecho a penetrar en lo íntimo de las conciencias. La razón que invocan es válida.

Fernando hizo un gesto de escepticismo.

— Te diré —añadió Ramón— que conozco a alguno que vive angustiado ante el espectáculo de la injusticia y ante la impotencia de los que desean poner remedio, o al menos la lentitud desesperante de los remedios...

Fernando sonreía, y a Ramón le pareció que había algo de burlón en su sonrisa. Se sintió incómodo ante aquellos ojos que parecían penetrarle profundamente.

De acuerdo, Ramón, no vamos a juzgar a nadie. No quiero penetrar en otra conciencia que en la mía propia. Y mirando dentro de mí, te digo que me da miedo la comodidad, el confort material y moral que podría asegurarme sin más que adherirme a la formulita de "todo menos la violencia". Al principio viviría angustiado, como tú dices. Pero ¿cuánto duraría esta angustia? ¿Un año, diez años? No: estoy seguro de que me aburguesaría, en mayor o menor grado. Uno termina por acostumbrarse a la injusticia, sobre todo cuando son los demás quienes la padecen. Por eso te digo que para mí la no violencia es una tentación, la gran tentación

del cristiano.<sup>4</sup>

Calló. Ambos quedaron silenciosos, y las últimas palabras de Fernando quedaron en el aire, como fórmula lapidaria. "Todo está dicho —se dijo Ramón— pero todo está por pensar de nuevo".

Eusebio había cruzado al otro lado del Paseo para evitar el Ministerio de Marina. Evitó asimismo el Ministerio del Ejército, empezando a subir por la calle de Cómpluto por la acera opuesta. No quería provocaciones inútiles, y no era cosa de pedir a sus jóvenes amigos que repitieran "la del gato".

Un sociólogo acostumbrado a manejar estadísticas y grupos de muestreo hubiera podido observar que había variado algo la composición del grupo de seguidores —seguidores en sentido puramente físico, que no secuaces— del hombre de los carteles. Al principio, el público había sido esencialmente popular y proletario. La Glorieta del Esparto había marcado una primera etapa evolutiva: mientras que algunos de los primeros curiosos abandonaban la marcha, demasiado alejada ya de sus lares, se habían incorporado otros, entre ellos algunos clientes domingueros de las habituales barracas de la "Feria del Libro". Sin dejar de haber una mayoría de obreros —con o sin corbata— había también ahora empleados de comercio, oficinistas... En realidad, era ya más la comitiva que el propio Eusebio lo que llamaba la atención de la gente. Si alguien preguntaba, no faltaba quien explicara:

— Al Cardo, dice que va al Cardo.

Un nuevo grupito representativo de otro sector de la sociedad se había incorporado en la Plaza de los Civiles: media docena de estudiantes —tres chicos y tres chicas— que estaban sentados, tomando un refresco, cuando Eusebio pasó cerca del cafetucho. Uno de ellos se había levantado para leer el cartel, y en cuanto volvió a explicar a los otros su contenido añadiendo "Dicen que quiere ir al Cardo", todos se pusieron en movimiento sin dudar un instante.

Si Eusebio hubiera visto que le seguían también tres chicas, a él que nunca había tenido suerte con las mujeres, se habría sentido muy halagado. Pero nuestro hombre no miraba hacia atrás.

Eran más de las doce y media cuando Ramón se despidió de su amigo. Echó a andar, pensativo. Aquella conversación había tenido la virtud de replantear en su espíritu una serie de viejas preguntas, preguntas que hacía tiempo se había formulado él mismo, pero que insensiblemente había ido relegando a un rincón olvidado de su mundillo interior, aunque tenía clara conciencia de no haber hallado una respuesta satisfactoria.

Desembocó en la Gran Avenida. Leyó en una pared el lema de la propaganda oficial: "30 años de prosperidad". "En cierto modo es verdad —se dijo—, y sin embargo... 2% de poseedores, 50% de la renta... jornadas de 16 horas de trabajo... emigración masiva... niños sin escuela... No, no es posible que no haya más alternativa que la resignación o la revolución violenta... Pero... ¿por qué me asusta tanto la violencia?"

Su pensamiento voló cinco años atrás, cuando se había dado de tortas con un compañero de estudios que en su presencia había insultado al Mariscal Tranco. Pese al tiempo

---

<sup>4</sup> Frase escuchada por el autor de labios de Ignacio Fernández de Castro hacia 1963. (Nota de la 3ª edición)

transcurrido, el recuerdo le hizo ruborizarse. A sus veinticuatro años, Ramón Ubierna había dado ya un giro radical en sus ideas desde que empezó a interesarse por la política. ¡Cuántos desengaños desde entonces! Pero, sobre todo, ¡qué lejos estaba su dogmatismo agresivo de adolescente! Defender las ideas con los puños: ¡qué burdo primitivismo!

Se preguntó con alguna inquietud si Tere no habría influido de modo indirecto en esta evolución suya. "¿No me estaré aburguesando, como diría Fernando, desde que empecé a salir con ella? Ella, naturalmente, no está por la violencia; pero tampoco por la resignación... Al menos conscientemente. La cuestión es ésta: cuando estemos casados, cuando empecemos a tener hijos, ¿qué lugar ocuparán en nuestras vidas las inquietudes sociales? 50% de la renta para 2% de poseedores... jornadas de 16 horas.. 71% de los trujíberos... ¿significará todo esto algo para Tere... y para mí?... Pero ¿qué viene a hacer aquí eso del 71%? Ah, sí, lo acabo de leer... Ese tío que me he cruzado..."

Salió Ramón de su ensimismamiento, y se encontró en medio de un río humano que fluía en dirección contraria a la que él llevaba. Se dio cuenta de que todos seguían al hombre del cartel, y comprendió que allí había algo anormal. Volvió rápidamente sobre sus pasos para leer, esta vez plenamente consciente: "En nombre del 71% de los trujíberos pido respetuosamente al Mariscal Tranco, Salvador de la Patria, que convoque elecciones libres a la Jefatura del Estado".

En aquel momento se oyó el sonido de una sirena. Hubo un movimiento de dispersión en el público. Ramón vio que a su lado paraba un coche celular del que saltaron dos guardias armados. El hombre de los carteles había seguido andando sin prisa, sin volver la cabeza. Cuando los guardias le agarraron, cada uno por un brazo, no ofreció resistencia. Todo ocurrió en pocos segundos. Volvió a sonar la sirena, y el coche de la policía se alejó llevándose al extraño e ingenuo ciudadano.

## II. Las primeras llamaradas

**Miércoles 23 de octubre de 1968**

"Eusebio Martín Loeches, cuarenta y nueve años, soltero, domiciliado en Cerro Blanco 7; profesión: tipógrafo. Sin antecedentes. Fue detenido el 20 de octubre de 1968 en la Gran Avenida..."

El comisario levantó la vista de la ficha para mirar al hombre que acababa de penetrar en su despacho. Era la tercera vez que le hacía venir en tres días. Antes le había tratado con seca corrección, pero ahora se esforzó por acentuar la nota amable.

— Siéntese, señor Martín.

Eusebio tomó asiento. Tenía ojeras y había perdido peso en esos tres días, pero todavía parecía divertirse con la situación.

— Como habrá podido ver —empezó el comisario— aquí no nos comemos nadie. Un ciudadano honrado no tiene nada que temer de la policía, y estoy seguro de que usted es un ciudadano honrado.

Eusebio sonrió e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

— Usted opina que el Gobierno debería convocar elecciones. Muy bien, es usted muy libre de tener esa idea y nadie le molestará por ello. No estamos en un país comunista ni totalitario. Incluso tiene usted derecho a expresar su opinión y a formular una petición dirigida al Jefe del Estado. Ese es el conducto que debió usted haber elegido: petición individual al Jefe del Estado, según se prevé expresamente en la Constitución. Pero al manifestarse como lo ha hecho en la vía pública se ha colocado usted automáticamente fuera de la ley, ya que ha provocado una alteración del orden público.

Hizo una pausa, tratando de medir el efecto de sus palabras. Interpretó el silencio del detenido como señal de que estaba atemorizado.

— Afortunadamente para usted —prosiguió— la rápida intervención de la fuerza pública impidió que el asunto degenerara. Teniendo esto en cuenta, y teniendo también en cuenta su falta de antecedentes penales, estoy dispuesto a no ver en este asunto más que un gesto esporádico e individual, bien intencionado aunque equivocado.

Eusebio sonreía de nuevo, y el comisario tomó su sonrisa como una expresión de alivio.

— Puede usted estar tranquilo. No se le procesará. Pero tenga presente esto: desde ahora tiene usted una ficha en nuestro fichero, y si volviera usted a cometer otra ingenuidad por el estilo, o si por imprudencia o ligereza llegara a ser juguete de los enemigos del Estado, es seguro que no saldría tan bien parado.

Había pronunciado las últimas palabras con dureza. Hizo una pausa y cambió de nuevo

de tono.

— Quisiera preguntarle aún un pequeño detalle que me intriga, señor Martín. Es una simple curiosidad mía. ¿Por qué ha elegido esa cifra del 71%?

— Oh, no es una cifra totalmente arbitraria —dijo Eusebio rompiendo el silencio que había guardado desde que entró en la habitación—. Verá usted. El Jefe del Estado suele decir que están con él el 90% de los trujíberos. Como nunca se lo ha preguntado a todos los ciudadanos, hay que suponer que para afirmarlo se basa en sondeos. Ya sabe usted: Como dicen que hace el Instituto Gallup ese. Bueno, pues yo he hecho mi pequeño sondeo particular: Me puse en una boca del Metro y pregunté al azar a 10 personas, a las primeras que fueron saliendo, si les gustaría que hubiera elecciones libres.

— No sé si la técnica es muy científica.

— ¿Cree usted que es más científica la del Jefe del Estado? Bueno, pues de esas diez personas siete me dijeron que sí, dos no me quisieron contestar y una me dijo que no, pero un "no" que era más bien un "según y cómo", ¿comprende?

— Ya veo, ya. —El comisario se esforzaba por mantenerse serio, aunque desde el principio le había parecido que el asunto más merecía ser tomado a broma. "Este tío está majareta", pensaba. Iba a poner fin a la entrevista, pero Eusebio tomó de nuevo la palabra.

— Me ha preguntado usted mucho durante tres días, señor comisario. ¿Me permite que yo también le pregunte algo?

— Usted dirá.

— ¿Está usted contento con su oficio?

Hablaba despacio, y no parecía haber burla alguna en sus palabras. Lo inesperado de la pregunta hizo vacilar al comisario.

— Bueno... es un oficio como otro cualquiera.

Eusebio movió levemente la cabeza en un signo negativo apenas perceptible.

— ¿Lo desearía usted para sus hijos?

Esta vez el comisario frunció el ceño y no contestó.

Pero las dos preguntas de Eusebio seguían resonando en sus oídos mucho después, cuando ya el que las formulara caminaba por la calle con la alegría de la libertad recobrada. "Son los niños y los locos quienes dicen la verdad", pensó el comisario. E inmediatamente rechazó ese pensamiento molesto.

Al cerrar la peluquería, Manolo solía ir al bar de Faustino a echar unas partidas de dominó. Aquella noche ya le estaban esperando sus compañeros de juego habituales: Joaquín, un hombrecillo diminuto con cara de garbanzo; Emiliano, que se pasaba largas horas del día leyendo, metido en su quiosco de venta de periódicos, lo que le daba derecho a pasar por el intelectual del cuarteto; y Plácido, caso innegable de influencia del nombre sobre la personalidad, pues todo en él rebosaba placidez.

Después de saludar de lejos a Faustino, que le respondió con un movimiento de cabeza desde detrás del mostrador, Manolo fue a sentarse con sus compañeros. Pronto se les acercó Faustino para servirles.

— ¿Qué se sabe de Eusebio? —preguntó este último.

— Nada —dijo Manolo con gesto preocupado.— Yo ya le dije que hacía una tontería y que le costaría caro.

— ¿Verdad que sí? —corroboró Joaquín—. Hace falta estar completamente chiflado para... ¡Vamos! Cualquiera hubiera podido ver que no iría demasiado lejos con esa facha.

— Lo que yo le reprocho a Eusebio —empezó Emiliano con tono doctoral, mientras volcaba sobre la mesa las fichas del dominó— no es haberse expuesto, sino haberse expuesto de una manera totalmente inútil. Que quiera correr un riesgo, al fin y al cabo es un acto de valentía. Pero ¡un poco de cabeza, señores! ¿A qué conduce un acto individual aislado?

— ¿Verdad que sí? —asintió Joaquín, que tenía esa muletilla y hablaba siempre para apoyar las opiniones de los demás. Lo de Eusebio es un gesto romántico, pero no vale para nada. Un gesto romántico —repitió, satisfecho de su hallazgo—. ¿Verdad que sí?

— En política, quien quiera hacer algo tiene que organizarse —sentenció Emiliano—. Y si no es posible organizarse, más vale reservarse para mejor ocasión.

— Lo que me maravilla de Eusebio es que no haya tenido miedo de hacer el ridículo—. Era Plácido el que hablaba ahora. Su voz suave llamaba la atención porque, a diferencia de los demás, nunca la elevaba para hacerse oír—. ¡Qué rostro! A mí me da vergüenza sólo de imaginar las burlas de la gente. Vaya, el seis doble; por una vez he tenido suerte.

Dijo las últimas palabras sin transición, sin cambiar el tono de voz, mientras su mano regordeta colocaba la ficha sobre la mesa.

"Por esta vez he tenido suerte", iba pensando Eusebio. "Y ahora ¿qué? Ahora... Lo que tengo ahora es un hambre que me caigo. Sí, lo primero es comer".

Estaba demasiado cansado y débil para seguir andando. Decidió coger un taxi. "Un día es un día. Me lo tengo merecido".

Dio al taxista la dirección del bar de Faustino, se repantingó en el asiento y se abandonó voluptuosamente a la somnolencia que le invadía.

.....

— ¡Despierte, amigo, que ya hemos llegado!

El taxista estaba un poco mosca con aquel cliente con barba de tres días y que parecía un poco bebido. Con tal de que tuviera dinero para pagar...

Sí, tenía dinero. La propina fue incluso generosa, excesivamente generosa, lo que le confirmó en la idea que se había hecho sobre el grado de lucidez de su cliente.

Éste entró en el bar. El primero que le vio fue Plácido, que estaba sentado de cara a la puerta. Era lento de reacciones, y durante dos segundos se quedó inmóvil, con los ojos clavados en el recién llegado. Los otros siguieron la dirección de su mirada.

— ¡Coño, Eusebio!

En seguida se armó un pequeño revuelo. La partida de dominó quedó olvidada. Manolo, como para indicar que no le guardaba rencor por el apuro en que le había puesto cuando el encuentro

callejero, se levantó para darle un solemne abrazo de bienvenida. Varias personas se levantaron también de otras mesas. Faustino salió de detrás del mostrador, y por la puerta que daba a la cocina asomaron curiosas dos cabezas femeninas.

— ¿Ya te han soltado?

— ¿Te han tratado bien?

— ¡Chico, qué barba! Traes cara del malhechor.

— ¿Por qué has hecho eso?

— ¡Explícate, hombre!

Eusebio sonreía a todos. Visiblemente, disfrutaba sintiéndose el centro de la atención general.

— Bueno, bueno, dejarme que descanse un poco. Lo primero de todo, traigo un hambre de lobo. Si Faustino pudiera hacer que me prepararan algo...

Faustino se alejó para dar las órdenes oportunas en la cocina, y volvió en seguida. No quería perderse las explicaciones de Eusebio.

Éste se había sentado e iba respondiendo a las preguntas. No, no le habían maltratado. Comer, no había comido muy bien. No, no tendría que pagar multa ninguna. Sí, fue en la Gran Avenida donde le detuvieron; hasta allí se había paseado con los carteles sin dificultad. ¿Qué se proponía? Pues sencillamente lo que había escrito en los carteles, pedir elecciones libres.

— Bueno, hombre, me alegro de que todo haya terminado bien —dijo Manolo—; pero, sinceramente, ¿crees tú que lo que has hecho sirve para algo?

— Que sirva o no sirva no depende de mí. La cuestión no es precisamente esa. —Se quedó un momento pensativo, con un trozo de pan en una mano y un tenedor en la otra, preparándose a atacar un apetitoso par de huevos fritos con jamón. Sus ideas eran claras, pero ¿cómo exponerlas? Él no era hombre de discursos, y sabía bien que si tratara de explicar su postura sólo acertaría a decir algunos lugares comunes y vulgaridades. Lo intentó, no obstante.

— Yo creo que a cada uno le toca hacer algo en esta vida. Y hay cosas importantes que están esperando que alguien las haga.

— ¿Y es una cosa importante salir con unos carteles a la calle?

— Es importante decir la verdad, decir públicamente lo que todos pensamos y decimos en privado. Normalmente, esto deberían hacerlo los periodistas, pero... bueno, no les dejan. Entonces, si nadie dice la verdad, si dejamos sin respuesta las cosas que dicen los periódicos, los que las dicen, o los que mandan que se digan, terminan por creer que es verdad. Se engañan a sí mismos.

— ¡Qué se van a engañar, hombre! —interrumpió Faustino—. Bien saben ellos lo que quieren: tener la sartén por el mango, chupar del bote y no dejar que chupen los demás. Todo lo demás son monsergas.

— Eso digo yo: bien saben lo que hacen —asintió Joaquín—. ¿Verdad que sí?

— Algo de razón puede tener Eusebio —intervino Emiliano, que quiso aprovechar la ocasión para lanzar una de sus sentencias—. Muchas veces pienso que el Mariscal Tranco debe creerse que es un tío estupendo, de tanto que se lo repiten. Y el gobernante que cree acertar siempre, es peor que el que sabe que puede equivocarse.

— ¡Bueno, bueno! —se impacientó Manolo—. Pero no pretenderás hacernos creer que pensa-



bas que te iban a dejar llegar al Cardo para decirle eso a Tranco.

— No, la verdad es que ni siquiera pensaba llegar hasta donde llegué. Pero por algo hay que empezar.

— Eres un ingenuo, Eusebio. —Emiliano se dispuso esta vez a disparar contra él sus baterías dialécticas.— Por lo visto, te crees que estás descubriendo el Mediterráneo. ¡Hablar, decir la verdad! ¡Estupendo! Pero ¿crees que eres el primero que lo haces? Otros lo han hecho antes, y lo siguen haciendo, de manera mucho más eficaz, y además arriesgando más que tú. ¿Qué hacen los huelguistas? ¿Sabes cuántos están a la sombra, y cuántos han recibido palizas, por decir la verdad? ¿Y los que distribuyen propaganda clandestina? ¿Es que esos no gritan bien alto las verdades? ¿Y los estudiantes cuando salen a la calle gritando "prensa libre"? También ellos van a la cárcel algunas veces. Todos esos hacen frente a la policía por decir la verdad, y con más riesgo que tú. Y bien caro que lo pagan muchas veces. No me digas que no hace falta tenerlos bien puestos para eso —concluyó haciendo con las dos manos semicerradas el gesto de sopesar algo.

— No te excites, hombre. —Eusebio le había escuchado sin dejar de comer con apetito y sin perder la calma.— No seré yo quien quite mérito a tus héroes. Ni pretendo compararme con ellos. Eso que acabas de decir lo he pensado muchas veces. Muchas veces, sí señor —recalcó—. Precisamente por eso he hecho lo del domingo. Es verdad que hay compañeros...

— La diferencia —interrumpió de nuevo Emiliano— es que ellos tienen un plan y saben a lo que van, y tú te has echado a la calle a lo loco. Lo que digo: organización, hace falta organización.

— Déjale que se explique, hombre —dijo Faustino, que se daba cuenta de que Eusebio no había soltado todo lo que llevaba dentro. Éste tomó de nuevo la palabra.

— Muchos compañeros dan la cara, y tienen más que perder que yo. —Hablaban despacio, como midiendo las palabras.— Muchas veces son casados y con hijos. Yo no tengo a nadie. Eso es lo que me ha dado que pensar. Cuando los despidos de la última huelga de los metalúrgicos, más de una noche me desvelé pensando: ¿Y yo qué pinto, con mi trabajo seguro en la imprenta? ¿No soy yo quien tendría que estar en la calle?

Se hizo un silencio. La hija de Faustino, que llegaba en ese momento de la cocina portadora de un suculento bistec con patatas fritas, tuvo la impresión de que era su presencia lo que había cortado el diálogo, y se apresuró a dejar el plato ante Eusebio y desaparecer. En realidad, todos estaban ahora pendientes de las palabras de aquél y nadie deseaba interrumpirle.

— La cuestión es que yo no tengo por qué ir a la huelga, porque no tengo queja del patrón. Y en cuanto a ponerme a distribuir propaganda clandestina o a gritar por las calles, yo no valgo para eso. Cada uno es como es. ¿Me imagináis a mí jugando a conspirador? ¿O peleándome con los guardias? ¿O poniendo un petardo en un Banco? ¡Buen papel haría! No sé si será cuestión de valentía o cobardía, pero a mí me parece que es sobre todo una cuestión de temperamento. Yo soy pacífico por temperamento. Y si tengo que decir que no me gusta cómo van las cosas en ese país, prefiero decirlo con tranquilidad... aunque de manera que me oigan bien.

Se interrumpió, pues el bistec requería su atención. Faustino aprovechó la pausa para apuntar:

— En resumen, tú has querido demostrar que lo cortés no quita lo valiente.

— Lo cortés no quita lo valiente, eso es. —Le dirigió una mirada de simpatía, al tiempo que saboreaba mentalmente el refrán y físicamente el bistec.— Por otra parte, se me figura que después de todo no soy ningún bicho raro en esto de preferir los medios pacíficos. A las

personas normales no les gusta pelearse. Eso lo saben muy bien los agitadores: no es nada fácil mover a la gente para darse de palos. Para dar gritos en una manifestación, todavía es difícil. Para una huelga, empieza a ser más fácil. Por eso se me ha ocurrido que había que lanzar la idea de una forma de protesta completamente pacífica, completamente respetuosa.

Manolo hizo ademán de querer hablar, pero Eusebio le detuvo con un gesto.

— Ya sé, ya sé que no he conseguido mover a nadie con este sistema. Me han seguido algunos curiosos, pero nadie se ha puesto carteles como yo. Eso es por falta de organización, como diría Emiliano. Yo no valgo para organizar nada, yo no hago más que lanzar una idea. Pero además...

Vaciló. Echó una mirada en torno, como para medir a los que le escuchaban: los cuatro jugadores habituales de dominó, más Faustino, que desde el principio se había quedado de pie a su lado. En otras dos mesas, algunos jugadores de cartas no parecían prestar ahora atención a sus palabras.

— Pero además, es que el experimento no ha terminado.

— ¿Qué quieres decir?

— Pues eso: que el domingo repetiré.

Manolo lanzó un taco. Emiliano abrió la boca como para decir algo, pero no dijo nada y se olvidó de cerrarla. Joaquín se llevó el índice a la sien y le imprimió un movimiento rotativo. Faustino sonrió, como si no le sorprendiera la última declaración de Eusebio. Plácido preguntó en un susurro:

— ¿Y tu imprenta?

— De la imprenta me despedí el sábado. Estoy completamente libre —dijo Eusebio sin levantar la vista del plato y sin dejar de comer.

— A eso le llaman quemar las naves —acertó a articular Emiliano.

Aquella noche, inmediatamente después de cerrar el bar, Faustino salió para cumplir lo que él consideraba un importante deber informativo. Había pensado primero hacerlo el día siguiente, pero después de reflexionar se dijo que era preferible no perder ni una hora. A darle ese sentimiento de urgencia contribuyó, sin duda, el hecho de que Emiliano, al despedirse, le hubiera apuntado en un aparte: "¿No les interesará a tus amigos de la OSOL todo esto de Eusebio?" Así pues, Emiliano había pensado lo mismo: si alguien podía "organizar" la idea de Eusebio, ese alguien era la Organización de Sindicatos Obreros Libres.

Faustino estaba en relación con uno de los miembros del Comité Ejecutivo, y a su casa se encaminó. Le explicó todo el asunto: iniciativa de Eusebio, su detención por tres días, curiosidad e interés despertados en el barrio, propósito de reincidir. El otro le escuchaba con atención.

— En fin —terminó Faustino—, he pensado que todo esto podría interesar a la OSOL. Eusebio lo que ha pretendido es lanzar la idea de una forma de lucha nueva, original. A primera vista, uno piensa que no es más que un chalado. Pero ¿quién sabe? A lo mejor no va tan descaminado.

— ¿Quieres decir que deberíamos adoptar su táctica?

— No me atrevo a decir tanto. Yo cumplo con informar. Luego, allá vosotros.

— Siempre se puede encontrar un buen centenar de camaradas dispuestos a ir a la cárcel si se les dice que es necesario. Lo difícil es convencer al Comité de que eso no sería quemar nuestras reservas en una aventura de beneficios más que dudosos. Además, no se trata de una reivindicación sindical, sino política cien por cien.

Reflexionó. Luego dijo como pensando en voz alta, sin mirar a Faustino:

— Hasta el domingo, tenemos tres días. No es mucho. A algunos miembros del Comité podría hablarles esta misma noche... mañana podríamos reunirnos... Bueno, amigo Faustino —concluyó mirándole ahora con aire resuelto—, haré lo que tú: cumpliré con informar, y veremos lo que opina el Comité.

### **Jueves 24 de octubre de 1968**

En el tranvía:

— ¿Ya sabes lo de Eusebio Martín?

— Ya me han dicho. Está detenido ¿no?

— ¡Ca, hombre! Le han soltado ya. Pero lo bueno es que dice que el domingo va a volver a salir con carteles.

— ¿De veras?

— ¡Y tanto! Me lo ha dicho uno que le conoce mucho.

### **Viernes 25 de octubre de 1968**

En el taller:

— Me han dicho que el tío de los carteles del domingo pasado volverá a salir este domingo.

— Algo de eso he oído. ¿No será cosa de los comunistas?

— De los socialistas, diría yo más bien. Pero parece que ni una cosa ni otra. Es uno que se ha lanzado a hacer la guerra por su cuenta. Se cree que con unos carteles muy respetuosos va a conseguir algo.

— Hombre, si todos hiciéramos igual...

### **Sábado 26 de octubre de 1968**

En el mercado:

— Buenos días, señora Eulalia.

— Buenos días. ¿Qué le sirvo?

— Medio kilo de tomates. ¿Sabe lo que andan preparando para mañana?

— No sé nada.

— Pues van a salir algunos con carteles en manifestación contra el Gobierno.

— ¿Otra vez líos? Más valía que nos dejaran tranquilos.

— Seguro que tendremos a la policía. Mi marido no quiere dejar salir de casa a Carlitos, para que no se meta en nada. Póngame también dos kilos de patatas y una lechuga. Bueno, no me gusta meterme donde no me llaman, pero ¿sabe que también su chico anda en eso?

— ¿Mi chico?

— Eso me ha dicho mi Carlitos. Yo pensé: esto se lo tengo que decir a la señora Eulalia. No por cotillear, Dios me libre, pero creo que una madre debe saber lo que se traen entre manos sus hijos. Vamos, digo yo.

— Se lo agradezco, doña Julia. Ya verá ese cabeza loca como yo le pesque en una de esas manifestaciones.

### **Domingo 27 de octubre de 1968**

La segunda salida de Eusebio fue muy breve. Desde por la mañana la policía había cubierto la Avenida de los Pacíficos: una pareja cada cien metros. De manera que, habiendo salido a las doce, a las doce y cuarto Eusebio había llegado ya, en coche celular, a la Dirección General de Seguridad.

En el barrio de Puente Vieja, no obstante, el espectáculo no había hecho más que comenzar. Manolo y Joaquín, que desde una prudente distancia habían asistido a la marcha de Eusebio, pudieron ver que, apenas había arrancado el coche que se lo llevó, aparecieron dos jóvenes portadores de sendos pares de carteles en pecho y espalda. Sus inscripciones eran más breves que las del prototipo. Decían simplemente: "Yo también pido elecciones libres".

Tampoco los dos nuevos personajes pudieron caminar mucho trecho en dirección al centro de la ciudad. A los pocos minutos estaban dentro del segundo coche celular. Esta vez el coche no se alejó, sino que quedó aparcado, en espera de nuevos voluntarios.

Éstos surgieron, en efecto. No todos juntos, sino aislados, o en grupos de dos o tres. Y no todos en el mismo lugar, sino muy distanciados entre sí. Manolo y Joaquín no vieron a los mismos que, 300 metros más allá, vio Emiliano desde el puesto de observación de su quiosco de periódicos. Y ni aquéllos ni éste supieron entonces que a aquella misma hora tres portadores de carteles se ponían en marcha en el extremo más alejado del barrio, en el confín mismo de Villacorte; que otro lo hacía en la Glorieta del Esparto, otros dos en la Plaza de los Civiles, otros dos en la calle del Duque...

Antes de media hora eran varios los coches de la policía que iban y venían por aquellas y otras calles de la capital, recogiendo a los ejecutores de la extraña conspiración. Éstos eran en general jóvenes de edades apenas superiores a la veintena, pero había también algunos de treinta o más años. Sus carteles ofrecían pocas variantes: junto al "Yo también pido elecciones libres" aparecieron rótulos como "Pedimos elecciones libres", "El pueblo quiere elecciones", "Queremos elegir al Jefe del Estado" o simplemente "Elecciones libres". Todos ellos llevaban sus papeles en pecho y espalda: unos, sujetos con imperdibles como el iniciador; otros, con alfileres; otros, suspendidos de cuerdas a manera de tirantes; algunos incluso habían utilizado pinzas de colgar la ropa.

Ninguno hablaba, ninguno gritaba, ninguno corría. Se limitaban a andar con paso tranquilo en dirección al centro de la ciudad, y cuando los guardias les cogían y les metían a empujones en el coche, no ofrecían la menor resistencia.

Emiliano presenció un pequeño incidente. De una bocacalle desembocaron, junto a su quiosco, dos portadores de carteles. Eran dos adolescentes imberbes, pero uno de ellos llamaba la atención por su corpulencia: sus carteles eran visiblemente más grandes que los de su compañero, porque disponía de más espacio donde fijarlos. Antes de que la pareja topara con los guardias, entró en escena otro personaje: una robusta matrona que, acercándose rápida por detrás, agarró violentamente al mocetón por un brazo mientras le increpaba colérica:

— ¡Elecciones te voy a dar yo a ti, ganapán!

Era la señora Eulalia, y el interpelado era su hijo. Éste quedó desconcertado ante el ataque, y no supo cómo reaccionar cuando recibió un pescozón de su madre; la cual, por cierto, tuvo que ponerse de puntillas para propinárselo, dada la estatura del mozo. En seguida, con movimientos rápidos, la señora Eulalia arrancó los papeles que su hijo llevaba en pecho y espalda y los arrojó al suelo.

— ¡Valiente tontería! ¿No te da vergüenza pasearte así encartelado? ¡Vente a casa!

Le agarró por el brazo y le arrastró consigo. El joven comprendió que, si resistía, el ridículo sería mayor. Optó por tomarlo a broma. Hizo un gesto de impotencia dirigido a su compañero, que se había quedado a la expectativa, y se dejó llevar.

Muy lejos estaba de pensar la improvisada colaboradora de la policía que con su gesto había aportado una preciosa ayuda al naciente movimiento popular: la creación espontánea de la palabra "encartelado". La jocosa escena callejera fue comentada y transmitida de boca en boca, y ningún narrador omitía la frase: "¿No te da vergüenza pasearte así encartelado?"

El nombre es a veces una parte esencial del ser de las cosas. Un nombre que cuadre bien puede influir decisivamente en la vida de una persona o cosa a que se aplica. Así ocurrió en nuestro caso. En adelante, bastaría mencionar a "los encartelados" para evocar no sólo un movimiento popular cómico-serio, sino también una táctica, una concepción política, una manera de ser e incluso una moral.

La caza de encartelados continuó durante más de dos horas. También los policías encontraban divertido el juego, de manera que algunos casi lo sintieron cuando, a las tres de la tarde, recibieron orden de retirarse, por considerarse terminada la operación. Sólo quedó sobre el terreno el indispensable servicio de vigilancia. La cosecha fue en total de 55 encartelados, incluido Eusebio.

Éste se daba cuenta de que ahora le tocaría pasar malos ratos. Por algunos comentarios oídos en la Dirección General de Seguridad, comprendió que esta vez había tenido imitadores, y no ignoraba lo que eso podía significar para él. Por eso no se extrañó cuando, puesto frente al comisario, le oyó hablar de manera muy distinta que en la última entrevista.

— Conque nos has querido engañar ¿eh? Esta vez te va a costar cara la broma. Por lo pronto nos vas a contar todo, ¿entiendes? Nos vas a decir todo, de pe a pa, quiénes habéis organizado este baile estúpido, quiénes son tus jefes...

— No tengo jefes, y todo lo que puedo decir ya se lo he dicho a usted.

— ¿Quieres hacerme reír? Está bien. Yo no tengo prisa. Ya te haremos cambiar de opinión.

Se mordió los labios. Sobre la mesa estaban los carteles y los imperdibles de Eusebio. Cogió uno de éstos y dio con él unos golpecitos nerviosos sobre el tablero. Dirigiéndose a los guardias, ordenó:

— Llévselo en seguida a García. Más vale que empiece cuanto antes. Tendremos trabajo. Y llevaros también esto. —Señaló los imperdibles y añadió con sarcasmo:— el señor Martín podrá necesitarlos.

## **Martes 29 de octubre de 1968**

— Normalmente, tienes cinco años de vida universitaria por delante —dijo Ramón—; pero en tu caso, y dadas las circunstancias, no me parecería extraño que esos cinco años se estiraran bastante... o que, al contrario, tuvieras que abandonar ya en el primer año.

Estaban arrellanados en sendos sillones del Ateneo. Su interlocutor era Luis Pitarque, un estudiante de primer año de Derecho, que había buscado a Ramón Ubierna —estudiante de quinto año— para informarse de ciertos aspectos de la vida estudiantil en la Facultad.

— ¿Por qué?

— Tú has venido a la Facultad ilusionado con esa aureola de resistencia estudiantil. No quiero decir que no vengas a estudiar: te supongo suficientemente inteligente para poder estudiar y hacer política al mismo tiempo.

Hizo una pausa para coger y encender el pitillo que le ofrecía Luis. Le había caído simpático este joven ansioso de tomar el relevo. "Tengo que procurar no parecer demasiado paternal", pensó.

— Naturalmente, no te reprocho el venir con ese espíritu, Dios me libre. Te presento las cosas como son. Y lo que hay es que los estudiantes que se muestran demasiado inquietos corren el riesgo de que se les expulse pura y simplemente de la Universidad.

— ¿Ha habido ya muchos expulsados?

— Muchos no, pero algunos. Y no cabe duda de que esas sanciones tienen cierta eficacia, al menos de momento. Sin embargo, a la larga lo que hacen es exasperar a la gente. En fin, de hecho hemos conseguido ya mucho. Ya no nos pueden impedir que celebremos asambleas libres de estudiantes, ni que elijamos libremente a nuestros delegados de curso. Este año, probablemente se organizarán las elecciones en noviembre.

— ¿Y los catedráticos, qué dicen?

— Los catedráticos, puede decirse que en general están pasivamente con nosotros. Pero sólo pasivamente. Salvo las excepciones que todos sabemos, no hay que pedir a ningún catedrático que tome iniciativas que le comprometan.

— Ya. Supongo que eso es normal. También entre los estudiantes, por mucho que se diga, la mayoría no hace más que dejarse llevar.

— Sí, pero no a cualquier sitio. La mayoría sólo se deja llevar cuando está de acuerdo con lo que le propone la minoría. Quiero decir que ahora se sabe bastante bien lo que se quiere. El armar jaleo, por el gusto del jaleo en sí mismo, no tiene muchos partidarios.

Al mismo tiempo que pronunciaba la última frase, Ramón se estaba preguntando inte-

riormente hasta qué punto era exacta y hasta qué punto era la expresión de un fuerte deseo suyo. Pero no fue la última, sino la penúltima frase la que retuvo la atención del joven Pitarque.

— Ahí le duele, ahí le duele —apuntó—. Dices que se sabe lo que se quiere. Sobre eso quería preguntarte. ¿Hay un programa, hay una línea de conducta consciente? No me refiero a las acciones concretas: cuando, por ejemplo, se protesta contra la prohibición de una conferencia o contra unas sanciones académicas, claro que se sabe lo que se pide. Pero quiero decir, elevándonos a un plano más alto, y mirando más lejos. Ya me entiendes.

— Te entiendo perfectamente. A ti te gusta planear por las alturas —bromeó Ramón, remedando el gesto que había hecho el otro con la mano horizontalmente extendida a la altura de los ojos—. Ten cuidado, que si te caes te vas a dar un buen batacazo. En fin, para contestar a tu pregunta te diré que en todo movimiento estudiantil de protesta hay siempre dos tendencias, que podemos llamar la sindical y la política. Para unos, somos estudiantes y tenemos que ocuparnos exclusivamente de cuestiones universitarias. Otra cosa sería dar pretextos a la represión y comprometer el éxito de nuestras reivindicaciones. Para otros, no somos sólo estudiantes sino también ciudadanos, y por otra parte los problemas universitarios tienen un trasfondo político del que no se puede prescindir. Naturalmente, todos los de la tendencia política están siempre dispuestos a apoyar las reivindicaciones sindicales, mientras que los de la tendencia sindical se niegan a apoyar reivindicaciones políticas.

— Me parece que yo voy a estar con los políticos —dijo Luis.

— No hace falta que me lo jures —respondió Ramón riendo.

— ¿Y tú?

— También... pero menos. Es una cuestión de medida y oportunidad. Te lo explicaré con un ejemplo. El año pasado, en una de nuestras asambleas libres pidió la palabra un obrero. Empezó a hablar diciendo que nos saludaba en nombre de los trabajadores, que unos y otros luchábamos por la misma causa y que debíamos aunar nuestros esfuerzos. Supongo que tú le habrías apoyado. ¿No?

— ¡Claro!

— Pues la gente reaccionó negativamente. El abucheo fue tal que el hombre no pudo seguir hablando, y se tuvo que marchar. A mí, aquello me hizo daño, francamente; me pareció que habíamos sido bastante brutos. Pero ¿sabes qué resultó? Pues más tarde se supo que el tal obrero había sido enviado por la policía. Era una trampa. Claro que la gente no lo sabía cuando le abuchó.

— ¡Caray con nuestra policía! Yo creía que esas cosas sólo salían en las novelas de espionaje.

— Pues es auténtico, te lo aseguro. Conozco el caso bien.

Se quedó un momento pensativo. "Este Pitarque sería un buen cliente de Fernando Pedreña —se dijo—; pero no seré yo quien le presente a él". Se dispuso a orientar la conversación hacia el problema que le preocupaba.

— La politización de los estudiantes presenta además otro aspecto que hay que tener muy presente, y es la tendencia a derivar hacia la acción directa. Ya hemos tenido varios incidentes, que se han presentado sin que nadie previera ni preparara nada. Sin embargo, creo que es muy necesario prevenir y encauzar esa tendencia a la acción. Nadie encauzó ni organizó nada, por ejemplo, cuando se destrozaron unos coches en la calle hace dos años.

— ¿Cómo fue eso?

— Ibamos en manifestación varios miles, ocupando toda la calzada. Hubo dos o tres coches, no sé si conducidos por militares o por quién, que quisieron desorganizar la manifestación lanzándose contra la multitud. La gente se indignó, volcaron los coches y los dejaron literalmente destrozados.

— ¡Hum! Conseguido esto, no parece imposible conseguir cosas mayores.

Ramón le miró sorprendido, momentáneamente desconcertado, y luego rompió a reír.

— ¡Vaya, hombre! Conque yo te cito el caso como un ejemplo de lo que hay que evitar, y tú lo entiendes al revés. Me había olvidado de que tú miras las cosas desde un plano más elevado. —Repitió, burlón, el gesto de levantar la mano para marcar un nivel.

Luis Pitarque notó que se ruborizaba, y quiso justificarse:

— Bueno, no veo por qué te parece mal que se les haya destrozado el coche, si ellos tomaron la iniciativa de atacar. Es casi un caso de legítima defensa.

— No digo que no esté moralmente justificado. Pero me parece un error muy grave. —Ramón se había puesto serio y hablaba ahora con aplomo. Sus frases, cortas y cortantes, caían como martillazos rabiosos sobre un remache difícil.— Todo lo que sea recurrir a la violencia es grave. Es la mejor manera de exasperar al adversario y de cerrar el camino a toda posibilidad de diálogo. Y de desacreditar a la oposición. Un coche destrozado hoy, un petardo mañana, un atentado pasado mañana. La pendiente es peligrosa, peligrosísima. Todavía, si hubiera una remota posibilidad de derribar el régimen por la fuerza... Pero todos sabemos que es inútil, no hay que hacerse ilusiones. La gente no está por historias, nadie quiere otra guerra civil. Eso hay que evitarlo a toda costa. No, la violencia no sirve más que para dar argumentos a la represión. Y en definitiva, para favorecer a los que tienen las metralletas.

— Entonces, ¿qué hay que hacer, según tú?

Todo el aplomo de Ramón Ubierna se desvaneció ante esta sencilla pregunta. Las palabras pronunciadas por Fernando Pedreña una semana antes vinieron de nuevo a su espíritu: "Desengáñate: esperar que pueda haber un cambio por evolución es creer en los Reyes Magos..." En unos instantes, con la rapidez del pensamiento, revivió toda la conversación: "Desconfía de lo que sea cómodo..." "La no violencia es la tentación del cristiano". Se dio cuenta de que no podría ofrecer a Luis Pitarque una respuesta clara y concreta.

— Tiene que haber otros medios aparte de la violencia —dijo, sombrío—. De hecho, todo lo que hemos conseguido hasta ahora lo hemos conseguido fundamentalmente por medios pacíficos, y...

— ¿Molesto? Me parece que estáis discutiendo cosas muy serias.

Era Tere. Ramón, que no la había visto acercarse, se alegró de la interrupción. Hizo las presentaciones y luego dijo a su novia:

— Llegas muy oportuna, Tere. Siéntate y échame una mano. Estaba tratando de convencer a Luis de que las manifestaciones estudiantiles no deben degenerar en actos de violencia. Pero me parece que no he tenido mucho éxito.

— ¿Por qué? ¿Eres un joven iconoclasta? —bromeó Tere, dirigiéndose a Luis. Éste se turbó un poco al sentirse observado por un par de hermosos ojos negros, ligeramente achinados.



— ¡No, no! —Se defendió, esforzándose por ponerse a tono con el humor festivo de la joven—. Bueno, no sé si soy iconoclasta, pero en todo caso no soy muy peligroso. No soy más que un pobrecito joven inexperto que trata de informarse.

— Pues no sé cómo quieres que te eche una mano —dijo Tere a Ramón—. Yo en política soy un cero a la izquierda. En cuestión de manifestaciones estudiantiles, a quien podéis preguntar es a Adelina Núñez.

— ¿La de la bofetada?

— Sí.

— Cuéntale eso a Luis, anda.

— Adelina Núñez es una estudiante de tercero de Letras, muy decidida. El año pasado, hacia el final del curso, se habían prohibido unas charlas que tenía que dar un cura extranjero en la Universidad. Para protestar, se organizó una pequeña manifestación: no creo que hubiera más de doscientas a trescientas personas. Ibamos también algunas chicas, pero claro que no en primera fila, sino muy prudentemente en retaguardia. Adelina sí, ella iba en primera fila. Era del grupo de los animadores, de los que más gritaban "Li-ber-tad, li-ber-tad", como unos energúmenos. Era ella la que más llamaba la atención, la gente se la quedaba mirando. Una señora bien vestida pensó, por lo visto, que aquello era escandaloso y, al pasar, desde el borde de la acera le lanzó un "¡Cochina!". Todos lo oímos muy bien. Adelina, ni corta ni perezosa, se salió de la fila, fue hasta aquella señora, le dio un bofetón que la dejó turulata, y luego volvió tan contenta a la manifestación.

— ¡Bravo! —exclamó Luis. Pero inmediatamente contuvo su entusiasmo, al advertir la expresión burlona de Tere—. Bueno... Me parece que es una bofetada muy en su lugar. ¿No?

— La bofetada, puede ser. La abofeteadora es la que no estaba muy en su lugar. A mí, por lo menos, me dio una vergüenza enorme que la gente pudiera creer que las estudiantes somos así. Desde entonces, no he vuelto a querer saber nada de manifestaciones callejeras.

— Claro, todo tiene sus pros y sus contras —admitió Luis, conciliador. Y después de una pausa:— Bueno, os voy a dejar. Entre los dos, me habéis dejado bastantes ideas que tendré que rumiar. Y por favor, Tere, no me consideres un iconoclasta, sino un aprendiz de...—vaciló, buscando la palabra.

— Un aprendiz de iconoclasta —terminó Tere.

Tere Arizqueta era una chica alegre y optimista. No tenía motivos para ser de otra manera, pues tenía cuanto las mujeres suelen desear a su edad: buena presencia, unos padres cariñosos y no excesivamente severos y, sobre todo, un novio formal que dentro de un año terminaría sus estudios y dentro de dos, según toda probabilidad, estaría en condiciones de casarse.

Por añadidura, aquella tarde tenía un motivo suplementario para estar contenta, y estaba impaciente por contárselo a Ramón. Así pues, vio con satisfacción alejarse al joven Pitarque, y aceptó gustosa cuando Ramón propuso salir a respirar un poco de aire fresco.

Ya en la calle, no quiso contenerse más tiempo.

— Tengo una buena noticia, Ramón.

— ¿Te ha tocado la lotería?

— Casi, casi. Figúrate que papá se trae unos manejos... No me ha dicho nada, pero yo me he enterado. Ha comprado un pisito en unos bloques en construcción, cerca del río.

— ¿Y eso qué?

— ¿Cómo que "y eso qué"? ¿Para quién crees que puede comprar mi padre un piso?

Ramón la miró sin atreverse a contestar.

— Pues claro, hombre, pues claro. Para nosotros. Va a ser su regalo de boda. Ya te digo que no me ha dicho nada, quiere darnos una sorpresa, pero yo estoy segura de que es así. ¿Qué te parece? Tenemos que ir a ver las casas. ¿Crees que estarán terminadas dentro de dos años, si empiezan a construirlas ahora?

Ramón se quedó silencioso. Por un azar desgraciado, su novia había elegido el peor momento para darle aquella noticia. Todavía no se había disipado el malestar que le produjo la fase final de la conversación con Pitarque, y el anuncio de Tere venía a dar un nuevo vigor a las palabras de Fernando Pedreña, el apóstol-profeta de las C.L.T.: "Me da miedo la comodidad, el confort material... Uno termina por aburguesarse... Uno termina por acostumbrarse a la injusticia, sobre todo cuando son los demás quienes la padecen".

— ¿No te alegras? ¿Qué te pasa? —Tere se quedó cortada y perpleja, al ver la expresión grave de él.

— Sí, claro. Tu padre es una excelente persona.

— ¿Pero...?

— No, nada. Es que... Estaba pensando en lo que me dijo Fernando Pedreña el otro día. Ya sabes.

Ella comprendió. En un instante se volatilizaron todos sus alegres pensamientos. Llovía sobre mojado, pues ya en más de una ocasión el sombrío idealismo de su novio había suscitado en ella un complejo de sanchopancismo irresponsable, contra el que trataba de defenderse.

— Soy una egoísta ¿verdad? —dijo después de un silencio.— Sólo pienso en nosotros dos.

— ¡Qué tontería! —protestó Ramón con una sonrisa triste.— Estaría bueno que uno no tuviera derecho a pensar en su propia casa. No, el egoísta soy más bien yo, que te he echado un jarro de agua fría con mis pensamientos absurdos.

Pero sabía que ya era inútil tratar de reparar lo hecho. Tere tenía una sensibilidad exagerada, y cualquier rasguño que se produjera en su alma tardaba en curarse, por más que ella misma se esforzara en olvidarlo. Además, él no se sentía con humor ni fuerzas para tratar de consolarla.

Aquella tarde estaba estropeada para los dos.

### **Domingo 3 de noviembre de 1968**

Este domingo no ocurrió nada digno de mención.

**Lunes 4 de noviembre de 1968**

El lunes, empezaron a circular profusamente por Villacorte unas octavillas con el siguiente texto:

*TRUJÍBEROS:*

*Cincuenta y cinco ciudadanos está detenidos por el delito de haber solicitado, en forma pacífica y respetuosa, la celebración de elecciones libres a la Jefatura del Estado. No podemos dejar abandonados a quienes han sabido interpretar el sentido y los deseos de toda la nación. Acudid todos ante la Dirección General de Seguridad el **próximo domingo 10 de noviembre a las 12 de la mañana, y todos los domingos sucesivos a la misma hora, mientras no se nos escuche.***

*Reclamamos:*

- *La libertad de Eusebio Martín y de sus 54 compañeros.*
- *La celebración de elecciones a la Jefatura del Estado.*

*Para subrayar el carácter pacífico de la manifestación, se aconseja:*

*Abstenerse de gritos, cantos y actos o gestos agresivos.*

*Llevar sujetos en pecho y espalda carteles en que se expongan nuestras reclamaciones.*

*Sentarse en el suelo cada vez que la fuerza pública establezca una barrera o trate de disolver a los manifestantes.*

**Domingo 10 de noviembre de 1968**

El día amaneció despejado. El suave sol otoñal, que invitaba al paseo, parecía dispuesto a no negar su apoyo a los encartelados. En el barrio de Puente Vieja, éstos comenzaron a fluir desde poco después de las diez. Los primeros, en número todavía escaso, formaron pequeños corros que se estacionaron en tres o cuatro puntos de la Avenida de los Pacíficos. Pronto se les unieron otros en número cada vez mayor. Salían de las bocacalles, de las casas, de las bocas del Metro, portadores siempre de sus carteles en los que se leían las dos reivindicaciones anunciadas: libertad para los 55 y elecciones libres. Muchos procedían de los barrios de chabolas al otro lado de la vía; entre éstos se veía algunas mujeres jóvenes que acompañaban a sus maridos, a sus padres o a sus hermanos. A las once, varios miles de encartelados se pusieron en marcha hacia el centro.

También los Carpetancheles se pusieron en movimiento. Una nutrida multitud bajaba por tres calles convergentes hacia el puente de Carpetania, pitorro de embudo o delgado cordón umbilical por el que la vida parecía fluir del hijo a la madre y no a la inversa.

Al norte de la capital, otro barrio popular, Tristán de las Historias, dio numerosos voluntarios a la manifestación de los encartelados. En dirección a la Glorieta de los Altos Destinos, la gente descendía silenciosa, respetuosa de las consignas. No obstante, eran muchos

—quizá más de la mitad— los que no llevaban carteles, hecho que podía explicarse porque numerosos manifestantes sólo a última hora tomaron la decisión de incorporarse a la marcha, ganados por la silenciosa firmeza de los encartelados.

Los de Puente Vieja toparon con los "grises" poco antes del Ministerio de Fomento. Dos compañías enteras esperaban a pie firme, cortando la calle. Llegados a una treintena de metros, los primeros encartelados empezaron a sentarse en el suelo, en medio de la calzada. Los que venían detrás hicieron otro tanto, y en pocos instantes la Avenida de los Pacíficos, en una longitud de quinientos metros, quedó cubierta por la silenciosa multitud sedente.

Los guardias entraron en acción. Para empezar, emprendieron la operación de llevar a los coches celulares a los encartelados de las primeras filas, aquéllos que parecían desempeñar un papel dirigente. Algunos se negaban a levantarse, esperando ser llevados en volandas. Contra éstos, los guardias tenían órdenes de pegar duro: más de uno quedó conmocionado o empezó a sangrar abundantemente por la cara, de manera que este tipo de resistencia pasiva no encontró muchos imitadores. Casi todos, al ser conminados directamente por los policías, iban al coche por su propio pie. La multitud, no obstante, no se movía, confiando en que los coches celulares pronto estarían llenos. Así ocurrió. Hubo unos instantes de espera tensa. De pronto se oyó un toque de corneta, y los llamados representantes del orden cargaron contra el pueblo. Eran las 11,35 de la mañana.

En el Puente de Carpetania, los acontecimientos habían seguido otro curso. No se había previsto que la afluencia fuera allí tan nutrida, de manera que sólo un sargento y diez guardias se encontraban allí al adentrarse la multitud por el puente. En el extremo de éste, el sargento dispuso a sus guardias en cordón agarrados de la mano, tratando de cortar el paso. La multitud no se detuvo. No hubo violencia, no hubo por parte de los que constituían la vanguardia de los encartelados intención verdadera de arrollar a los guardias. Algunos, incluso iniciaron el gesto de sentarse en la calzada. Pero pudo más la presión inerte de la masa sobre la corta y frágil barrera. Apretujados contra los guardias, los de las primeras filas trataban de agacharse para sentarse, pero ese mismo gesto les llevaba, casi sin quererlo, a pasar por debajo de los brazos extendidos de aquéllos. Pasó uno, pasaron tres, pasaron doce. Los demás comprendieron que ese era el camino, y los guardias no pudieron contener el chorreo constante. El sargento dio la orden de retirada. Eran las 11,10 de la mañana.

En Tristán de las Historias la marcha de los encartelados era menos coherente, y quizá a ello se debió, paradójicamente, su relativo éxito frente a la fuerza pública. No hubo una concentración única. Grupos dispersos bajaban por ambas aceras, respetando en la medida de lo posible la calzada, por donde no se interrumpió la intensa circulación habitual de coches y tranvías. Los guardias detuvieron a algunos encartelados en las inmediaciones de la Glorieta de los Altos Destinos. La gente, entonces, optó por esquivar a los "grises". Unos se desviaron por calles secundarias; otros, al ver que los que no llevaban carteles pasaban sin ser molestados, se quitaron momentáneamente los suyos, para ponérselos de nuevo después de superado el obstáculo. Más de un millar de encartelados se infiltraron así hacia el centro de la ciudad, sin dejar más que un centenar escaso de sus compañeros en los coches de la policía. A las 10,30 los guardias apostados en la Glorieta se replegaron hacia el centro, dispuestos a cambiar de táctica.

En la Avenida de los Pacíficos, la carga de la policía, porra en mano, contra los encartelados sentados consiguió pronto su objeto. Hubo contusiones, heridas, sangre, y el miedo cundió entre la multitud. Se produjo la desbandada. No todos los manifestantes, sin embargo, consideraron terminada la partida. Una numerosa minoría, derivando hacia otras calles o utilizando sen-

cillamente el Metro o los autobuses, fue acercándose por varios lados a la Plaza de las Dos Fuentes, donde estaba situada la Dirección General de Seguridad.

Todos los accesos a esta plaza estaban guardados desde dos horas antes, y desde las once se cerraron las bocas del Metro, de manera que los que acudían por este medio de locomoción tuvieron que salir a la superficie en una de las estaciones inmediatas. A pesar de estas medidas, la plaza se había ido llenando poco a poco de gente. Allí se encontraba Ramón Ubierna, dispuesto a observarlo todo y dominado por el sentimiento de que iba a vivir una jornada memorable para él y para el país. No había en la plaza encartelados; no se les hubiera permitido el paso. Pero Ramón sorprendió ciertas sonrisas cómplices, escuchó algunas frases sospechosas —"¿Tú también?", "Aquí los llevo"— e incluso notó cómo alguno entreabría su chaqueta o su gabardina para mostrar a su compañero algo que llevaba escondido.

Era el secreto de Polichinela. "A las doce", se oía decir acá y allá. Había tensión en el ambiente, tensión que crecía a medida que se reducía el ángulo que formaban las dos agujas del gran reloj de la torreta. En público difícilmente cabía ya en las aceras y empezaba a desbordar sobre las calzadas; el tráfico rodado, por lo demás, era anormalmente débil.

A las doce menos cuarto llegaron tres trolebuses vacíos. La policía había obligado a todos sus ocupantes a descender dos paradas antes, en la calle de Cómpluto. Dos personas únicamente subieron en el primer trolebús, que partió inmediatamente, mientras que los otros dos quedaron en la parada en inútil espera de viajeros.

A las doce menos diez hubo un revuelo en la calle de la Chistera: los guardias contenían y rechazaban a unos centenares de encartelados que pretendían forzar el paso. Inmediatamente después, análogos intentos y análoga actuación enérgica de la fuerza pública tenían lugar en el arranque de la calle de Cómpluto, y poco después hacia la parte de la calle Grande. Este último episodio lo presenció Ramón, mezclado entre la gente estacionada en la plaza, detrás de los guardias. Observó que varios de los encartelados que por allí trataban de pasar tenían sus ropas empapadas de agua, como si acabaran de tomar un baño en el río sin desnudarse. Mucho más tarde sabría que eran los restos de los que, después de forzar el paso del Puente de Carpetania, habían sido dispersados en la Puerta del Torero mediante el empleo de mangueras.

Sonó la primera campanada de las doce. No fue necesario esperar a la segunda: innumerables papeles y cartones salieron instantáneamente de los bolsillos, de debajo de las chaquetas, de las carteras o bolsos de mano; miles de manos se aplicaron febrilmente a la tarea de fijar los carteles a los pechos y a las espaldas. Se diría que todos hacían cuestión de amor propio el ganar la carrera contra el reloj, que seguía dejando caer sus campanadas sin pausa y sin prisa.

Ramón —también encartelado— vivía unos instantes de exaltación mística. Horas antes, cuando había preparado sus carteles dividido entre el escepticismo y la esperanza, no se hubiera atrevido a soñar con la espléndida realidad que ahora veía. Se sentía en comunión con el pueblo, y este sentimiento le llenaba de euforia. Hubiera querido abrazar a todos.

A su lado, alguien dijo contrariado:

— Caray, yo no he traído carteles. Si alguien me diera un papel...

Rápidamente, Ramón sacó su pañuelo y lo desplegó.

— Póngase esto; aquí tiene alfileres —dijo, al tiempo que le ayudaba a sujetarlo.— No hace falta que tenga letrero, todos sabemos lo que significa.

Mantener a raya a los centenares de encartelados que pugnaban por entrar en la Plaza de

las Dos Fuentes cuando dentro de ésta había ya uno o quizá dos millares, era algo que carecía de sentido. Así debieron comprenderlo los jefes de la policía. Hubo algunas idas y venidas de las fuerzas armadas. Durante unos veinte minutos, pareció que las autoridades habían perdido el control de la situación. Sin cesar afluían nuevos encartelados desde todas las calles. La gente estaba animada. La consigna del silencio se observaba ahora muy imperfectamente. Ciertamente, no había gritos, pero por todas partes se sostenían animadas conversaciones que, unidas, formaban un zumbido denso, persistente, que lo invadía todo. Excepto, quizá, los sótanos de la Dirección General de Seguridad.

La euforia de la multitud dio un bajón cuando aparecieron varios vehículos de la policía: camiones cargados de guardias y también cuatro camiones-cisterna. El público contempló silencioso los preparativos, con una curiosa indiferencia ante el peligro. Se diría que cada uno pensaba que aquello no iba con él.

Cuando las mangueras estuvieron estratégicamente colocadas y cuando los centenares de guardias, porra en mano, estuvieron colocados en semicírculo y dispuestos para el ataque ante la Dirección General de Seguridad, empezó a funcionar un altavoz instalado en el coche desde el que parecía dirigirse la operación.

— ¡Atención, atención!!

La voz se oyó en toda la Plaza de las Dos Fuentes y en todas las calles adyacentes. Se hizo un silencio total.

— ¡Atención, atención! Esta manifestación está prohibida por la autoridad y debe disolverse inmediatamente. Se concede al público un plazo de cinco minutos para que evacúe la plaza y las calles contiguas y se disperse pacíficamente. De lo contrario, la policía tendrá que recurrir a la fuerza para imponer el respeto del orden.

Aquí y allá se vio a algunas personas —especialmente mujeres— apresurar el paso para ponerse a salvo. Algunos hubo también que aprovecharon esos minutos para instalarse en los vacíos trolebuses, esperando así poder "ver los toros desde la barrera". Pero la inmensa masa de los encartelados, todavía animosa, no obedeció a las órdenes amenazadoras dadas por el altavoz, sino a las instrucciones consignadas días atrás en las octavillas clandestinas. En pocos instantes, miles de encartelados estaban sentados por el suelo.

— A la hora de la verdad, ya verás cómo se les encoge el ombligo. Van a salir todos de estampía —comentó con una mueca despectiva un guardia de los de primera fila dirigiéndose al compañero de su derecha, más joven que él y al parecer con menos experiencia en estas lides.

El altavoz repitió todavía tres veces sus conminaciones. Y llegó la hora de la verdad.

Es penoso para el veraz cronista de estos sucesos tener que historiar el peor momento de debilidad de sus héroes, los encartelados. Tampoco le resulta agradable demorarse en la descripción de las violencias ejercidas por los policías: los hermanos policías, víctimas también ellos del sistema social injusto, y más dignos de lástima que el pueblo, porque más lástima merece el que por necesidad se presta a ser instrumento de la violencia que el que la padece. Permítase, pues, al cronista correr aquí un velo de pudor. Baste con decir que el pronóstico del guardia de la mueca despectiva resultó exacto en un 98%. Incluso cabe sospechar que, de los 118 encartelados exactamente que quedaron tendidos sobre la plaza cuando todo terminó, y que fueron recogidos en camiones por los guardias, muchos de ellos no renunciaron a la huida por un heroísmo deliberado, sino que sencillamente se vieron en la imposibilidad de huir por causas que no requieren comentario.

**Lunes 11 de noviembre de 1968**

La *Hoja del Lunes* publicó, sin comentarios, el siguiente comunicado facilitado por la Dirección General de Seguridad:

*Ayer domingo, algunos centenares de agitadores, obedeciendo a consignas dictadas desde el extranjero por el comunismo internacional, intentaron perturbar el orden en algunos barrios periféricos y en el centro de la capital. La maniobra fracasó totalmente, gracias a la rápida y eficaz intervención de la fuerza pública y al buen sentido de la población, que exteriorizó su enérgica reprobación de los manejos subversivos de los enemigos del Estado. Se practicaron varias detenciones.*

Las "varias detenciones" practicadas en los diversos escenarios de los sucesos habían sido en realidad 370, que unidas a las 55 del día 27 arrojaban un total de 425 encartelados momentáneamente privados de libertad. Cifra excesiva, evidentemente, para que pudiera pensarse en procesar a todos sin correr el riesgo de provocar una campaña de prensa más allá de las fronteras. El mismo lunes, por consiguiente, después de tomárseles la filiación, se dejó en libertad a 393.

Uno de los 393 era Ramón Ubierna. Ni el lamentable fin del episodio de la víspera, ni la noche en vela pasada en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, ni el ayuno forzado, habían hecho mella en el sentimiento de íntima alegría que le había invadido desde la histórica primera campanada de las doce. Durante la noche se había esforzado, consiguiéndolo en buena medida, por comunicar a sus compañeros de penas su exaltado optimismo. Les había hablado de algo sobre lo cual él mismo no había tenido hasta entonces ideas claras, algo a lo que nadie había dado todavía en Trujiberia una formulación neta, pero que en otros países había hecho correr ya tinta abundante. Ese algo, ese fenómeno, esa moral, era lo que en varios países de había dado en llamar la "no violencia".

Ramón, sin haber leído nunca a los clásicos "no violentos", había hablado con convencimiento de lo que constituye la esencia de la no violencia, y que él mismo, en su obcecación, se había negado a ver hasta que el pueblo le abrió los ojos. La no violencia, había dicho, no es pasiva, sino activa. No es abstención, sino acción. No es una simple protesta platónica e ineficaz, sino que es un lanzarse a la calle, un batallar incruento. Sobre el revolucionarismo violento, tiene la ventaja de inspirarse en una moral superior, de raíces tan cristianas como universales. Sobre el pacifismo legalista tiene la ventaja de su dinamismo, de no vacilar en desafiar las leyes humanas si éstas son injustas, de rehusar la complicidad del silencio.

Por la mañana, cuando se vio en la calle, seguía dando vueltas sin cesar a estas ideas. ¡Qué descubrimiento sencillo y sensacional! Ahora ya sabía lo que podía oponer a los argumentos de Pedreña; ya no vacilaría en responder a las preguntas de Pitarque, ya no se dejaría amargar...

¿Y... Tere? El pensamiento de su novia devolvió a Ramón a la realidad. Tenía que telefonarla; ella debía estar muy inquieta desde que él no compareció a la hora habitual, el domingo por la tarde. Por lo demás, nadie le habría echado de menos, pues los padres de Ramón no vivían en la capital, y él estaba alojado en una residencia de estudiantes.

Llegó al Ateneo y se fue derechamente a los teléfonos. Todas las cabinas estaban ocupadas, como siempre, y varias personas esperaban. Tomó un bocadillo en el bar, pero cuando terminó aún seguía la cola ante las cabinas. "Probaré otra vez dentro de diez minutos", pensó. Para hacer tiempo, subió a la biblioteca y se puso a ojear el fichero, preguntándose qué número correspondería, en la Clasificación Decimal Universal, a la "no violencia". Buscó en el fichero de autores: Gandhi, Martin Luther King...

Dos horas más tarde levantó la mirada de los libros para consultar el reloj, y se dio cuenta de pronto, con espanto, de que todavía no había telefonado a Tere y de que en las últimas 24 horas no había tomado más que un bocadillo.

Luis Pitarque estaba furioso contra sí mismo. No se perdonaba su debilidad. Se había perdido la tan esperada jornada del domingo por culpa de ese estúpido viaje familiar. No podía reprochárselo a su padre, aunque ahora se daba cuenta de que éste había organizado la cosa con la única intención de alejarle a él de la ciudad. Se lo reprochaba a sí mismo, a su falta de decisión.

Naturalmente, su padre también estaba al corriente, desde días antes, de lo que se preparaba para el domingo a las doce. Todo el mundo en Villacorte lo sabía. Y don Rodrigo Pitarque —alto funcionario del Ministerio de Hacienda, miembro de varios consejos de administración de importantes empresas, hombre ponderado y respetuoso del orden establecido— don Rodrigo Pitarque, que tenía muy poco en común con su hijo primogénito, como no fuera el no tener un pelo de tonto, se había acordado de repente que hacía ya muchos meses que no veía a su hermana que vivía en Segóbriga, y había decidido meter a toda la familia en el coche e ir allí a pasar el domingo. La señora de Pitarque y sus dos hijas habían acogido el plan con alborozo, pero Luis había ido sólo a regañadientes, sin atreverse a desafiar abiertamente a su padre.

Y ahora, al volver el lunes a la Facultad, se encontraba con que los encartelados eran el tema de todas las conversaciones. Varios estudiantes habían estado presentes, como testigos o como actores, en las memorables escenas de la Plaza de las Dos Fuentes. Los ánimos estaban excitados, y por todas partes se discutía si los estudiantes debían o no debían aportar su apoyo en bloque al movimiento de los encartelados.

— Lo primero que hay que averiguar —decía uno— es quién está detrás de los encartelados esos. A mí no me gusta hacerle el juego a nadie, y la verdad es que esos encartelados me parecen un poco sospechosos. Primero, que den la cara.

— ¡Caray, éste! —saltó otro—. ¿Te parece que no la han dado bastante?

— No seas bobo. Quiero decir los organizadores. Que sepamos quiénes son.

— ¡Siempre lo mismo! —intervino un tercero—. Me jeringan estos tíos superprudentes. Con esas suspicacias, nunca iremos a ninguna parte.

— La cabeza se tiene para pensar. Digo yo. No se pueden hacer las cosas a lo loco.

— Pero ¿qué tiene que ver quiénes sean? ¿Tú querrías que hubiera elecciones a la Jefatura del Estado, sí o no?

— Desde luego, pero...

— ¡Qué pero ni qué calabazas! A ver si vamos a tener que ir todos con los documentos



de identidad por delante cada vez que tengamos que hacer una manifestación.

— Tiene razón éste. No importa quién sea uno, sino lo que uno haga.

— Bonita divisa romántica.

— Estáis discutiendo todos lo que no sabéis. ¿Y si yo os dijera que detrás de los encartelados no hay ningún grupo político, que es un movimiento espontáneo?

— ¡Vamos, anda!

— ¿Te crees que nos chupamos el dedo?

— ¡Pruebas, pruebas!

— No, si es sólo una suposición...

— ¿Me dejáis que diga una palabra? Vamos a hablar claro. —Era Luis Pitarque el que se había decidido a intervenir en la conversación.— A ti lo que te pasa es que te molesta la posibilidad de que estén los comunistas en el ajo, porque tienes un anticomunismo visceral que no se diferencia mucho del de Tranco.

— Oye tú, sin insultar.

— Vamos a suponer que sea verdad —continuó Luís sin escuchar la interrupción—. Supongamos que, en efecto, hay comunistas entre los encartelados, o que incluso la idea ha salido de una cabeza comunista. ¿Y eso qué? Cuando miles y miles de tíos asimilan y hacen suya la idea, la idea ya no tiene etiqueta de origen; no es ni comunista, ni cristiana, ni gandhista, es sencillamente popular.

— Eso no son más que teorías. En la práctica, es otra cosa.

— En la práctica, tú mira a la gente a la cara. Eso de los manejos tenebrosos son pampinas. Lo que vale es lo que se ve. Y cuando se ve, como ayer, a varios miles de tíos...

Se quedó cortado, porque en ese momento se acordó de que él no había visto nada.

### **Miércoles 13 de noviembre de 1968**

También en el Consejo de Ministros del miércoles, reunido en El Cardo bajo la presidencia del Mariscal Tranco, el tema del día fueron los acontecimientos del domingo.

El Ministro de la Gobernación, general Pega, presentó primeramente su informe. Empezó explicando la iniciativa individual de Eusebio Martín el 20 de octubre y su reincidencia el 27. Describió brevemente la personalidad del interesado: obrero tipógrafo, sin antecedentes políticos ni penales, al que no se le conocía afiliación a ningún grupo político. En este punto, el Jefe des Estado le interrumpió:

— ¿No se le conoce afiliación? ¿Quiere decir que no se le conoce, pero que es posible que esté afiliado?

El general Pega se apresuró a explicar:

— Es muy oportuna su observación, Excelencia. En efecto, me he expresado mal. Puedo afirmar sin temor a errar que Eusebio Martín es ajeno a toda organización política, pues en otro caso mis servicios no hubieran dejado de averiguarlo.

El Mariscal Tranco movió la cabeza en signo de conformidad, y el ministro continuó su informe: El gesto esporádico de un individuo que posiblemente no estuviera del todo en su sano juicio había sido explotado por ciertos elementos subversivos desde el domingo 27 de octubre. La policía había actuado con celeridad, y desde ese día habían sido detenidos varios de los organizadores, que se confesaron pertenecientes a la asociación clandestina OSOL, y tres de ellos miembros del partido comunista. Explicó también los acontecimientos del último domingo, y terminó afirmando que la policía estaba perfectamente al corriente de lo que se preparaba desde una semana antes y hubiera podido yugular en su gestación la manifestación sediciosa, pero que se había juzgado preferible no intervenir prematuramente con objeto de poder desenmascarar después más fácilmente a todos los culpables, como en efecto había sucedido.

El Mariscal Tranco no hizo más comentarios. Paseó una mirada cansada por los rostros de los ministros, y dijo:

— ¿Alguien quiere hacer alguna observación? A ver, el Ministro de Asuntos Exteriores.

— En efecto, Excelencia. Quiero hacer constar que este asunto me preocupa. La prensa extranjera se ha hecho eco ya de los ligeros disturbios, exagerando como siempre su importancia y su significado. Creo que es esencial que no se repitan estos incidentes, y ruego al Sr. Ministro de la Gobernación que tome medidas enérgicas y discretas al mismo tiempo.

— ¿Qué opina el Ministro de Educación?

— Estoy completamente de acuerdo con lo que acaba de manifestar mi colega. Por lo demás deseo hacer constar que no ha habido intervención de estudiantes en este asunto., que no considero, por consiguiente, de mi competencia.

— ¿El Ministro de Sindicatos?

— Se trata de un asunto puro y exclusivamente político, en el que no hay mezcla de reivindicaciones sociales. Cuando las masas trabajadoras presentan reivindicaciones sociales que considero justas, soy el primero en apoyarlas. Pero en este caso no hay nada de eso. Es un acto de insubordinación ante la Jefatura del Estado y debe reprimirse.

— ¿Los ministros técnicos tienen algo que decir?

Tomó la palabra el Ministro de Desarrollo.

— El hecho de que los "encartelados", como al parecer se llaman a sí mismos, hayan elegido los domingos para manifestarse, hace que estos incidentes no tengan repercusión alguna en los índices de producción ni, por consiguiente, en la marcha del Plan de Desarrollo. A lo más, podría pensarse que a la larga hubiera alguna repercusión en el índice de consumo, como consecuencia de la menor asistencia a bares y espectáculos...

— ¡Oiga, oiga! —interrumpió el general Pega indignado—. ¿Es que cree usted que yo voy a tolerar que siga habiendo esas escenas domingo tras domingo?

— Hay que cortar, en efecto, hay que cortar rápido —insistió el Ministro de Asuntos Exteriores con gesto preocupado—. Rápido... y sin ruido.

El Ministro de Información consideró que eso de "sin ruido" era entrar en el terreno de su competencia, y pensó que debía intervenir.

— ¿Me permite una palabra, Excelencia? Gracias. Estimo que si bien es de rigor la máxi-

ma discreción en cuanto a las medidas policiales para hacer respetar el orden, ello no quiere decir que sea aconsejable guardar un silencio absoluto en la prensa. En caso de que los agitadores continuaran intentando movilizar a una masa de población que muchas veces se deja enganar ingenuamente, creo que será preciso contrarrestar esos manejos con una campaña de información, para poner bien en claro que el discutir la autoridad carismática del Jefe del Estado es un delito castigado por la ley, porque es contrario a los principios del Movimiento Nacional.

Todos los ministros asintieron. Y como no hubiera nuevas observaciones, el Mariscal Tranco consideró que todos estaban de acuerdo en que correspondía al Ministro de la Gobernación tomar medidas enérgicas y al Ministro de Información, si lo considerara oportuno, orientar a la opinión.

### **Sábado 16 de noviembre de 1968**

— Oriéntame un poco, Ramón. Estoy un poco hecha un lío con esta fiebre política que te ha entrado. Tú no eras así.

Paseaban por los jardines de la Ciudad Universitaria. Hacía fresco, y buscaban las zonas de sol.

— Siempre me ha interesado la política.

— Sí, pero desde fuera. Ahora lo que quieres es lanzarte al ruedo.

— Es que lo de los encartelados ha sido para mí una verdadera revelación, Tere. La revelación de la no violencia. Antes no me daba cuenta de lo que podía significar "no violencia", a pesar de que siempre he sido contrario a la violencia, ya lo sabes, por razones religiosas y temperamentales. El Evangelio es un mensaje de paz y de amor, lo más opuesto a la violencia; pero los cristianos se han arreglado siempre para desvirtuarlo, para echar agua en el vino del Evangelio. Bueno, muchas veces hemos hablado de esto, no necesito insistir. La cuestión es que yo confundía la paz con la pasividad. Si uno no tiene el valor de oponerse a la injusticia de alguna manera, se hace discípulo de Poncio Pilato más que de Cristo. ¿Comprendes? Con razón Pedreña decía entonces que la no violencia es la tentación del cristiano, pero es que ni él ni yo comprendíamos entonces lo que es en realidad la no violencia. Tan lejos estaba yo de comprender, que ni siquiera abrí los ojos cuando me topé con Eusebio Martín con sus carteles, aquel domingo. Y tampoco el domingo siguiente, cuando oí decir que habían salido a la calle otros pocos encartelados. Seguía estúpidamente encerrado en el falso dilema: o una rebeldía que tarde o temprano conducirá a la violencia, o un pacifismo que insensiblemente se convierte en un lavarse las manos.

Tere escuchaba en silencio, dividida entre sentimientos contrapuestos. Por una parte quería y admiraba a Ramón, y se decía que, aunque se lo propusiera, no conseguiría escapar de su embrujo. En cuanto a hacerle a él cambiar de rumbo sería imposible, y tampoco ella deseaba intentarlo. Pero por otra parte, no podía dejar de advertir que la nueva actitud de su novio tendría consecuencias nada agradables para los dos.

— Fue el domingo pasado, y luego el lunes en el Ateneo, cuando se me abrieron los ojos. Es sencillísimo. Los encartelados nos han dado un ejemplo de cómo se puede defender lo que es justo, no con la "dialéctica de los puños y de las pistolas", que ya está pasada de moda,

sino con algo tan pacífico como unos papeles. Puede haber otros ejemplos.

— Pero ¿por qué los encartelados te entusiasman más que otras manifestaciones? Habéis hecho cantidad de manifestaciones de estudiantes por las calles, y tampoco allí hubo puños ni pistolas. ¿Por qué siempre temías que degeneraran en violencia, y ahora no?

— Es verdad. Ahora pienso que en muchas de las manifestaciones estudiantiles (como también en las huelgas de los obreros, por lo demás) estaba en germen eso que hemos convenido en llamar "no violencia", y yo no lo supe ver. Es una cuestión de acento y de preparación psicológica de las masas. Los encartelados han acertado con la nota exacta para que a nadie se le pase ni remotamente por la imaginación la posibilidad de devolver a los guardias los palos que reciben. Unas consignas, unos carteles han dado la tónica. Y la gente ha seguido, eso es lo estupendo. Y ten en cuenta que no es más que un comienzo. Las cosas pueden hacerse todavía mejor. El acento, más que en la cosa que se pide, hay que ponerlo en la manera cómo se pide: en la no violencia. Es una idea vieja con formulación nueva, y eso es lo que puede movilizar a las masas. Es la expresión moderna del amor al prójimo, pues no se considera a los contradictores como enemigos a los que hay que combatir, sino como hermanos a los que hay que convencer. Ya sabes el juego de palabras ese de que no basta vencer, hay que convencer. Pues el no violento podría decir que renuncia de antemano a vencer (o sea a someter al contrario por la fuerza), y se conforma con convencerle. En cambio, tiene que estar dispuesto a sufrir la violencia que ejerzan sobre él.

— ¿No te da miedo, Ramón?

— No digo que no. Pero en cierto modo me alegro. Así me libraré del complejo de aburguesamiento que me había metido Pedreña.

Los dos callaron. Sus pensamientos iban por los mismos cauces, pero ambos temían expresarlos en alta voz. Tere se decidió al fin.

— Ramón —dijo con una voz al principio vacilante—. Tú tienes miedo de que yo sea un obstáculo para ti ¿verdad? No, calla, no digas nada. Pues yo, de lo que tengo miedo es de que tú creas que yo no soy capaz de sentir tus ideales. Yo también he soñado a veces con grandes sacrificios, aunque mis sueños eran un poco distintos. Por ejemplo, que nos íbamos los dos de misioneros laicos a enseñar a negritos.. o que teníamos mucho dinero y podíamos dar a los ricos lecciones de desprendimiento. Niñerías ¿verdad? Ahora va a resultar que el sacrificio va a ser muy distinto. Tendré que aguantar que te rompan las costillas, por ejemplo, y tus costillas me duelen tanto como las mías. ¡No te rías! O que te metan otra vez en la cárcel. O que no podamos ya casarnos dentro de dos años, o dentro de muchos...

Hizo un esfuerzo por parecer serena, y terminó:

— Bueno, pues lo que quiero decirte es que acepto. Cuenta con mi apoyo. No te reprocharé nunca lo que hagas.

Ramón estaba emocionado. Sin decir nada, con un movimiento algo brusco, la atrajo hacia sí y la besó con fuerza. Ella se apartó suavemente.

— ¡Chico, qué bruto! ¿A eso le llamas tú ser no violento?

— Probaré otra vez.

... ..

— Así está mucho mejor.

— Éste está mucho mejor —dijo Emiliano chasqueando la lengua. Tomó otro trago, y dejó el vaso sobre el mostrador.

— ¿Y qué, hoy tampoco habrá partida de dominó? —preguntó Faustino.

— Seguro que no —contestó Emiliano. Manolo y Joaquín han cogido miedo. Esos tardarán en aparecer por aquí otra vez. No quieren que la gente les señale como amigos de Eusebio.

— ¿Y tú?

— ¿Yo? ¿Es que no me conoces? —Emiliano adoptó una actitud de dignidad ofendida—. Para mí Eusebio es un gran hombre, siempre lo he dicho y lo diré muy alto.

Emiliano se había convertido, en efecto, en un entusiasta apologista de los encartelados, y en particular de Eusebio. Lo que antes le pareciera en él ingenuidad y pretensión, lo elogiaba ahora como llaneza y hombría de bien; lo que había criticado como ligereza irresponsable lo ensalzaba ahora como intuición genial. Los clientes del bar de Faustino le escuchaban en general con respeto y aprobación, y con frecuencia se formaban en torno suyo nutridos corros de oyentes.

— Fijaros bien lo que os digo —lanzó Emiliano, después de dirigir una rápida mirada en torno para asegurarse de que contaba ya con un auditorio suficiente—: Los encartelados van a dar mucho, pero que mucho que hablar. No digo en lo inmediato: es posible que ahora el Gobierno consiga meterlos en cintura. Pero a la larga, la idea quedará, y volverá a salir en cualquier momento. No me extrañaría que, a la larga, los encartelados terminaran con el régimen.

— ¿Y por qué no se pone usted también los carteles, si es una cosa tan estupenda?

Emiliano esperaba la pregunta. Miró al joven que se la había hecho, y sin perder su aplomo explicó:

— Cada cual en su papel, joven. En estas cosas tiene que ir en vanguardia la juventud. A tu edad, no me hacía yo de rogar para librar estas batallas y otras más difíciles. Ahora os toca a vosotros, vosotros los jóvenes sois los que tenéis que abrir brecha. Y ¿quién sabe? Esto del encartelamiento puede llevarnos a cosas... Si vosotros os lleváis por delante los remojones y los paños, a lo mejor un día nos lanzamos también los viejos, las mujeres y los niños.

— ¡Mire qué gracia! ¿A ver si cree usted que los "grises" van a estar separando a los viejos para no hacerles pupa?

— Ese es el problema, ese es el problema. A ver si encontráis la táctica para resolverlo. —Se quedó un momento pensativo y prosiguió:— En fin, no hay que precipitar los acontecimientos. Por ahora, la verdad es que hay que estar preparado para lo peor. Yo lo mismo digo una cosa que otra. Los encartelados, a la larga, van a hacer mucho. Pero mañana, como no se consiga sacar a la calle a más gente que el domingo pasado, y eso lo veo difícil, esto se habrá acabado. Hasta que surja otra crisis, claro.

### **Domingo 17 de noviembre de 1968**

Es difícil decir lo que hubiera ocurrido este domingo si el sol no hubiera desertado de la

causa de los encartelados. Quizá los temores de Emiliano hubieran resultado fundados de todas maneras, pues los movimientos populares obedecen siempre a cierto ritmo, y la curva del entusiasmo no puede mantenerse en constante ascenso. Pero también es posible que, sin el juego de los factores atmosféricos, el ejemplo de los encartelados hubiera logrado contagiar todavía a amplios sectores de la población. No, no es seguro que la onda expansiva hubiera perdido ya su fuerza interna.

Mas no es posible luchar contra los elementos. Puede especularse sobre si el pueblo estará o no estará dispuesto a recibir golpes de porra para dar testimonio contra aquéllos que administran los golpes; pero afrontar un viento desapacible y dejarse golpear en la cara por una lluvia helada es muy desagradable, ya que no se trata de dar testimonio contra la lluvia y el viento. Puede esperarse que la gente, si está sostenida por altos ideales, se deje remojar estoicamente por el chorro a presión de las mangueras; pero dejarse calar lentamente por una lluvia que no entiende de política es otra cosa, y es francamente desagradable. Puede pedirse a los numerosos Quijotes que existen en toda nación que desafíen valientemente las sonrisas burlonas de los Sancho Panzas, más numerosos todavía; pero cuando se nota además que esas sonrisas tienen un algo de conmiseración, cuando los carteles reivindicativos quedan reducidos a lamentables pingajos por obra de factores climáticos adversos, cunde entonces el sentimiento de estar haciendo el primo. Y eso, de veras, es muy desagradable, sumamente desagradable. No se puede, no, luchar contra los elementos.

Y sin embargo, hubo también este día miles de encartelados: de algunos barrios situados al norte de la capital bajaron incluso más numerosos que la semana anterior. Pero, en conjunto, vinieron en número considerablemente más reducido. Sólo en parte se vio compensada esta reducción por la afluencia relativamente importante de estudiantes universitarios.

En efecto, en las principales facultades de la Universidad los estudiantes habían celebrado asambleas durante la semana para fijar la conducta a seguir en el asunto de los encartelados. No se había llegado a aprobar ninguna moción formal de los sindicatos libres de estudiantes en cuanto tales, pero se había visto claramente que una mayoría de los universitarios —quizá el 60%— eran partidarios de sumarse individualmente al movimiento en favor de elecciones a la Jefatura del Estado.

La manifestación no fue un fracaso rotundo, como pretendió el lunes siguiente la nota oficial publicada en la prensa; mas estuvo lejos, hay que reconocerlo, de alcanzar el nivel de la precedente. El viento, el frío, la lluvia, y también la más amplia movilización de los hombres del general Pega, lograron evitar la presencia de los encartelados en la Plaza de las Dos Fuentes. Hubo encuentros entre los manifestantes y la policía en varios puntos de la capital. Las porras y las mangueras entraron en acción y se repitieron en parte las mismas escenas que siete días antes.

El balance del día fue de 313 detenidos y 10 heridos de pronóstico reservado.

## **Lunes 18 de noviembre de 1968**

Los principales periódicos extranjeros no se vendieron este día en el país. Casi todos ellos, en efecto, publicaron informaciones bastante detalladas sobre los incidentes. He aquí, por ejemplo, unos párrafos de la crónica enviada a su periódico por el corresponsal de un gran rotativo internacional:

*Villacorte 17.- ¿Nos encontramos en los comienzos de un amplio movimiento "no violento" en Trujiberia? Es lícito hacerse esta pregunta, porque si bien la expresión "no violencia" no ha sido explícitamente empleada en las manifestaciones de que esta capital ha sido el escenario durante dos domingos consecutivos, los procedimientos seguidos y las consignas dadas responden exactamente a los principios proclamados por los hijos espirituales de Gandhi, del Pastor King o de Lanza del Vasto. Los manifestantes, que se denominan a sí mismos "encartelados",<sup>5</sup> se limitan a marchar silenciosos, llevando en pecho y espalda unos carteles en que, en términos no ofensivos y con frecuencia intencionadamente respetuosos, se pide la convocación de elecciones a la jefatura del Estado. Las consignas de abstenerse de actos de violencia y, en especial, de no oponerse por la fuerza a la fuerza de la policía, se observan rigurosamente. En el día de hoy, varios miles de encartelados que se dirigían silenciosamente hacia el centro de la ciudad fueron dispersados por la fuerza pública con excepcional brutalidad, a golpes de porra y mediante el empleo de mangueras de riego contra la multitud. Se señalan algunos heridos y se han practicado varios cientos de detenciones.*

### **Martes 19 de noviembre de 1968**

Después de pasar dos días y dos noches en la prisión de Carpetanchel, fueron puestos en libertad 251 detenidos: aquellos que no tenían antecedentes en los ficheros policiales. Entre ellos se encontraba Luis Pitarque. Los 62 restantes, reincidentes o considerados especialmente peligrosos por cualquier motivo —entre ellos Ramón Ubierna— continuaron detenidos, en espera de una investigación más a fondo sobre sus actividades subversivas.

### **Jueves 21 de noviembre de 1968**

Por la ciudad circuló el rumor de que la policía se había apoderado de un lote de varios miles de octavillas recién impresas en las que los encartelados hacían un nuevo llamamiento a la población. Se decía que había habido numerosas detenciones y que habían quedado desarticulados los cuadros directivos del movimiento de los encartelados.

### **Domingo 24 de noviembre de 1968**

Por la mañana, el despliegue de fuerzas armadas fue impresionante. Por todas las calles importantes de la capital, incluidos los barrios periféricos, se veían guardias y coches de la policía.

No salió a la calle ni un solo encartelado.

Por la noche, en el bar de Faustino, Emiliano comentaba:

— El primer acto termina con la victoria del Gobierno. Pero que no se fíen. La idea queda sembrada, y resurgirá con cualquier pretexto: una subida de precios de los tranvías, un despido de obreros en una fábrica o ¡qué sé yo!, una rabieta de los estudiantes. Han matado la llama, pero queda la brasa.

---

<sup>5</sup> En español en el original

### III. La brasa

**Martes 7 de enero de 1969**

Federico Ubierna, el padre de Ramón, era un modesto empleado de banco en una pequeña capital de provincia. Para el matrimonio Ubierna, la prolongada prisión de su hijo único era un rudo golpe. La carrera universitaria de Ramón había podido pagarse con justeza y, hasta ahora, el chico había respondido bien a las esperanzas que sus padres habían puesto en él. Mas he aquí que, en el último año de estudios, aquel incidente desgraciado amenazaba con malograr una brillante carrera.

Don Federico Ubierna y doña Matilde Crespo de Ubierna habían recibido la noticia con consternación. ¡Su hijo de la cárcel! Era una verdadera vergüenza, y el matrimonio se había esforzado al principio por ocultar el hecho a sus amistades. Pero, al pasar los días y las semanas sin que llegara el fin de una detención que ellos querían creer resultado de un alboroto estudiantil sin importancia, el Sr. Ubierna había empezado a hacer gestiones tratando de mover influencias en favor de su hijo. Y, claro está, todo el mundo se había enterado al fin, en la pequeña ciudad, de la desgracia de los Ubierna. Que no todos consideraron como una desgracia, por lo demás. Hasta hubo un periodista retirado, personaje local muy popular, que se acercó un día a Federico Ubierna para felicitarle calurosamente por el "bautismo de cárcel" de su hijo. Bien es verdad que este personaje —cuyas tarjetas de visita rezaban «Paco Labra, Licenciado de Presidio, como lo fueron muchos trujíberos honra de su patria»— tenía una bien ganada fama de excéntrico.<sup>6</sup>

Las gestiones hechas por el Sr. Ubierna por intermedio de terceras personas habían sido vanas. Se le había asegurado que una persona muy influyente había intercedido personalmente por el joven Ramón ante el propio Ministro de la Gobernación, pero que éste se había mantenido inflexible. Era un asunto serio, había dicho el Ministro, y se trataba de un reincidente. Había que imponer un escarmiento.

Finalmente, ante la insistencia de su mujer, Federico Ubierna había decidido hacer con ella un viaje a Villacorte para intentar hacer algo él mismo. Estaba de antemano convencido de la inutilidad del esfuerzo, pero había que hacerlo.

El martes 7 de enero al anochecer llegaron, pues, don Federico y doña Matilde a la capital. Traían media docena de cartas de recomendación para personas influyentes, o consideradas como tales desde la perspectiva provincial de los recomendantes. Una vez instalados en su hotel de tercera categoría, Federico Ubierna procedió a clasificar las cartas por orden de la importancia por él atribuida a sus destinatarios: un obispo, un teniente general y un director general del Ministerio de Educación ocupaban los primeros puestos. Los otros eran un hombre de negocios, el subdirector de un banco y un conocido escritor.

El obispo, a quien el padre de Ramón había colocado a la cabeza de la lista, presentaba el inconveniente de que no residía en la capital. Era necesario, pues, prolongar el viaje. Para ahorrar-

---

<sup>6</sup> La tarjeta de visita del personaje real, asturiano de Cangas de Onís, en que se inspiró este pasaje decía exactamente: "Paco Pendrás, Licenciado de Presidio; como lo fueron el Cardenal Cisneros, Quevedo, Besteiro y otros españoles honra de su Patria". (Nota de la 3ª edición)



se gastos y fatigas y para ganar tiempo, decidieron separarse: al día siguiente, miércoles, Federico cogería de nuevo el tren para ir a ver al obispo; entre tanto, Matilde podría aprovechar el tiempo haciendo otra de las visitas del programa: por ejemplo la del subdirector del Banco del Pueblo, que precisamente caía cerca del hotel en que se habían alojado.

### **Miércoles 8 de enero de 1969**

— Lo comprendo, lo comprendo. No hay que ser demasiado severo con la juventud. Se dejan llevar por su impulsividad, y luego son ellos los primeros en lamentarlo.

El director del Banco, ante el cual el subdirector había llevado a la señora de Ubierna, era una persona amable y parecía poner interés en el asunto. Después de hacer discretamente varias preguntas sobre la familia Ubierna en general y sobre Ramón en particular, trató de consolar y tranquilizar a doña Matilde.

— Tiene usted toda la razón, señora. Mes y medio de prisión, parece ya algo excesivo para una falta tan leve... Suponiendo que realmente sea una falta el pedir elecciones. Cuento usted con nuestro apoyo: vamos a tratar de hacer algo por su hijo.

— No sé cómo agradecerse...

Doña Matilde no sabía qué valor podía tener el apoyo de aquel señor, pero en todo caso la buena voluntad que mostraba le dio algún consuelo y le hizo concebir esperanzas. "Ya le decía yo a Federico —pensó—: hay que pedir, hay que llamar a las puertas..."

— Me va a dejar su dirección aquí...

— Estamos en el Hotel Universo mi marido y yo. Mi marido no ha podido venir por lo que le he explicado ya a este señor —señaló con la mirada al subdirector, que asistía silencioso a la entrevista.

— Sí, sí, Hotel Universo, muy bien. Pues ya le pasaremos aviso del resultado de nuestras gestiones.

Se despidió. Cuando salió del Banco, estaba francamente esperanzada. "Federico diría que soy una ingenua; pero, la verdad, este señor me ha hecho buena impresión".

Y mejor impresión aún hubiera tenido si hubiera podido oír al Director del Banco que, teléfono en mano, decía en aquellos momentos:

— ¿Oiga? Aquí el Banco. Quisiera hablar con el Sr. Ministro, por favor.

Fue a comer al hotel. Apenas había tomado asiento en el restaurante, se acercó el gerente.

— Han telefoneado del Banco del Pueblo preguntando por usted. Que por favor pase esta tarde después de las cinco, para preparar la entrevista de mañana con el Ministro.

Tuvo que hacerse repetir tres veces el mensaje antes de comprender. ¿La entrevista con el Ministro? Ella ni siquiera sabía de qué ministro se trataba. Y su marido quizá no llegaría a tiempo... ¿Tendría que ir ella sola a esa entrevista?

De nuevo en el Banco, Matilde Crespo de Ubierna comprendió que todo lo que tenía que hacer era dejarse conducir. El director lo había pensado todo. Le presentó al chófer que la iría a buscar al hotel al día siguiente por la mañana. Si el señor Ubierna había llegado, irían los dos: si no, no importaba, iría ella sola. Al llegar al Ministerio... ¿Qué Ministerio? había preguntado ella

tímidamente. El de la Gobernación. Al llegar al Ministerio de la Gobernación, el Sr. X. la estaría esperando. Sería mejor que el Sr. Y. supiera que estaba allí. Sí, que preguntara por el Sr. Y. Es lo único de que tenía que acordarse. Luego la recibiría —o les recibiría— el Ministro, que ya estaba al corriente del asunto. No tenía que sentirse cohibida, ya vería como el Ministro la recibiría con amabilidad.

## **Jueves 9 de enero de 1969**

Casi todo se desarrolló según el plan previsto. A las 9 y media se presentó el chófer en el hotel. Federico no había vuelto de su viaje, pero Matilde estaba ya arreglada y nerviosa desde media hora antes. A las 10 menos 10 llegaron al Ministerio. Todo fue entonces muy rápido. El Sr. X. apareció en seguida; sin perder un minuto, la dirigió hacia el despacho del Ministro, el cual —dijo— la estaba esperando. La señora de Ubierna se dejó llevar, algo inquieta por no cumplir las instrucciones respecto al Sr. Y.; mas realmente no hubo ocasión, con las prisas.

El General Pega era hombre de trato afable, y la recibió cortésmente. Ella había preparado mentalmente algunas frases para abordar el tema: empezaría agradeciéndole el haberle concedido esta entrevista y disculpándose por robarle un poco de tiempo... Pero no tuvo necesidad de decir nada de eso, porque en seguida el General se puso a hablar.

— Siéntese, señora de Ubierna. Póngase cómoda. Ya estoy al corriente de lo de su hijo, es un episodio sin graves consecuencias pero siempre lamentable. He querido hablarle a usted personalmente porque a mí una madre que sufre por su hijo me inspira un gran respeto. Usted creerá, quizá, que los gobernantes no tenemos corazón...

— No, por Dios —protestó doña Matilde, ganada por la amabilidad del Ministro desde sus primeras palabras.

— Yo también tengo hijos —prosiguió él— y me hago cargo de sus angustias y de sus preocupaciones, señora. Quizá se pregunta usted si su hijo ha hecho algo grave. Ante todo, para tranquilizarla, puedo asegurarle que la cosa no es grave. Pero si he querido recibirla a usted, no es sólo para decirle eso. Usted cree que viene a pedirme algo, pero soy yo el que quiero aprovechar la ocasión para pedirle a usted que no me juzgue severamente.

— Pero señor Ministro, si yo nunca...

— Deje que le explique. Es usted una madre que intercede por su hijo, y yo veo en usted una representación de otras madres o esposas de todos aquellos con los que, por razones de mi cargo, he tenido que mostrarme severo. Soy yo, pues, el que tengo que disculparme y darle explicaciones a usted, y no usted a mí.

— Me deja usted confusa...

— Yo no soy severo por gusto, compéndalo. No me gusta imponer sanciones, pero ¿qué quiere usted? Un gobernante es como un padre, a veces no tiene más remedio que castigar, por el bien de sus propios hijos.

Hizo una pausa, que doña Matilde aprovechó para decir un poco atropelladamente:

— Claro, claro. Estoy segura de que usted es muy justo. Mi hijo no es malo, sabe usted, puedo asegurarle que no ha hecho nada con mala intención...

— En fin —añadió el General Pega—: no hay que ser demasiado severo con la juventud.

Se dejan llevar por su impulsividad, y luego son ellos los primeros en lamentarlo.

La señora de Ubierna tuvo la impresión de haber oído antes esa frase, pero no se paró a pensar en ello.

— Puede usted ir tranquila, señora. Su hijo será puesto en libertad en breve, muy en breve.

Así terminó la entrevista. El Sr. X. y el señor Y., que esperaban en la antesala, acompañaron a doña Matilde hasta la salida, asegurándole también por su parte que era inminente el desenlace feliz del asunto.

Aquella misma tarde estaban reunidos Matilde, Federico (de regreso de su visita al obispo) y su hijo Ramón. Éste, al verse en libertad, había telefoneado a la casa paterna, se había enterado de que sus padres estaban en la capital y había corrido a buscarles al hotel.

Federico Ubierna estaba sorprendidísimo de la eficacia fulminante de la gestión.

— A tu madre sola se lo tienes que agradecer —le decía a Ramón—. Mientras yo perdía el tiempo con un obispo, ella se ha camelado al Ministro.

— Pobre de mí, si yo no he hecho nada. Todo me lo dieron hecho los del Banco.

— ¿El Banco? —preguntó Ramón.

— No mi Banco —explicó Federico— sino el Banco del Pueblo. Traíamos una carta de recomendación para el subdirector. Es increíble que tenga tanta influencia.

Ramón se echó a reír.

— ¡El Banco del Pueblo! ¿No sabes de quién es el Banco del Pueblo, papá, tú que eres del gremio?

— Todo lo que puedo decir es que no es del pueblo.

— No, desde luego. Esos señores precisamente se niegan a ser "del montón", porque piensan que "han nacido para caudillos".

— ¿De quiénes hablas?

— Digamos que es lo que llaman un grupo de presión, que justamente tiene vara alta con el General Pega. Eso es del dominio público.

— Hijo, ya veo que tú sabes mucho de la política de la Corte. Nosotros los provincianos no entendemos de esos grupitos que parecen masonerías.

— Una masonería, tú lo has dicho, pero una masonería muy católica, que no es obra del demonio sino obra de Dios...<sup>7</sup>

## **Viernes 7 de febrero de 1979**

— Santo Tomás, líbranos de los tomistas.

Luis Pitarque, sentado en primera fila, observaba divertido el rostro gesticulante de

---

<sup>7</sup> Todo este episodio se inspira en otro real que había llegado a oídos del autor. Eran conocidas, en los años sesenta, las vinculaciones del Banco Popular con el Opus Dei, así como el fuerte ascendiente de éste sobre el general Alonso Vega, Ministro de la Gobernación. (Nota de la 3ª edición)

don Marcial, el profesor de religión. Siempre asistía con gusto a la clase de religión, que consideraba como una pequeña fiesta entre otras asignaturas más áridas. Aparte del hecho de que aquí no era necesario estudiar —pues ya se sabía que don Marcial haría unos exámenes escritos de mentirijillas y aprobaría a todos— la personalidad del sacerdote daba siempre amenidad a las lecciones. Menudo de cuerpo, ligeramente encorvado, su espíritu vivo se asomaba en unos ojos saltones que, mientras hablaba, recorrían incesantemente la clase, desde el techo hasta el suelo y desde los primeros bancos hasta los últimos. Pero no sólo sus ojos, sino todo su rostro tenía una extraordinaria movilidad: su boca desdentada, las múltiples arrugas de su piel y hasta su nariz un poco porruda contribuían, alternativa o simultáneamente, a subrayar una frase o a insinuar lo que no decían las palabras. Añádase a ello que la cabeza de don Marcial —que de Marcial no tenía nada— oscilaba con frecuencia como la de un muñeco de articulaciones descoyuntadas, y se tendrán algunas de las razones por las cuales Luis Pitarque encontraba divertidas las clases de religión.

— Líbranos de los tomistas, Santo Tomás —repetía don Marcial, juntando devotamente las manos y poniendo los ojos en blanco—. Los discípulos, a fuerza de querer ser fieles al pensamiento del maestro, traicionaron su espíritu, pues hicieron imposible el enriquecimiento y el progreso del tomismo. Ya lo hemos visto en metafísica. Pero yo creo, yo creo —inclinaba la cabeza hacia los lados con movimiento de vals— que otro tanto podría decirse de la moral. Santo Tomás sistematizó los principios básicos de la moral, pero lo que no hizo ni podía hacer es establecer reglas prácticas válidas para todas las situaciones y todas las épocas.

Cambió de postura en el asiento, paseó una mirada inquisitiva por toda la clase, y de pronto su índice se disparó hacia un punto imaginario mientras anunciaba:

— Vamos a explicar esto con un ejemplo.

Luis sabía que ese gesto y esa frase anunciaban a menudo una amplia digresión. "Igual termina hablando de la bomba atómica", pensó. Y no se equivocó demasiado.

— En la moral cristiana (y en toda moral, en general), los dos principales mandamientos que tienen una proyección social son: no robar y no matar. El respeto de la propiedad y el respeto de la vida. Yo no sé si la Providencia divina tendrá dispuesto que algún día los hombres han de considerar estos principios como absolutos e inmutables. Pero sí sé que hasta ahora no los han considerado así. ¿Respeto a la propiedad? No es absoluto, pues siempre los moralistas han encontrado excepciones: estado de necesidad, compensación oculta... Tampoco es inmutable: hoy día son muchos los Estados que proceden a expropiaciones sin indemnización en beneficio de la comunidad, y nadie niega la licitud de hacerlo, como no sean los "capitalistas reaccionarios".

Había subrayado las últimas palabras con una mueca que significaba que las ponía mentalmente entre comillas, como si admitiera que no era normal oír las en sus labios. El compañero que estaba al lado de Luis se inclinó hacia éste y murmuró:

— A ver si don Marcial nos va a resultar comunista.

— Esto no se planteaba así en tiempos de Santo Tomás. Ni es seguro que siga planteándose así dentro de otros siete siglos, pongo por caso. Quién sabe si, en una sociedad organizada de distinta manera que la actual, el respeto a la propiedad privada podrá tener un carácter absoluto.

Luis y su compañero cruzaron una mirada.

— No, no es comunista —susurró Luis.

— En cuanto al respeto a la vida, la evolución de la moral es mucho más notoria. Ya sabéis cuáles son las excepciones clásicas: legítima defensa, pena de muerte aplicada por las autoridades, y la guerra. Pues bien, en este caso la tendencia es a negar esas excepciones, a dar al "no matarás" una validez universal. Hasta hay quien quiere extenderlo a los animales... En fin, prescindiendo de exageraciones pintorescas y anecdóticas, lo que no se puede negar es que varios de los países más civilizados han abolido ya la pena de muerte, sin que por ello aumente la criminalidad. Y en cuanto a la guerra... la verdad, amigos míos, es que los moralistas católicos de hoy están hechos un lío, un verdadero lío, en cuanto al problema de la licitud o ilicitud de la guerra.

Se quedó un momento callado, con los labios apretados, con la sonrisa típica de una boca sin dientes. Luis dirigió una mirada furtiva hacia uno de sus compañeros de clase, hijo de un general que ocupaba un puesto destacado en el Ministerio del Ejército, y le vio tomando notas con aplicación. ¿Sabría don Marcial que lo que dijera a continuación podía llegar en menos de 24 horas a oídos del Ministro del Ejército?

— Prescindamos de los tiempos bíblicos, en que Dios mismo actúa casi como un beligerante más en guerras ofensivas, por ejemplo al detener el curso del sol atendiendo al ruego de Josué, para que éste tuviera tiempo para aniquilar a sus enemigos. Admitamos que estos casos son excepcionales: se trataba del pueblo escogido. Pero en tiempos más cercanos al nuestro tenemos otros ejemplos de guerras ofensivas que la conciencia de los cristianos de entonces justifica sin vacilar: las Cruzadas. Luego se empieza a hilar un poco más delgado: Santo Tomás y los teólogos-juristas que sentaron las bases del derecho internacional establecen las condiciones de la guerra justa: causa justa, imposibilidad de solución pacífica, declaración por una autoridad competente, probabilidad suficiente de éxito y proporción razonable entre los daños causados y los que se pretende evitar (o se, que el remedio no sea peor que la enfermedad).

Al compás de la enumeración, había ido abatiendo con el índice de la mano derecha los dedos de la mano izquierda. Al final se quedó con el puño cerrado. Lo contempló moviendo exageradamente la cabeza con gesto dubitativo y prosiguió:

— Claro que esto era la teoría. La práctica, por desgracia, marchó durante siglos por un camino distinto. Y este divorcio entre el ideal y la realidad dio lugar a una reacción, a un paso atrás cuyo representante caracterizado podemos encontrar en Hegel.

Había pronunciado "Ejel". Se corrigió:

— O "Jéguel", como dicen ahora que hay que pronunciar.

— "Jéguel, Jéguel" —corroboró Luis Pitarque con aire de entendido.

— "Jéguel", pues; en mis tiempos decíamos "Ejel". Bueno, pues Hegel representa un paso atrás en la evolución hacia la proscripción de la guerra. Para él, las guerras son necesarias, debido a la imposibilidad radical de realizar totalmente el bien absoluto. No sólo son inevitables, sino que contribuyen al progreso de la humanidad. No tiene sentido, dice Hegel, discutir sobre las causas legítimas de la guerra. La única causa legítima es la razón de Estado. La guerra es un juicio de Dios: el vencido es siempre culpable. Moral ésta ciertamente dura, en cierto modo inhumana, mirada desde nuestro punto de vista de hombres latinos. Pero moral lógica, nacida de una reacción contra la hipocresía: La hipocresía de una sociedad que proclamaba un derecho de la guerra, pero que hacía la guerra contra todo derecho.

Todo esto tenía muy poco que ver con la lección del día, pero Luis estaba ya muy interesado en el discurso y tomaba notas: "razón Est. única causa legít. g. juicio Dios venc. culp. duro pa latinos, reacc. c. hipocr. D° g." Empezaba a sospechar que el discurso no era una digresión casual, sino que don Marcial iba a algo concreto. ¿Qué sería ello?

— No hay más remedio que reconocer este hecho: El derecho de la guerra es un fracaso descomunal. Sí, ya sé que no es esto lo que os enseñan en Derecho Internacional. Dicen que en la manera de hacer la guerra se observan algunas normas... Vamos a suponer que se observan, aunque yo no me lo creo mucho. Pero eso no sirve para gran cosa desde el momento en que no ha sido posible reglamentar el nacimiento mismo de la guerra, porque la guerra surge siempre sin pedir permiso a los moralistas y a los juristas. Durante siglos, los gobiernos se han carcajeado de las bonitas construcciones teóricas de los moralistas sobre la guerra justa, y han recurrido a la guerra siempre que lo ha reclamado su interés, su egoísmo o simplemente su vanidad. Ha resultado totalmente ilusoria la idea de mantener a la guerra prudentemente encerrada dentro de ciertos límites materiales y jurídicos. La guerra es un animal no domesticable. Ante ello, en buena lógica, sólo caben dos actitudes: o negar el derecho de la guerra (que es la de Hegel) o negar el derecho a la guerra (que es a lo que ahora tienden muchos). De donde resulta que un fracaso moral podría desembocar en un importantísimo progreso moral.

A juzgar por las expresiones de los alumnos, muchos no habían comprendido esta última conclusión. Así lo advirtió don Marcial, que se dispuso a ser más explícito.

— Negar el derecho a la guerra: esto quiere decir que la guerra no sería ya nunca lícita. Hablando en plata: que toda guerra es pecado en sí misma, por muy justa que sea su causa. Teólogos y moralistas se inclinan cada vez más a adoptar este punto de vista. Pero no son sólo los teólogos y los moralistas. Si fueran sólo ellos, si la condena de la guerra se hiciera sólo desde los libros y desde las cátedras, estaríamos en lo de antes: divorcio entre la moral proclamada y la conducta realmente observada, ergo sociedad hipócrita. No digo que no haya ese peligro en el horizonte. Pero esta vez entra en juego un factor que nos hace concebir esperanzas de una evolución moral hacia adelante. Ese factor es el pueblo.

Había dicho "el pueblo" con énfasis. A Luis le pareció que a partir de aquí, se eclipsaba en don Marcial el profesor para dar paso al predicador, al misionero, al orador político incluso, tal era el calor y la convicción que puso en el resto del discurso.

— El pueblo no quiere la guerra. Y lo importante es que empieza a no quererla de una manera activa, dando la cara. Del pueblo salen los objetores de conciencia, en el pueblo tienen sus raíces los movimientos no violentos contemporáneos. El servicio militar obligatorio está llamado a desaparecer en los más adelantados países del Occidente: en algunos de ellos no existe ya. A las generaciones futuras les parecerá monstruosa la idea de que todo ciudadano esté obligado a aprender la manera de matar a sus semejantes. Y más aún, de que se le obligue efectivamente a matarlos. También la Iglesia en un tiempo consideró diabólica esta idea, cuando alzó tímidamente la voz, a principios de la edad contemporánea, contra el servicio militar obligatorio, que entonces empezó a introducirse con carácter universal.

Hizo una pausa. En la clase sólo se oía el correr de algunos lapiceros sobre el papel. Todos estaban pendientes de las palabras de don Marcial.

— La abolición del servicio militar obligatorio, la mayor conciencia de la solidaridad entre los pueblos y la elevación del nivel de vida terminarán por hacer imposible la guerra en

los países más evolucionados. Y no sólo la guerra, sino otras formas de la violencia contra las personas. No hay que tener mucho olfato histórico para comprender que ese es el sentido en que evoluciona la humanidad de hoy, pese a ciertas violencias espectaculares que son los últimos coletazos de un dragón moribundo. Los profetas de hoy, los que marcan el camino, son esos personajes que tienen algo de excéntrico: los objetores de conciencia, los no violentos, los que toman al pie de la letra el consejo evangélico: "Si te dan una bofetada, ofrece la otra mejilla". Son ellos los que ven el futuro. Repito que es una cuestión de olfato —levantaba su nariz porruda con gesto cómico, al mismo tiempo que hacía a derecha e izquierda varias profundas inspiraciones—. Y no estará de más señalar que, en este caso como en otros, nuestros hermanos protestantes muestran más olfato histórico que nosotros. ¿Que están jurídicamente fuera de la Iglesia? Muy bien, ¿y eso qué? Fuera y todo, hay que tener la honradez de reconocer que, hasta ahora y en este punto concreto, han sido ellos los mejores intérpretes de la moral cristiana. Nosotros, en cambio, en gran parte por culpa de los mismos que debieran orientarnos, nos movemos en estas materias dentro de un confusionismo moral lamentable. Ya es hora de que digamos en voz alta estas cosas que están en el aire, que se respiran pero que no se quieren ver. Os citaré un ejemplo, anecdótico pero auténtico y muy significativo, de ese confusionismo moral a que me refiero.

Rebuscó en sus bolsillos y sacó un papel que desdobló cuidadosamente. Estaba claro —pensó Luis— que don Marcial había premeditado su aparente improvisación.

— Tengo ante mí el texto de la carta que un obispo, cuyo nombre no hace al caso, ha dirigido a la suprema autoridad civil de su provincia para precisar "la doctrina de la Iglesia (son sus palabras) en relación con los métodos violentos, cualesquiera que sean, empleados para arrancar confesiones a los presuntos inculpados". Pues bien: este santo varón, que tiene la gallardía poco frecuente de alzar su voz contra ciertas prácticas relativamente frecuentes, lo hace en estos términos: "En mi función de intérprete del espíritu de la Iglesia y del Evangelio, oficialmente repruebo tales métodos, cuando son ejecutados sobre personas de cuya culpabilidad no existe certeza y antes de todo procedimiento del que pueda resultar un esclarecimiento de los hechos."<sup>8</sup>

La lectura de la carta del obispo despertó en la clase un eco de risas y comentarios en voz baja. Don Marcial sonrió a su vez y prosiguió:

— Ya veo que vuestro agudo sentido jurídico os ha hecho descubrir en seguida la pifia del santo obispo. Seguro que él mismo se escandalizaría si alguien le dijera que él ha autorizado la tortura contra los reos convictos. Seguro que no es eso lo que quiso decir. Pero lo dijo. Ya veis que no exagero al hablar del confusionismo moral que padecemos. En fin, a pesar de ello se va abriendo paso entre el pueblo (que muchas veces tiene un sentido de la justicia y de la moralidad más agudo que el de los doctores de la Iglesia) una nueva mentalidad, un nuevo talante moral. Naturalmente, todavía sigue vigente para la mayoría la moral que podemos llamar tradicional. Pero los signos precursores del cambio se multiplican. No está ya lejos el día en que los profesionales, es decir, los... —buscaba las palabras para concretar el sentido de esa expresión, pero cambió de parecer y, con un ademán que quería decir "ya me entendéis", repitió:— los profesionales de la violencia se darán cuenta con sorpresa de que la violencia ha dejado de ser eficaz. Amenazarán, pegarán, y no conseguirán que se les obedezca. Durante milenios la humanidad ha confundido la fuerza con el poder, y en verdad la fuer-

---

<sup>8</sup> Palabras textuales de una carta de un obispo español, publicada en la prensa en la época en que se escribía esta novela. (Nota de la 3ª edición)

za y el poder han sido la misma cosa mientras los pueblos han sido rebaños (de animales domésticos o salvajes, para el caso es lo mismo). Ahora los pueblos han dejado de ser rebaños y se han dado cuenta de que ese poder identificado con la fuerza no es más que un globo hinchado. La conciencia de la dignidad humana es la aguja que va a pinchar ese globo.

Había cierto contraste entre la solemnidad de las palabras y la expresividad, rayana en lo cómico, de los gestos de don Marcial. Después de haber trazado en el aire un globo imaginario con un amplio movimiento de ambos brazos, acompañó sus últimas palabras con el ademán de pincharlo con el dedo índice, mientras en sus ojos inquietos aparecía la sonrisa maliciosa del niño que comete una travesura. Sin que el orador tuviera necesidad de pronunciarlo, todos oyeron mentalmente el "plaf" del reventón, tras el cual las manos de don Marcial revolotearon brevemente como pájaros puestos en libertad.

— Por lo demás, es urgente esta transformación de la moral social. Hay actualmente un desequilibrio peligroso entre los gigantescos progresos materiales de la humanidad y sus escasos progresos morales. El hombre tiene ahora la posibilidad material de destruir por completo la vida sobre el planeta. Para que no lo haga, para que no se sirva con fines destructivos del dominio que ha adquirido sobre la naturaleza, es preciso que el hombre se decida a dar de una vez el salto ético que es la renuncia a la violencia. El momento es propicio, pues es ahora (siglo más o siglo menos) cuando la socialización de compresión empieza a imponerse sobre la socialización de expansión. Ya sabéis lo que esto significa.

No, no lo sabían. Los ojos muy abiertos de Luis Pitarque lo confesaban sin lugar a dudas.

— Socialización de expansión y socialización de compresión son las dos fases del proceso de organización de la sociedad humana en el mundo, o lo que es lo mismo, del proceso de hominización. En la primera fase, que se extiende desde la aparición del *homo sapiens* hasta nuestros días, o quizá hasta el siglo XIX, parece como si el fin último de la civilización fuera el desarrollo de la persona humana, la exaltación del hombre en cuanto individuo. En la segunda fase, el choque de cada individuo con sus semejantes en su proceso de expansión determina la formación de unas presiones sociales que obligan a la humanidad a concentrar sobre sí misma sus energías. Esto, naturalmente, no son ideas mías. Es Teilhard de Chardin quien lo dice, y lo explica con esta imagen: El proceso de hominización es como una onda que se propaga dentro de una esfera a partir de uno de sus polos. Al principio, el proceso es expansivo: desde el polo hasta el ecuador, la onda encuentra cada vez más espacio. Pero más allá del ecuador, la onda tiene que apretarse, que comprimirse para seguir propagándose. Se crea así en el interior de la masa (esto es, en el interior de la humanidad) una presión creciente. Esa presión es benéfica pues obliga al hombre a concentrar en sí mismo su poder creador, su fuerza de progreso. Cuando la presión aumente hasta hacerse casi intolerable, surgirá la chispa que abra repentinamente nuevos horizontes. Algo extraordinario e insospechado que inaugure un mundo nuevo, una etapa en el proceso de desarrollo del universo comparable a otras trascendentales etapas como la aparición de la vida o la aparición de la reflexión sobre la tierra. Siempre, claro está, según Teilhard de Chardin. Por eso digo que el momento es propicio para todo lo que signifique renovación moral, o si preferís revolución moral. Quién sabe si en este punto concreto de renuncia a la violencia...

— Señor profesor: la hora.

El bedel no se limitó a asomar la cabeza por la puerta, sino que entró e hizo su anuncio cuadrándose casi militarmente. Hubo sonrisas y algún murmullo entre los alumnos. Todos sab-



ían que estos bedeles eran en realidad policías, puestos allí con la conformidad del Rector para tener más vigilados a los estudiantes.

A don Marcial, la interrupción pareció bajarle de las nubes. Dejó su frase sin terminar, paseó la mirada en torno como si despertara de un sueño, y murmuró al fin unas frases que casi parecían una excusa:

— En fin, quizá nos hemos alejado un poco de nuestro tema. Lo que quería decir con todo esto es que las normas de la moral no son tan inmutables como algunos pretenden. Hay que desarrollarlas y perfeccionarlas... El próximo día nos ocuparemos de la lección 24. Hasta el próximo día.

Se levantó, se ajustó al cuello el manto y salió del aula. Los alumnos recogieron sus notas mientras comentaban la poco ordinaria lección.

— ¿Qué te ha parecido?

— Extraordinario, chico. Este don Marcial es sorprendente.

— Pero ¿a cuento de qué decirnos todo esto hoy?

— Quizá precisamente porque la Universidad atraviesa ahora un período de calma. Si nos hubiera hablado así de los "profesionales de la violencia" en ciertas ocasiones, le habiéramos sacado en hombros. Y eso no creo que le guste.

— ¿Crees que su intención ha sido hacer un elogio de los encartelados?

Luis Pitarque, a quien iba dirigida esta pregunta, chasqueó los dedos y dijo con aire decidido:

— Lo mejor para saberlo es preguntárselo.

Salió corriendo, Alcanzó a don Marcial todavía en los pasillos de la Facultad.

— Don Marcial, ¿puedo hacerle una pregunta?

— Tú dirás.

— ¿Pensaba usted concretamente en los encartelados de noviembre pasado al referirse a los no violentos?

— Hijo mío, ¿te parece que no he hablado bastante? —Había en su voz una nota de reproche—. Anda, no quieras tirarme de la lengua. Hay cosas que no se pueden pedir a un pobre viejo como yo.

## **Lunes 7 de abril de 1969**

La vista del juicio de Eusebio Martín y otros 18 encartelados se celebró de improviso, sin ninguna publicidad, ante el Tribunal de Orden Público. Los propios abogados defensores no supieron el señalamiento sino 24 horas antes. Por ello había muy poco público: ocho o diez familiares de varios acusados (ninguno de Eusebio) y dos periodistas extranjeros.

Se acusaba a los procesados de alteración del orden público y desacato a la autoridad del Jefe del Estado. Los tres abogados defensores mostraron cumplidamente que no había tal desacato, sino una actitud profundamente respetuosa ante la suprema magistratura; y en cuanto a la alteración del orden público, sostuvieron que los verdaderos causantes eran los

policías. El fiscal, naturalmente, no compartió este punto de vista y pidió para Eusebio 10 años de prisión y para los demás acusados penas de 2 a 6 años.

El abogado de Eusebio tenía malas impresiones, y no ocultó su pesimismo a su cliente.

### **Miércoles 9 de abril de 1969**

Las sentencias, dictadas 48 horas después de la vista, sorprendieron a todos por su benignidad. Un año para los acusados culpables del delito de propaganda ilegal mediante la distribución de octavillas. A Eusebio, que no había tenido parte en ese delito, le correspondieron únicamente tres meses de prisión. Hubo otras siete penas de uno a tres meses y nueve absoluciones.

¿Qué había ocurrido? Sencillamente, que el Tribunal de Orden Público estaba compuesto de magistrados profesionales, y la conciencia jurídica de éstos había podido más que las presiones ejercidas sobre ellos. Porque presiones había habido, claro está. Durante el período de instrucción del sumario, y más especialmente en los días transcurridos entre la vista y la sentencia, se había hecho saber con insistencia a los magistrados que "en alto lugar" se estimaba que Eusebio Martín y sus compañeros eran peligrosos para la seguridad del Estado. Convenía, pues, tenerlos a buen recaudo —muy especialmente a Eusebio— el mayor tiempo posible. Durante dos días había habido varias idas y venidas y llamadas telefónicas entre el Ministerio de la Gobernación y el Tribunal de Orden Público. El Presidente del Tribunal, secundado firmemente por cuatro de los seis magistrados, se había mantenido inflexible: en el caso de Eusebio Martín no había materia delictiva para justificar una condena superior a tres meses. El enviado especial del General Pega, agotado su repertorio de argumentos (invocaciones a la lealtad patriótica, promesas, amenazas veladas) había terminado por decir:

— Está bien. Ustedes lo condenarán a tres meses, pero serán tres meses prorrogables.

— ¿Cómo tres meses prorrogables? Eso es un absurdo jurídico —había objetado el Presidente.

— ¿Cree usted que nos vamos a dejar atar las manos por sus escrúpulos jurídicos? "Allá van leyes do quieren reyes", señor magistrado. Por lo demás, nuestros vecinos los lusizareses nos marcan el camino: en Lusizaria no se considera ningún absurdo jurídico el condenar a alguien, por ejemplo, a dos años prorrogables.

El Presidente del Tribunal de Orden Público supo lo que quería decir su interlocutor el día siguiente, al leer el Diario Oficial del Estado.

### **Jueves 10 de abril de 1969**

Del Diario Oficial del Estado:

*Decreto-Ley de la Presidencia del Gobierno.*

*Artículo único.- Se autoriza al Ministro de la Gobernación a prorrogar por tiempo in-*

*definido el período de privación de libertad de los reos que considere peligrosos para la seguridad del Estado, después de que éstos hayan cumplido la condena que les hubieren impuesto los tribunales.*<sup>9</sup>

## **Domingo 4 de mayo de 1969**

Una cafetería en una calle céntrica. En un rincón, en torno a una mesa, tres interlocutores. El primero, que ha pasado de la treintena, tiene un perfil anguloso y un pelo negro prematuramente salpicado de gris en las sienes. Parece concentrado, ligeramente encorvado por el peso de sus pensamientos, y clava la mirada en el vaso de cerveza que tiene ante sí mientras escucha a los otros dos, a los que apenas interrumpe con monosílabos.

El segundo, que es más joven, habla con seguridad, sin vacilar en la elección de las palabras. Al parecer, habla de algo que conoce bien o explica algo que ha explicado muchas veces. Se dirige al primero, a quien de vez en cuando agarra del brazo como para facilitar la comunicación de las ideas. Se ha olvidado por completo del café que le ha traído el camarero, y que debe estar ya totalmente frío.

El tercero, más joven todavía, apoya a su compañero algunas veces con una observación o un vigoroso signo de asentimiento, pero no se olvida de su café. Terminado éste, saca su pitillera, ofrece a los otros dos y coge un pitillo para sí mismo.

El primero es Fernando Pedreña. El segundo Ramón Ubierna. El tercero Luis Pitarque.

— Un buen ejemplo —estaba diciendo Ramón— lo tienes en lo ocurrido en Easo el otro día, el 1º de mayo, según me acaban de contar. Los manifestantes, sobre todo obreros, gritaban "Libertad" y "Comisiones obreras"; pero no se contentaron con eso, sino que cogieron piedras y adoquines de unas obras y empezaron a apedrear a la policía. Las pedreas con la policía están siendo ya demasiado frecuentes, también en Villacorte sabemos de eso. Yo tengo por norma no alegrarme de la humillación del adversario, y me parece lamentable que los guardias pierdan conciencia de su dignidad hasta el extremo de rebajarse a responder de igual manera, o sea tirando piedras. Pero peor es cuando se dan cuenta de que tienen otras armas, como ocurrió esta vez. La versión del diario local es que la fuerza pública, para repeler la agresión, hizo varios disparos al aire. El caso es que hubo un herido grave, dicen que "de rebote de bala". ¿A quién benefician estas violencias? Yo creo que a nadie. No a las autoridades ni a la policía, pues ahora los ánimos estarán más exaltados. Pero tampoco a los obreros, puedes estar seguro. La más idiota de las violencias es la del débil que, sabiendo que no puede aplastar al adversario, se dedica sólo a aguijonearlo.

— ¿Y no es también vuestro plan una forma de aguijonear al enemigo? —objetó Fernando.

— En absoluto. Nosotros pretendemos ser el gusanillo de la conciencia de la sociedad. Claro que siempre habrá quien trate de culpar al gusanillo por no estarse tranquilo, pero el sofisma es evidente.

Fernando cerró los ojos y pareció concentrarse un momento. Cuando los abrió, su amigo leyó en ellos la obstinación.

---

<sup>9</sup> En el Portugal gobernado por Salazar, el poder ejecutivo estaba facultado para prorrogar las penas de prisión impuestas por el poder judicial. (Nota de la 3ª edición)

— En resumen, queréis convertirme a la no violencia. Pero para mí la violencia no es censurable sistemáticamente. ¿"Todo menos la violencia", por qué? ¿Quién ha dicho que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad?

— No en la amabilidad, sino en el amor. Y es Cristo el que lo ha dicho —replicó Ramón.

— El amor puede ser violento. Mira, el político tiene que ser como un cirujano: hay que sajar sin contemplaciones. No importa que el escalpelo haga sangre, lo que importa es estar seguro de que obedece a una ley de amor.

— Te concedo que San Luis o San Fernando creyeran obedecer a una ley de amor cuando abrían cráneos de musulmanes, pero eso es inadmisibile hoy. Vives en otras épocas, Fernando. Sólo te queda llamar a cruzada, con lo cual te parecerás a tus enemigos.

— La guerra es inalienable al hombre. De ella no se evade ni se evadirá. Existe desde que el mundo es mundo, y existirá. Es un elemento de progreso... ¡Es absolutamente necesaria!

— Eso es Hegel, puro Hegel —intervino Luis, que no quiso desperdiciar la ocasión de lucir la culturilla adquirida gracias a don Marcial—. Doctrina lógica, pero inhumana, y anticuada por añadidura. Te será difícil encontrar a un teólogo, un filósofo o un jurista que sean verdaderamente de nuestros tiempos y que la suscriban. Por todas partes se aspira a proscribir la guerra.

— La violencia engendra siempre violencia, bien lo sabes —insistió Ramón—. Toda violencia es mala.

— Sigues pensando en lo instrumental, no en lo profundo. Yo nunca emplearía la violencia como instrumento de opresión, pero sí al servicio de un ideal que la justifique.

— Pero vamos a ver, Fernando —dijo Ramón echándose hacia atrás en su silla como para mirar a su amigo con una mayor perspectiva—; déjame que trate de comprender tu caso. Me parece que te conozco bastante para decir que no eres violento por naturaleza, sino más bien todo lo contrario. Tú no eres un matón ni un pistolero, sino un hombre de estudios, un intelectual. Tu aceptación de la violencia te la impones a ti mismo contra viento y marea por convencimiento intelectual (casi diría mejor por aberración intelectual), ahogando para ello la voz del instinto, que es la buena.

— ¡Cuidado, muchachos, con los que ensalzan la virtud adivinadora del instinto, que es la barbarie! —declamó Pedreña con énfasis, como si citara un texto conocido.— Por lo demás es cierto que yo no me hubiera dedicado para nada, no ya a usar la violencia, sino ni siquiera a disculparla, si la violencia no hubiera venido a buscarnos a nosotros.

— A ti personalmente no te ha venido a buscar ninguna violencia. Tú podías haber realizado pacíficamente tu vocación intelectual; lo que te pasa es que tienes, además, una enorme vocación de enderezador de entuertos.

— Han pasado los días en que se podía ser sólo universitario o poeta o artista. Nuestra época nos arrastra y no nos deja encerrarnos en torres de marfil.

— A mí, lo que me parece —intervino de nuevo Luis dirigiéndose a Ramón— es que tu amigo es un romántico combativo tipo Lord Byron.

— ¿Romántico combativo? No tengo, ni poco ni mucho, la vocación combatiente, ni la tendencia al romanticismo —protestó Pedreña—. Al romanticismo menos que nada, amigo Pi-

tarque. El romanticismo encomienda en cada minuto, en cada trance, a la sensibilidad la resolución de aquéllos problemas que no pueden encomendarse sino a la razón.

— Ya sé que tienes manía al romanticismo —cortó Ramón—. Digamos simplemente que tienes alma de poeta... sometida a la tiranía de la razón. Yo diría que tu progenie espiritual está en el despotismo ilustrado. Y quizá haya que explicar por ese lado tu reticencia ante la idea de una consulta popular lealmente democrática.

— No digo que no. El sistema democrático es el más ruinoso sistema de derroche de energías.

— En fin, recapitulemos.— Ramón tenía ya la sensación de estar perdiendo el tiempo y deseaba terminar.— A tu razón me dirijo. Te he expuesto un plan de acción detallado, y quiero saber hasta qué punto estarías dispuesto a adherirte a él.

— Vuestro plan me seduce en muchos aspectos. No deja de tener el atractivo de lo difícil. Pero no me pidas una profesión de fe en la no violencia. Ya que te has dirigido a mi razón, te diré que la actitud de duda y el sentido irónico nunca nos dejarán a los que hemos tenido más o menos una curiosidad intelectual. Por ello me ha sorprendido tu alegato apasionado en favor de la no violencia. Lanzas unas robustas afirmaciones sin titubeos propias de un conductor de masas.

— No te burles. Entonces ¿rechazas el plan?

— Me mantendré a la expectativa y lo miraré con toda simpatía. Hasta es posible que entre ocasionalmente en el juego, a título experimental, si no me exiges para ello la fe del carbonero. Aunque yo desconfíe de la eficacia de vuestra táctica, creo que vale la pena de probar. Te diré por qué. Me has dicho que tengo alma de poeta. No sé si la tengo, pero lo que sí sé es apreciar la poesía de los demás. Y vuestro plan es un plan poético y optimista. No lo digo como reproche, al contrario. A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ipobre del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!<sup>10</sup>

## Lunes 12 de mayo de 1969

A un mes de distancia de la condena de Eusebio Martín y sus compañeros, el texto que ese día hizo su aparición en Villacorte puso de manifiesto que, pese a las precauciones del Gobierno y al silencio de la prensa, la semilla sembrada por los encartelados conservaba su fuerza germinal.

El texto, reproducido en multicopista y distribuido abundantemente en los medios obreros y estudiantiles, así como entre diversos grupos caracterizados por su inconformismo (intelectuales, artistas, Acción Católica, etc.), llevaba la firma de Eusebio Martín. Los que conocían al primer encartelado, no obstante, aseguraron que éste era incapaz de escribir algo de ese estilo. Así pensaba Emiliano, por ejemplo, aunque admitía la posibilidad de que Eusebio hubiera autorizado que se estampara su nombre al pie de un escrito redactado por otros. Sea lo que fuere, lo cierto es que la proclama pronto se conoció en toda Villacorte con el nombre de "el programa de Eusebio". Decía así:

---

<sup>10</sup>Casi todas las frases puestas en boca de Fernando Pedreña a lo largo de esta conversación, incluida la última, están tomadas casi literalmente de discursos o artículos de Jose Antonio Primo de Rivera. La intención del autor (aparte de la travesura de plantear un acertijo oculto al lector) era poner de manifiesto las analogías temperamentales e intelectuales entre quienes justifican la violencia al servicio de un ideal, aunque se sitúen en extremos opuestos del abanico político. (Nota de la 3ª edición)

Villacorteses:

*En octubre pasado lancé a la calle una idea que encontró cierto eco entre vosotros. Desde entonces, he tenido tiempo para reflexionar detenidamente sobre los éxitos y los tropezos del experimento. Permitidme que os comunique aquí algunas de mis reflexiones.*

*En el fondo, la idea no tiene nada de original. Se trata simplemente de proclamar el convencimiento de que todo pueblo tiene derecho a elegir a sus gobernantes, y de que todo pueblo que se precie de civilizado debe esforzarse de una u otra manera por poner en práctica ese derecho. Si alguna originalidad tiene mi iniciativa, será la forma de hacer oír la voz del pueblo: la ostentación de carteles en pecho y espalda. Pero tampoco esto, en realidad, es enteramente original. El procedimiento no sino una modalidad de lo que se ha venido en llamar actitudes no violentas, que otros países y otros movimientos han adoptado antes que nosotros. No voy a hacer aquí la apología de la no violencia. Si me he lanzado a esta aventura, es porque estoy íntimamente convencido de que la gran mayoría de nuestro pueblo está ya desengañada y asqueada de la violencia, lo cual no significa que no haya muchos ansiosos de "hacer algo" por organizar la vida política. Si mi suposición fuera equivocada, si no hubiera en nuestro país una fuerte repulsa latente de la violencia, lo que he hecho y todo lo que pueda decir aquí sería tiempo perdido.*

*Algunos estimarán, sin duda, que el movimiento de los encartelados ha fracasado. Sinceramente, yo no creo que nos encontremos ante un fracaso definitivo. Pero sí creo que los iniciadores hemos cometido algunos errores tácticos que acaso sea aún tiempo de reparar. Por una parte, es posible que nuestras previsiones sobre la psicología y las reacciones de las multitudes fueran excesivamente optimistas. Por otra parte, el combate no violento es un verdadero combate, con sus leyes tácticas que hay que esforzarse por determinar y observar. En este sentido, paradójicamente, acaso podamos aprender algo de los teóricos de la guerra. Concretamente: nuestra breve experiencia nos ha mostrado que en todo choque abierto y masivo ante las fuerzas armadas y los manifestantes encartelados, éstos llevan todas las de perder. Al decir esto, que puede parecer una perogrullada (la fuerza siempre es más fuerte que la no fuerza), pienso en realidad en algo menos evidente: que los encartelados pierden en estos choques no sólo materialmente, sino también psicológicamente. Por ello, he llegado a pensar que la solución podría ser que los encartelados adoptaran ante las fuerzas de la policía la táctica de la guerrilla.*

*He tratado de desarrollar estas reflexiones y de darles una forma práctica en el programa que sigue. Una última palabra antes de presentároslo: Yo no tengo ninguna ambición política personal. Ni me siento llamado a la política, ni aspiro a ganar nada con esta aventura. Soy simplemente un ciudadano que cree interpretar el sentir de la mayoría. Me limito, como dije al principio, a lanzar una idea a la calle. Vosotros veréis si la queréis recoger. Cuando la hayáis aceptado o rechazado definitivamente, me reintegraré a mi trabajo habitual —si me dejan— y procuraré olvidar toda esta historia.*

### **Programa de los encartelados**

*1. Los encartelados se comprometen a no utilizar la violencia en su combate. Esto significa que no recurrirán a la fuerza para atacar ni para rechazar los ataques de que fueren objeto. Se abstendrán igualmente de proferir gritos y de adoptar actitudes agresivas.*

*2. El buen encartelado es el que basa su actitud en el amor al prójimo. No obstante, pa-*

*ra participar en nuestro movimiento no se exigirá tener una fe absoluta o de tipo religioso en la "no violencia". Serán bienvenidos todos aquellos que, únicamente por razones de orden práctico, deseen experimentar nuestra fórmula. Sólo les pedimos que jueguen el juego limpiamente, esto es, que cumplan escrupulosamente estas consignas.*

*3. El buen encartelado está dispuesto a sufrir en su persona las peores violencias. No obstante, aquellos que prefieran limitar sus riesgos podrán siempre contribuir al movimiento en mayor o menor grado eligiendo las formas de conducta que impliquen menos peligro según luego se dirá.*

*4. Los encartelados deben reprimir en su ánimo todo movimiento de odio hacia sus enemigos, y muy en especial hacia los guardias, simples ejecutores materiales de órdenes recibidas. Deben comprender que tampoco los guardias, en general, disfrutan ejerciendo la violencia. No hacen sino cumplir con lo que ellos creen que es su deber, un deber que para la mayoría es penoso y desagradable. Aquellos que han llegado a identificarse con la violencia hasta disfrutar con ella no son sino una pequeña minoría de degenerados. E incluso éstos tienen re-rendición.*

*5. La finalidad del movimiento es obtener la convocación de elecciones a la Jefatura del Estado.*

*6. Los encartelados llevarán en pecho y espalda sendos carteles en que se exponga esa petición en términos no ofensivos. Es aconsejable que esos carteles vayan simplemente suspendidos de los hombros con hilos o cordeles a manera de tirantes, de forma que puedan quitarse y ponerse fácilmente. No deben sujetarse con alfileres ni imperdibles: podría acusarse entonces a los encartelados de tenencia ilícita de armas.*

*7. Los encartelados saldrán a la calle cada domingo a las 12, y se mantendrán en ella, en la medida de lo posible, hasta las 6 de la tarde. Las manifestaciones tendrán lugar todos los domingos sin excepción, en tanto que no se anuncie la celebración de las elecciones pedidas dentro de un plazo no superior a seis meses.*

*8. Los encartelados tenderán a reunirse en el Paseo de la Castizana, frente a la Presidencia del Gobierno. Iniciarán la marcha simultáneamente, a las 12 del día, en diversos puntos situados en la periferia de la capital. Se aconsejan los siguientes itinerarios principales:*

*Itinerario primero: desde Puente Vieja, por la Avenida de los Pacíficos, el Paseo del Museo y el Paseo de Recatados.*

*Itinerario segundo: desde Pulsera, por el Paseo de las Albricias, hasta unirse en la Glorieta del Esparto con el itinerario primero.*

*Itinerario tercero: desde los Carpetancheles, por el Puente de Carpetania, Calle del Torero, Plaza de las Dos Fuentes, Calle de Cómpluto y Paseo de Recatados.*

*Itinerario cuarto: desde el Paseo de Luceradura, por el Puente del Arquitecto Herrera, Cuesta de la Pega, Calle del Vaivén, Plaza de los Rascacielos, Gran Avenida, Calle de Huerta Estrecha y Ronda de Génova.*

*Itinerario quinto: desde la Plaza de Monteclaudia por las Rondas de Arriba.*

*Itinerario sexto: desde Tristán de las Historias, por Valiente Ministrillo, Glorieta de los Altos Destinos, Santa Engracia y Calle del Rey Santo.*

*Itinerario séptimo: desde la Plaza de la Castiza, por el Paseo de la Castizana.*

*Itinerario octavo: desde la Ciudad Alargada, por el Pez de los Rollos, General Bonito y Calle de Guapilla.*

*Itinerario noveno: desde Barrionuevo, por la Calle de Cómpluto y la Calle del Pintor.*

*Estos caminos han de entenderse como indicaciones aproximadas. Junto a ellos podrá haber otros, y los encartelados podrán siempre desviarse por otras calles según lo exijan las circunstancias.*

*9. Los encartelados marcharán ordenada y silenciosamente por las aceras y respetarán las señales de tráfico. Sólo ocuparán la calzada en caso de que su elevado número haga materialmente imposible la marcha por las aceras; pero incluso en este caso, se esforzarán por entorpecer lo menos posible la circulación rodada.*

*10. Cuando fuerzas de la policía cierren el paso de los encartelados, éstos podrán adoptar las actitudes siguientes:*

- Permanecer quietos, en silencio, a una distancia prudente de la policía.*
- Rodear el obstáculo dirigiéndose por otras calles.*
- Dialogar de hombre a hombre con los guardias, si éstos se prestan a ello. En estos diálogos, que pueden ser decisivos para el éxito del movimiento, los encartelados se abstendrán rigurosamente de todo término ofensivo o insultante y mostrarán la comprensión a que se refiere el punto 4.*

*11. Cuando la fuerza pública cargue violentamente contra los encartelados, éstos se dispersarán momentáneamente. El ritmo de dispersión dependerá de la mayor o menor abnegación de los manifestantes, que podrán adoptar las actitudes siguientes:*

- Alejarse lentamente, aceptando el riesgo de recibir golpes o ser detenidos.*
- Alejarse velozmente (pero estando siempre dispuestos a volver).*
- Quitarse los carteles pasajeramente y disimularse en portales, bares, iglesias, etc.*

*12. Deben evitarse los enfrentamientos con fuerzas numerosas de la policía. Tanto por conveniencia propia como por caridad para con los guardias, no hay que poner a éstos en el duro trance de ejercitar la violencia al por mayor ni de causar daños personales irreparables. Los encartelados no tratan de crear mártires.*

*13. Después de cada dispersión, los encartelados tratarán de reincorporarse a los itinerarios preestablecidos mientras sea posible, utilizando calles secundarias.*

*14. El objetivo final es ocupar el Paseo de la Castizana frente a la Presidencia del Gobierno. Si esa zona estuviera guardada por la fuerza pública, los encartelados se contentarán con ocupar los sectores inmediatos de la Castizana y Recatados. Si tampoco esto fuera posible, los encartelados se agruparán en las calles inmediatas. En todo momento adoptarán una táctica elástica, avanzando para ocupar el terreno cuando los guardias se replieguen y retrocediendo o dispersándose cuando éstos ataquen.*

*15. En caso de que la fuerza pública se muestre tolerante con los manifestantes y les permita acercarse a la Presidencia del Gobierno, los encartelados designarán una comisión integrada por un pequeño número de ellos que solicitarán ser recibidos por el funcionario responsable de guardia en la Presidencia, al que expondrán respetuosamente los deseos del pueblo. El hecho de que se reciba y se escuche a una comisión de los encartelados no significará, sin embargo, que éstos deban disolverse inmediatamente después. Los encartelados se-*



*guirán en todo caso en la calle hasta la hora fijada como término de la manifestación.*

*16. A las seis en punto de la tarde todos los encartelados retirarán sus carteles, que guardarán hasta el próximo domingo, y se disolverán pacíficamente.*

## *Nota de los editores*

*El autor ha escrito dos versiones distintas del capítulo IV de esta novela, y nos ha dado a elegir entre ellas. No nos hemos decidido a eliminar ninguna, y hemos juzgado preferible ofrecer las dos al lector.*

*La primera versión dice así:*

#### IV. El incendio

Aquí termina la ficción y comienza la realidad.  
Este capítulo tendrán que escribirlo los lectores.

*La segunda versión dice así:*

## IV. El incendio

### Martes 13 de mayo de 1969

De madrugada, unos policías fueron a buscar a Ramón Ubierna a la residencia universitaria donde éste vivía. Se les dijo que desde hacía tres días Ramón Ubierna no venía por la residencia, y que se ignoraba su paradero.

### Miércoles 14 de mayo de 1969

— Mi opinión es que no tenemos que dejarnos arrastrar por fantasías, por muy sugestivas y simpáticas que nos parezcan. Y este programa, fríamente considerado, es una ingenuidad y una locura, con reducidísimas probabilidades de éxito.

Fernando Pedreña hablaba en una reunión de 14 personas. Todos eran militantes de las C.L.T., y la reunión tenía por objeto determinar la actitud de los "Calixtos" ante el manifiesto de Eusebio.

— Además —apuntó otro de los reunidos— hay que preguntarse hasta qué punto unas elecciones a la Jefatura del Estado pueden ser útiles para la causa del socialismo. ¿Quién puede estar seguro de que el pueblo votará a la izquierda? Una democracia presidencialista se puede prestar muy bien al juego de la derecha.

— En efecto, hay ese peligro —admitió Fernando. De todas maneras, he de decir que conozco personalmente a algunos de los organizadores, y les tengo en gran estima. El intento es generoso, y no hay que desanimarles. Lo que procede es mantenerse a la expectativa e incluso apoyarles indirectamente; pero sin vincularnos a unas ideas que no son las nuestras. Repito que la cosa me parece infantil. No debemos comprometer a las C.L.T. en la aventura. La gente no responderá.

Se quedó callado, con la mirada ausente. Se acordó del joven Pitarque, tan fácilmente ganado por Ramón para su causa. "¿Y si la gente respondiera?", se preguntó interiormente.

Reprimió la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios y concluyó:

— Es una ingenuidad y una locura.

### Jueves 15 de mayo de 1969

— Supongo, papá, que no estás proyectando otro viaje a Segóbriga.

Luis Pitarque había sorprendido a su padre leyendo un ejemplar del programa de Euse-

bio, que había encontrado en el buzón de la correspondencia. Esta vez, Luis estaba decidido a no dejarse maniobrar, y por ello había preferido tomar la iniciativa.

Don Rodrigo alzó la vista del papel y miró inquisitivamente a su hijo. En el fondo, le gustaba que éste tuviera ideas propias y valor para dar la cara por ellas; pero temía que su impulsividad le llevara a asumir riesgos excesivos.

— ¿Dos días en la cárcel no te han sido suficientes?

— Esta vez ya tendré cuidado de que no me cojan. Uno aprende a fuerza de tropiezos.

El Sr. Pitarque reflexionó. Su mente, hecha a cálculos financieros, manejaba porcentajes de probabilidades. La edad del Mariscal Tranco, el número de descontentos, el déficit de la balanza nacional de pagos y otros factores le hacían pensar que, después de todo, ya era tiempo de irse abriendo al futuro. Sin embargo, era lástima que Luis se hubiera encaprichado con un programa tan disparatadamente ingenuo. La gente no seguiría a los encartelados. En fin, en todo caso no valía la pena reñir con su hijo.

— Me parece una locura, hijo. Pero ya tienes edad de saber lo que haces. Sólo te pido que seas prudente, muy prudente.

Volvió la mirada al programa que tenía en las manos: "Los encartelados saldrán a la calle...", leyó. Fue entonces cuando se abrió paso en su espíritu la idea, elemental, sencilla, pero que hasta entonces no había entrado en sus cálculos: "¿Y si la gente siguiera...?"

## **Viernes 16 de mayo de 1969**

El semanario *¿Por qué?* (edición intercontinental) publicó, bajo el título "A por los cincuenta", un editorial en el que algunos quisieron ver un reflejo de cierto nerviosismo mal disimulado en los medios más adictos al gobierno. Entre otras cosas, decía lo siguiente:

*Se han manifestado últimamente algunos indicios de lo que parece una preocupación ante la incógnita de un futuro político sin Tranco. El pueblo trujibero entero haría ahora mismo cualquier sacrificio o pagaría lo que le pidieran con tal de tener veinte años más de gobierno de Tranco. Y, sin embargo, existen muchas probabilidades de que ese beneficio se le otorgue gratuitamente, porque no hay ninguna razón específica para que el Mariscal tenga que dejar la Jefatura del Estado en los próximos veinte años. Cumplidos ya treinta años de mandato, Tranco va a por los cincuenta, apoyado en el deseo unánime de la nación.<sup>11</sup>*

Por su parte, *La Cartilla*, diario bien conocido por sus inclinaciones monárquicas, publicó un editorial al que pertenecen los siguientes párrafos:

*Es ya imposible, en nuestro siglo, pretender levantar un edificio político sin contar con la voluntad popular, tácita o expresa. La democracia, escarnecida ayer, traicionada a menudo por los que se dicen sus amigos, es sin embargo hoy la justificación que invocan todos los regímenes, aun los más diversos en su forma. La voluntad del pueblo se reconoce universalmente co-*

---

<sup>11</sup>Párrafos casi literales —cambiando los nombres— de un editorial del semanario *¿Para qué?* En 1966. (Nota de la 3ª edición)

*mo única fuente admisible de poder. Y si circunstancias graves y excepcionales pueden obligar en una ocasión a concentrar los poderes del Estado en una persona, tampoco en este caso está ausente la voluntad de los ciudadanos, generosamente expresada en la sangre vertida en los campos de batalla.*

*La excepcionalidad, no obstante, no se repite. Paso a paso se encamina nuestro país, por la sabia decisión de sus gobernantes y por la voluntad tácita de los gobernados, hacia la restauración de aquellas formas políticas que tradicionalmente han servido para encauzar y organizar la vida de la nación. Un conjunto de circunstancias apunta hacia esa perspectiva como la salida natural e indiscutible, aceptada y deseada por la mayoría, de manera que puede decirse que se ha formado en torno a la idea monárquica un "consensus" popular que debe facilitar la evolución normal de los sucesos y evitar toda clase de sobresaltos.*

*No podemos dejar de hacer constar nuestra más enérgica repulsa frente a ciertos manejos que tienden a poner en duda las bases populares de la futura monarquía y a replantear el problema en términos aventurados, que sólo pueden servir para excitar pasiones largo tiempo dormidas y dificultar la concordia nacional. La inmensa mayoría de los trujíberos ve hoy en Don Vermudo el Prudente, heredero legítimo del último Monarca de Trujiberia, el símbolo y la encarnación de esa voluntad general de concordia. Ante llamamientos que ocultan, bajo un disfraz de ingenuidad infantil, el veneno de la demagogia más absurda y disparatada, podemos decirnos con ánimo tranquilo: el pueblo no responderá.<sup>12</sup>*

### **Sábado 17 de mayo de 1969**

— ¡Vaya si responderemos! El llamamiento lo habrá escrito Eusebio o no lo habrá escrito Eusebio, tanto me da. Pero lo que sé es que la cosa va ahora muy en serio. Y esta vez yo mismo me pondré también carteles, sí señor, como me llamo Emiliano. Hay que dar el ejemplo a los jóvenes. Y poco he de poder si no consigo que me acompañen algunos amigos. ¿Eh, Manolo? Anda, Faustino, sirve a todos una ronda. Vamos a brindar por el éxito de los encartelados.

### **Domingo 18 de mayo de 1969**

Entre el General Pega, Ministro de la Gobernación, y el Coronel Barre, Director General de Seguridad, se cruzaron las siguientes conversaciones telefónicas o radiotelefónicas:

*A las 11 de la mañana*

— ¿Coronel Barre?

— ¡A sus órdenes, mi General!

— Le confirmo lo que le insinué ayer como posibilidad. He decidido tener a mi disposición un helicóptero durante todo el día para inspeccionar yo mismo desde el aire las operaciones. He dado las órdenes oportunas al Servicio de Transmisiones para que pueda telefonarle desde el propio helicóptero. Así es que le llamaré desde el helicóptero o desde mi despacho,

---

<sup>12</sup> Los primeros párrafos son reproducción, creo recordar que bastante exacta, de un editorial del diario ABC. (Nota de la 3ª edición)

para que me informe de la marcha de las operaciones.

— Entendido, mi General.

— ¿Cuenta usted con fuerzas suficientes?

— Desde luego, mi General. Las calles principales están cubiertas ya con guardias apostados con intervalos de 20 a 30 metros. No creo que tenga necesidad de sacar a todos de los cuarteles.

— Está bien. Ya sabe la consigna: mano dura, y nada de contemplaciones.

— Cuento conmigo, mi General. A sus órdenes, mi General.

*A las 12.10*

— ¿Coronel Barre? ¡Oiga! ¿Me oye, Coronel?

— ¡A sus órdenes, mi General! Le oigo perfectamente.

— Estoy volando sobre la Avenida de los Pacíficos. Esto es un hormiguero de hormigas blanquinegras. Sus guardias están totalmente desbordados. Tiene que mandar aquí refuerzos, inmediatamente. Por todas las bocacalles afluyen encartelados, hay que cortarles el paso lo más lejos posible del centro de la capital.

— De acuerdo, mi General. Ahora mismo envío refuerzos a la Avenida de los Pacíficos. Mando también un par de coches cisterna, ya verá cómo los dispersamos.

*A las 12.30*

— ¿Coronel?... ¿Que ha habido en los Pacíficos?

— Dispersados totalmente, mi General. Dos pasadas de los coches cisterna han sido suficientes. Hemos operado algunas detenciones y...

— Bien, pero no descuide los demás sectores. Yo he dado entre tanto una vuelta por los barrios de la periferia, y en muchos lugares los encartelados avanzan. Tiene usted que actuar sin pérdida de tiempo en la calle de Cómpluto, en Tristán de las Historias, en la Plaza de Monteclaudia y en el Paseo de Luceradura. ¿Me ha oído bien?

— Sí, mi General. Cómpluto, Tristán de las Historias, Monteclaudia y Luceradura.

— Tiene demasiados guardias estacionados en el centro, Coronel. El centro se mantiene tranquilo, allí no hacen falta. Mándelos a los lugares que he dicho.

— Entendido, mi General.

— De todas maneras, me parece que necesitará usted más fuerzas. Yo me ocuparé de mandarle nuevas reservas. Traeré algunas compañías de fuera de la capital.

— ¿Cree usted que es necesario, mi General?

— Haga lo que le digo. Desde arriba se tiene una visión más clara de la situación.

— A sus órdenes, mi General.



*A las 12.55*

— ¡Coronel Barrel! ¿No me había dicho usted que los había dispersado totalmente en los Pacíficos?

— Mi General...

— No ha hecho usted más que la mitad del trabajo, Coronel. Los estoy viendo ahora que avanzan por las calles laterales. Algunos grupos son muy numerosos.

— He tenido que ocuparme de otros sectores, mi General.

— Pues exija usted más celo de sus subordinados. ¿Para qué cortarles el paso en la Avenida de los Pacíficos si se les deja la calle de Elvira? ¿Quiere usted jugar a las cuatro esquinas?

— Así lo haré, mi General.

— ¿Cómo?

— Quiero decir que exigiré más celo de mis subordinados. Voy a tomar las medidas más enérgicas. Ahora mismo voy a sacar la segunda reserva.

*A la 1*

— ¡Coronel, tiene usted totalmente invadido el sector Sur de la ciudad! Entre el Esparto y el río, casi no encuentro una calle que no tenga encartelados. Está usted fracasando de la manera más completa. Por esta parte debía de haberles cerrado el paso en el río, era fácil vigilar todos los puentes.

— Lo he hecho, mi General. Lo que ocurre es que el enemigo estaba ya del lado de acá antes de empezar. Salen de las casas...

— ¡No me discuta! Lo importante ahora es impedir que lleguen al centro de la ciudad. ¿Me entiende? Lance contra este sector las reservas.

— Todas las reservas están ya siendo utilizadas, mi General. Pero traeré fuerzas de los sectores más tranquilos. ¿No podría usted mandarme nuevos refuerzos, mi General?

— ¡No! Es demasiado tarde. Si ha sido usted jactancioso antes de tiempo, aténgase ahora a las consecuencias.

— ¡A sus órdenes, mi General!

*A las 2.05*

— ¡A sus órdenes, mi General! Creo que la batalla está prácticamente ganada. Los encartelados están en plena desbandada por todas partes. Todos los grupos medianamente numerosos han sido disueltos y mis hombres proceden ahora a operaciones de limpieza contra individuos aislados. Es cuestión de media hora, o de una hora todo lo más.

— No me convence usted más que a medias, Coronel. He visto todo desde el aire. Lo cierto es que se han paseado encartelados por la Gran Avenida y por casi todas las calles del centro, que era lo que había que evitar a toda costa. Y no cante victoria tan pronto. Cada vez que los guardias descuidan un sector, aparecen otra vez encartelados por todos los rincones.

— Mi General, mis hombres no pueden estar en todas partes...

— ¿Para qué le doy la consigna de mano dura? Dé a sus guardias mayor movilidad, y que dejen fuera de combate a los manifestantes, sin contemplaciones. ¿Entendido?

*A las 3.15*

— Coronel, está usted demostrando una torpeza y una incompetencia notables. Tiene usted que tener cuidado con lo que hacen sus hombres con las mangueras. En la Plaza de los Rascacielos he visto que han duchado a varios coches particulares con sus ocupantes, y creo que algunos eran extranjeros. Es vergonzoso el espectáculo. Hay ciertos barrios en que nunca debiera haberse producido esto.

*A las 4.40*

— ¿Tiene algo que decirme, Coronel?

— Mi General, mis hombres se están batiendo con la mayor bravura. Usted mismo no ha podido dejar de verlo. Pero la proporción numérica nos es totalmente desfavorable, hay por lo menos cincuenta encartelados por cada guardia. ¿No podría el ejército...?

— ¡Eso sí que no! ¡De ninguna manera! Sería reconocer el fracaso. Aunque me parece que usted ya ha fracasado, de todas maneras. Tendrá que sufrir las consecuencias de su imprevisión. Ahora, siga haciendo lo que pueda.

*A las 6.20*

— Mi General, puedo informarle con satisfacción de que la partida está ganada en toda la línea. Ahora sí que no hay ni un solo encartelado en las calles de Villacorte, ni en grupos ni aisladamente...

— ¡¡Imbécil!!

**Domingo 25 de mayo de 1969**

**Domingo 1 de junio de 1969**

**Domingo 8 de junio de 1969**

**Domingo 15 de junio de 1969**

La capital fue acostumbrándose poco a poco a sus erupciones domingueras de encartelados. Antes de las 12, los villacorteses desayunaban, iban a misa, daban un paseo o se quedaban en la cama; en una palabra, hacían su vida normal. A las 12 en punto, con gesto que también llegó a ser normal, todos sacaban sus carteles. Bueno, no todos, es verdad. Pero casi.

Las mujeres, muy escasas al principio, fueron animándose domingo tras domingo. Las estudiantes mostraban un especial entusiasmo. Muchas de ellas no temían exponerse a los remojones y a los golpes junto a los chicos, en los lugares de más peligro.

Todas las clases sociales participaban en el movimiento, en mayor o menor medida. Había pollos pera que al sonar las 12, tanto si se encontraban en una cafetería o un bar como si estaban al volante de su coche, desdoblaban con cuidado sus carteles y se los colgaban. Cierto que no se daban prisa en acudir a las calles donde se repartían palos, pero no cabe duda de que ayudaban a hacer ambiente.

En otro estilo, también contribuía mucho a hacer ambiente uno de los primeros prosélitos de Eusebio: el Cordobés, que organizó con chavales de su edad varias "guerrillas" de encartelados. El Cordobés adoptó como táctica la de aparecer de improviso en los lugares más insospechados: dentro de una iglesia, en las calles descuidadas por los demás encartelados, en un mercado, o tomando al asalto un autobús. Siempre, claro está, cuidándose mucho de mantenerse a distancia de los "grises". No había encartelados más diligentes que los seguidores del Cordobés en cumplir la consigna de dispersión al acercarse el peligro.

Los habitantes de los barrios populares acudían muchas veces con sus bocadillos u otras provisiones que les permitían aguantar las seis horas reglamentarias. Otros comían en sus casas antes de las 12, o tomaban cualquier cosilla en un bar durante las horas de "faena" para reparar las fuerzas. Otros villacorteses, en fin, hacían un paréntesis en la batalla para comer en sus casas y se lanzaban en seguida de nuevo a la calle. Pero los que no podían hacer paréntesis alguno eran los guardias, pues siempre había encartelados que dispersar.

A las seis en punto todos recogían sus carteles.

El Ministro de la Gobernación, muy a pesar suyo, había tenido que recurrir al ejército el tercer domingo. Pero ocurrió lo que era de temer. Los soldados simpatizaban decididamente con el movimiento de los encartelados y apenas se tomaban el trabajo de disimularlo. Cierto que no se atrevían a desobedecer abiertamente a sus jefes, y cuando éstos ordenaban la carga contra los manifestantes hacían ademán de cumplir las órdenes. Pero pronto se transmitió entre ellos, de boca en boca y sigilosamente, la consigna "pegar de mentira". Los encartelados no dejaban de sacar partido de ello.

Una mayor ayuda para el General Pega fue la aportada por ciertos elementos minoritarios del Partido Azulnegro, único partido oficialmente autorizado. Siempre había habido entre los azulnegros un sector bullicioso, que un observador superficial podría tomar por representativo de todo el Partido, aunque en realidad estaba lejos de serlo. Estos azulnegros extremistas se organizaron en "Centurias de Acción Directa" que, durante varios domingos, desplegaron una notable actividad callejera. Tenían la ventaja de pasar fácilmente desapercibidos hasta el momento del ataque, pues no ostentaban más distintivo que su camisa azul. Los de las Centurias no se limitaban a pegar: desde el principio jugaron a fondo la carta de la provocación y es preciso reconocer que obtuvieron algunos éxitos parciales. Se trataba de

excitar a los "no violentos" por todos los medios (golpes, ofensas, insultos a ellos y a sus familias...) para hacerles abandonar su actitud pacífica y desacreditar el movimiento. Aquí y allá estallaron, en efecto, algunas reyertas en que unos pocos encartelados perdieron la cabeza y devolvieron los puñetazos. Pero no fueron sino incidentes aislados, insuficientes para alterar el carácter sereno de las manifestaciones. La inmensa mayoría de los encartelados observaba las consignas de Eusebio con abnegación y perseverancia.

El domingo 15 de junio estaba anunciado un importante encuentro de fútbol en el estadio de Villacorte. El Atlético de Nerviona jugaba contra el Atlético de Villacorte. Era el final de la competición de la Copa del Mariscal, y el propio Mariscal Tranco debía asistir al encuentro y entregar la copa al capitán del equipo vencedor.

El Gobierno contaba con este partido para atraer la atención de los trujíberos y relegar a un plano secundario el asunto de los encartelados. Aunque en el Consejo de Ministros celebrado el miércoles anterior alguien había expresado el temor de que el público aprovechara la ocasión para manifestarse con carteles dentro del estadio, se convino en general en que era fácil tomar las medidas oportunas para prevenir tal eventualidad.

La pasión futbolística de los villacorteses facilitó el trabajo del nuevo Director General de Seguridad, General Zurra, que había sucedido al infortunado Coronel Barre. Mientras en otros sectores de la capital la policía perseguía a las bandas de encartelados, los guardias de servicio en las inmediaciones del estadio no encontraron dificultades especiales frente al público que, a partir de las tres, iba acudiendo para presenciar el partido. Los espectadores portadores de carteles, que eran minoría, fueron rápidamente localizados y enviados a los coches celulares. La mayoría del público parecía dispuesta a observar una tregua en honor a este encuentro.

Así ocurrió. Desde que empezó el partido, incluso aquéllos que llevaban escondidos los carteles en espera de ocasión propicia para sacarlos se olvidaron de todo lo que no fuera animar al equipo villacortés. El cual, a pesar de todo, perdió por 2 a 1, en un partido reñido y de alta calidad, frente al once nervionés.

Al final ocurrió un incidente insignificante, pero que había de dar mucho que hablar. Mejor que el público del estadio, lo presenciaron los miles de telespectadores de toda Trujiberia que habían seguido el encuentro en la pequeña pantalla. El Mariscal Tranco acababa de hacer entrega del trofeo al capitán nervionés. Se oyeron los primeros acordes del himno nacional, y todos se pusieron en pie. En ese momento, el Mariscal, que ya durante todo el partido había dado señales de soportar mal el calor, se sentó con gesto aburrido, se quitó la gorra y, mientras se abanicaba esgrimiéndola con la mano izquierda, empezó a desabrocharse con la derecha la guerrera de su uniforme. Las cámaras de la televisión estaban precisamente entonces enfocadas sobre él, y todos los espectadores pudieron ver cómo su esposa la Mariscal, de pie a su derecha, le tiraba de un brazo para levantarlo de nuevo, secundada por alguien que, desde detrás, ponía las manos en los sobacos de Su Excelencia. A su izquierda, el capitán del equipo ganador, aún con la copa en la mano, miraba inquieto sin saber qué hacer. Sobre todo, los trujíberos pudieron ver en la pantalla, en primer plano, la sonrisa sin chispa de un anciano, la expresión desorientada e interrogante de quien vuelve de una ausencia y la turbación de un hombre que trata de hacerse perdonar su distracción.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Episodio inspirado en un incidente real, aunque muy exagerado en la novela. (Nota de la 3ª edición)

**Domingo 22 de junio de 1969**

Como siempre, los encartelados del itinerario quinto no pudieron congregarse en la propia Plaza de Monteclaudia. Al sonar las 12, no dejó de haber algunos insensatos que se colgaron los carteles allí mismo, a la vista de los numerosos guardias estacionados; pero pronto fueron a parar a los coches celulares.

También las calles inmediatas estaban vigiladas. Pero ya cien o doscientos metros más allá, el damero de calles al Este de Monteclaudia estaba libre de guardias, y por allí se fueron congregando ese día algunos centenares de personas. La mayor parte eran estudiantes (hecho normal, dada la relativa proximidad de la Ciudad Universitaria) y, entre ellos, había una proporción relativamente fuerte de representantes del bello sexo. Sin llegar nunca a igualar en número a sus colegas varones, la participación de ellas había ido en aumento domingo tras domingo, mientras que entre ellos se notaba, al contrario, una tendencia regresiva. El motivo quizá habría que buscarlo en la proximidad de los exámenes de fin de curso: al parecer, el riesgo de perder el curso como consecuencia directa o indirecta de la participación en las manifestaciones de encartelados era una posibilidad que intimidaba más a los varones que a sus compañeras.

La habitual floración de carteles a mediodía tuvo lugar, pues, a cierta distancia del punto inicial marcado para el itinerario quinto. Al principio los grupos, poco compactos y relativamente desperdigados, empezaron a moverse en dirección Sur los unos, en dirección Este los otros. A alguien se le ocurrió entonces gritar "¡A Queteveo!". La consigna se fue transmitiendo de grupo en grupo y de calle en calle: "¡A Queteveo, a Queteveo!" Poco a poco, los encartelados fueron confluyendo en una misma calle, paralela al itinerario quinto de Eusebio, y avanzaron en dirección a la Glorieta de Queteveo.

El cortejo, desbordando ya ambas aceras, ocupaba la calzada en una extensión de más de 100 metros. Vino un taxi en sentido contrario. Los encartelados se apartaron a los lados para abrirle paso, pero el vehículo se detuvo a la altura de los que constituían la vanguardia. Asomando la cabeza por la ventanilla, el taxista gritó:

— ¡En Queteveo os están esperando los guardias! ¡Hay muchos!

Tras unos momentos de vacilación, los encartelados del itinerario quinto decidieron que había que rodear el obstáculo. La comitiva se dividió: unos se dirigieron hacia el Sur, para reintegrarse en las Rondas de Arriba al verdadero itinerario quinto del programa; otros se alejaron más hacia el Norte, buscando la confluencia con el itinerario sexto. Ambas ramas se subdividieron después a su vez, con lo que la marea de encartelados invadió casi todas las calles del sector.

Un grupo de un centenar de silenciosos manifestantes, que avanzaba por una calleja secundaria, tropezó con una pareja de guardias. Haciendo alarde de una elevada conciencia profesional y de un sentimiento del deber poco comunes incluso entre funcionarios de tan abnegado cuerpo, los guardias se lanzaron animosamente, porra en mano, contra los estudiantes encartelados. Fue algo así como si un niño tratara de contener con un pala el flujo de las aguas de un río. Se hizo un pequeño remolino, tres o cuatro manifestantes encajaron algunos golpes y el resto continuó andando sin apresurarse. Los guardias, desbordados, se retiraron.

Apenas terminado el incidente, surgió en la misma calle otro más grave. Nadie pudo decir por dónde habían venido, pero el hecho es que repentinamente una veintena de militantes de las Centurias de Acción Directa irrumpieron de flanco contra los encartelados. Esta vez, los agresores no repartieron golpes. Obedeciendo, sin duda, a un plan previamente estudiado, se abrieron paso a empujones hacia el centro de la columna de manifestantes, donde había un grupo relativamente nutrido de chicas encarteladas. La víctima, probablemente designada de antemano, se vio arrastrada, llevada casi en volandas por dos camisas azules que la agarraron por los brazos, mientras los demás agresores formaban círculo en torno para proteger la operación. Todo fue tan rápido que no hubo, en esta primera parte de la agresión, reacción alguna por parte de los encartelados. Los azulnegros, retirados a un lado de la calle, pero todavía cerca de los manifestantes y a la vista de ellos, pusieron a la joven prisionera de espaldas contra la pared, siempre firmemente sujeta por los brazos. Al arrimarse a la pared, el círculo-coraza de azulnegros se transformó en semicírculo, dentro del cual quedaron no sólo la joven encartelada y sus dos raptos, sino también un tercer militante cuyo papel, al principio, no se vio claro.

Se diría un improvisada representación teatral. Los actores: una joven estudiante y tres matones callejeros. La escena: un breve espacio de acera delimitado por la pared de una casa y un arco de disciplinados individuos que, de espaldas a los actores, parecían dispuestos a rechazar a cualquier "espontáneo" que quisiera saltar al escenario. El público: en el patio de butacas —o sea en la calle—, un centenar de desconcertados encartelados de ambos sexos y algunas docenas de transeúntes; en los palcos —o sea en ventanas y balcones— unos cuantos vecinos que se habían asomado para ver pasar a los manifestantes. Y una inquieta duda flotando en el ambiente: ¿Qué clase de obra se iba a representar? ¿Tragedia o comedia?

A nadie se le ocultaba que el propósito que se perseguía con aquel montaje escénico era agujinear a los estudiantes y poner a prueba la sinceridad de su adhesión al programa de "no violencia". Mediante una reacción vigorosa de los agredidos, no sólo la joven prisionera hubiera recobrado inmediatamente la libertad, sino que los azulnegros lo hubieran pasado mal, dada su inferioridad numérica. Pero ¿y las consignas de Eusebio? ¿Y el carácter pacífico del movimiento popular? ¿Y el amor a los enemigos? ¿Había que recoger el guante, con el riesgo de echar a perder en un momento la aureola de serena dignidad adquirida a través de cinco domingos de obstinada negación a la violencia? ¿Llegaría la provocación tan lejos que justificara el abandono momentáneo de la línea pacífica de conducta? ¿Es la violencia siempre contraria a la dignidad? Pero ¿qué dignidad puede haber en dejar a una joven indefensa en manos de un grupito de granujas, sin mover un dedo para defenderla? Estas o parecidas preguntas se plantearon atropelladamente en todos los espíritus durante unos instantes de espera tensa que muchos soportaron mal, por más que no duraran sino breves segundos.

Porque de hecho no hubo pausa en la actuación de los camisas azules. Apenas constituido el escenario que hemos descrito, aparecieron unas tijeras en manos del tercero de los militantes encerrados en el semicírculo. Con rápido movimiento, el individuo agarro con la mano izquierda la cabellera de la joven, que la tenía abundante, y cuyo peinado suelto facilitaba la operación. Se oyó un tijeretazo, y un mechón de hermoso pelo rubio voló por el aire.

El gesto tuvo por efecto la rotura del difícil equilibrio moral. Dentro del semicírculo, la joven, que hasta ese momento parecía aceptar resignadamente su papel de víctima, empezó a hacer desesperados esfuerzos por desasirse de sus captos. Fuera del semicírculo, la decisión de la multitud estaba tomada. Los encartelados avanzaron. Una fracción de segundo

más, y se desencadenaría la violencia.

Fue entonces cuando intervino Fernando Pedreña.

Desde que comenzó la ejecución del programa de Eusebio, Fernando había procurado seguir la experiencia de cerca, mezclándose con el pueblo. Cada domingo se había unido a los encartelados de un itinerario distinto y, domingo tras domingo, el lejano fondo de esperanza que había tras su escepticismo de fachada había ido pasando a primer plano. ¿Quién podría negarse ahora a ver la enorme fuerza que la idea de los encartelados había sabido poner en marcha? En su actitud frente a la no violencia, Fernando no era ya un escéptico con fondo de esperanza; era un esperanzado con resabios de viejas dudas, pero que estaba muy cerca de la entrega total, gozosa, ilusionada del neófito.

Quiso el azar que el antiguo defensor teórico de la violencia se encontrara, con su correspondiente par de carteles, entre los encartelados que presenciaron el crimen de lesa cabellera. Afortunadamente, Fernando era hombre de entendimiento rápido y reacciones inmediatas. Al punto se hizo cargo de la situación: no era ya posible, ni probablemente deseable, contener la agresividad de la multitud provocada. Pero sí podía intentarse encauzarla.

— ¡Arrollarlos, pero no pegar! —gritó—. ¡Somos diez contra uno!

El cálculo numérico pecaba seguramente de optimismo. Por otra parte, era dudoso que todos los que escucharon la consigna de "arrollar, pero no pegar" la entendieran de igual manera. Mas no había lugar para discursos más explícitos y, en todo caso, las palabras de Fernando, claramente oídas por todos, consiguieron poco más o menos lo que se proponían. Los manifestantes encartelados, a los que se unieron en el momento del ataque algunos espectadores, no tuvieron ya el sentimiento de ir a la deriva. Había una consigna, y esa consigna se inspiraba en la no violencia. No había que hacerles el juego a los provocadores. No había que presentar la batalla que ellos querían.

La aplicación práctica de la consigna, naturalmente, ofreció dificultades. El propio Fernando fue de los primeros en experimentarlo, pues habiéndose lanzado como un bólide contra la barrera de azulnegros recibió el pleno rostro un tremendo puñetazo que le hizo rodar por tierra. Cuando se levantó de nuevo, los encartelados, protegiéndose la cara contra los golpes, presionaban en masa en toda la línea del frente, el cual, sin embargo, no cedía. Dentro, seguían los forcejeos entre la joven de la rubia cabellera y los tres matones empeñados en llevar hasta el final la operación de corte de pelo. Fernando, que era menudo de cuerpo, acertó a deslizarse a gatas entre las piernas de los combatientes pacíficos y no pacíficos, de manera que de pronto tuvo ante sí un par de piernas femeninas bien torneadas: las de la prisionera. Se abrazó a ellas, agarrando en el mismo abrazo las piernas de uno de los carceleros contra los que se debatía la joven. Los tres cayeron al suelo.

El cinturón defensivo de camisas azules, que ya empezaba a ceder ante el empuje incruento de los encartelados, se resquebrajó al sentir que algo anormal pasaba en la retaguardia. Fernando, en el suelo, trataba de proteger con su cuerpo el cuerpo de la joven, interponiéndose entre las tijeras y la cabellera en peligro. Otro encartelado, otros dos, una docena hicieron lo mismo. En unos instantes, la presunta víctima se vio en el centro de un confuso revoltijo de cuerpos que si bien constituían una eficaz protección contra la amenaza de las tijeras, la ponían en cambio en peligro de asfixia. Reptando, Fernando consiguió sacar la cabeza de la melée para gritar:

— ¡Ya basta! ¡Nos vais a ahog...!

Un violento puntapié en el cráneo le cortó la última palabra. Fernando Pedreña se desvaneció.

Cuando se despertó, lo primero que notó fue que tenía un fortísimo dolor de cabeza; estaba en una estancia de paredes blancas y mucha luz que le hacía daño en los ojos. Inclinado sobre él, vio un rostro juvenil enmarcado en una sedosa melena rubia.

— ¿Te duele mucho?

Él respondió con un leve gruñido.

— Gracias por haberme salvado el pelo —añadió ella.

Hizo un esfuerzo por recordar. Poco a poco, fue ordenando las ideas.

— ¿Cómo terminó...? —preguntó en un susurro.

— Terminó bien... menos para ti. Ellos repartieron todavía algunos golpes, pero en seguida fueron llegando más de los nuestros de otras calles, y ya fue fácil arrollarlos.

— Pero...

— Sin hacerles daño, claro —añadió ella adivinando lo que él quería preguntar.— Bueno, no digo que más de uno no recibiera un coscorrón, pero en conjunto nos comportamos como buenos no violentos. Gracias a ti —terminó con una sonrisa.

Fernando cerró los ojos. El dolor de cabeza era insoportable.

— Esa luz... —murmuró.

Otra persona se movió en la estancia. Oyó que decían:

— Voy a bajar la persiana. Hay que dejarle dormir.

Durmió un sueño difícil, lleno de pesadillas. Soñó que se debatía contra una enorme cabellera rubia, que como un pulpo gigantesco le envolvía y le aprisionaba.

## **Martes 24 de junio de 1969**

¿Fue la impresión de senilidad que el Jefe del Estado reflejó días antes en miles de pantallas lo que decidió a don Vermudo a actuar? ¿O fue más bien la actividad de los encartelados lo que incitó a sus consejeros a abogar por que se tomaran medidas prácticas con miras a acelerar la restauración?

Ambos factores influyeron probablemente en la decisión de don Vermudo el Prudente. Decisión simbólica, sin duda, pero que de ser exactas las previsiones de los consejeros, debía tener repercusiones prácticas inmediatas.

Con ocasión de su fiesta onomástica, ante una nutrida asamblea de adictos que habían acudido a su retiro de El Toril<sup>14</sup>, don Vermudo anunció solemnemente que a partir de este día utilizaría para sí mismo, como único título, el de Rey de Trujiberia. Todos los demás títulos que se le habían venido dando (Pretendiente a la Corona, Príncipe de A., Conde de B...) quedaban en desuso.

---

<sup>14</sup> Por si los lectores más jóvenes no lo saben o lo han olvidado, recordemos que don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII y padre de Juan Carlos I, residía en Estéril (Portugal). (Nota de la 3ª edición)



Con un entusiasmo delirante, la asamblea aclamó largamente al Rey, hasta que muchas gargantas enronquecieron, a los gritos de "¡Viva el Rey!" y "¡Viva Vermudo IV, Rey de Trujiberia!".

### **Jueves 26 de junio de 1969**

El diario *Azotea*, órgano del Partido Azulnegro, publicó un violento editorial contra don Vermudo. "No aceptaremos jamás —decía— a un monarca que, diciendo representar a todos los trujíberos, está de hecho en manos de un grupo, cuyos intereses egoístas pretende hacer pasar por los intereses de la nación". El editorial hablaba de "revolución traicionada", "obstáculos tradicionales", "amalgama de medievalismo y capitalismo", y terminaba con estas frases:

*¿Qué respeto puede inspirarnos un toro que tiene miedo a salir del toril? Hoy se combate en el ruedo de Villacorte, y no son precisamente los monárquicos los que dan la cara. Los monárquicos prefieren intrigar, y poner en obra medios más sutiles. Pero ¡cuidado!, puede llegar el momento en que los combatientes de uno u otro color se den cuenta de que todos corren el riesgo de verse burlados por quienes quedaron en retaguardia, y puede ocurrir que los combatientes se sientan más cerca de un enemigo leal que de un "amigo" desleal.*

El Ministro de Información ordenó la recogida inmediata del diario minutos antes de que empezara su distribución.

### **Domingo 29 de junio de 1969**

Para muchos fue una sorpresa ver este día numerosos grupos de encartelados con camisa azul, miembros del Partido Azulnegro. Se presentaron en varios puntos en bloque, encuadrados en sus unidades y al mando de sus jefes. Los demás encartelados les miraron al principio con desconfianza, pensando que se trataba de un ardid. Al cabo de pocas horas, sin embargo, los camisas azules habían dado pruebas de su buena fe, dejándose golpear por los guardias y encerrar en los coches celulares como los demás manifestantes. Los carteles de los azulnegros, todos iguales, decían por delante:

*El Partido está por las elecciones*

Y por detrás:

*Vermudo, si eres valiente,  
preséntate candidato  
en elecciones decentes  
para Jefe del Estado.*

**Domingo 6 de julio de 1969**

**Domingo 13 de julio de 1969**

**Domingo 20 de julio de 1969**

**Domingo 27 de julio de 1969**

**Domingo 3 de agosto de 1969**

**Domingo 10 de agosto de 1969**

El Gobierno había previsto que durante el verano decaería el entusiasmo de los encartelados, pero la previsión no se cumplió sino muy parcialmente.

Muchos villacorteses partieron de veraneo, como todos los años, de manera que se notó, indudablemente, un cierto descenso en los efectivos de los manifestantes. En especial, se echaron de menos los nutridos grupos de estudiantes que en los domingos anteriores bajaban desde la Plaza de Monteclaudia. Por otra parte la policía desplegaba ahora fuerzas mucho más considerables: numerosos camiones cargados de guardias llegaban todos los domingos muy de mañana desde otras ciudades del país y regresaban de nuevo después de las seis de la tarde. Con estas fuerzas, el General Zurra pudo cubrir y controlar palmo a palmo todas las calles y plazas enumeradas en el programa de Eusebio. Los encartelados se vieron en la imposibilidad absoluta de seguir los itinerarios previstos, ni siquiera parcialmente.

¿Qué importaba? En Villacorte había otras muchas calles. Por todas partes se paseaban los manifestantes, formando con frecuencia comitivas de varios centenares o incluso algún millar que se desvanecían en pocos minutos tan pronto como la fuerza pública hacía su aparición. Las consignas de Eusebio siguieron cumpliéndose bien, y ni un solo domingo dejó de haber encartelados en la calle desde mediodía hasta las seis de la tarde.

El mes de agosto estaba siendo muy caluroso, y esta circunstancia perjudicó a los hombres del General Zurra en algo que, si pudo parecer anecdótico, tuvo en realidad bastante importancia: las mangueras de riego dejaron de ser temibles. Muchos encartelados, que previsiblemente vestían trajes viejos o ropas de faena, no sólo no huían de los coches cisterna sino que recibían con placer las duchas, encontrando el juego muy divertido.

**Domingo 17 de agosto de 1969**

**Domingo 24 de agosto de 1969**

Varias agencias de viaje extranjeras habían encontrado la manera de sacar partido del curioso combate de los trujíberos. Una había lanzado primero un globo sonda con un anun-

cio: "¿Quiere usted ver a los encartelados de Villacorte? Ida y vuelta en avión, por el módico precio de ... Garantizamos protección contra todo riesgo". El éxito había sido tal que pronto los encartelados se convirtieron en tema de propaganda como atracción turística: "A Sunday with the *encartelados*"; "Parlez avec les *encartelados* dans les rues de Villacorte"; "Ferien im Lande der *Encartelados*". A los contingentes normales de turistas que siempre recibía Villacorte, se sumaron este mes de agosto un 50% más, atraídos por el gusto de la aventura, con la consiguiente contrariedad del Ministro de la Gobernación, pero con la satisfacción de los hoteleros de la capital y también con cierta complacencia no confesada del Ministro de Desarrollo.

Hubo algunos incidentes a cuenta de los turistas. Sus máquinas fotográficas parecían atraer de modo especial las iras de los guardias. Además, algunos de ellos llevaron su simpatía hacia los encartelados hasta el extremo de hacer causa común con ellos y dejarse detener por la policía. Varios fueron expulsados del territorio nacional a las pocas horas de detenidos.

**Domingo 31 de agosto de 1969**

**Domingo 7 de septiembre de 1969**

**Domingo 14 de septiembre de 1969**

**Domingo 21 de septiembre de 1969**

**Domingo 28 de septiembre de 1969**

**Domingo 5 de octubre de 1969**

**Domingo 12 de octubre de 1969**

Con el comienzo del año escolar, nuevas promociones de estudiantes se incorporaron a la lucha. Luis Pitarque, dándose las ya de veterano, prodigaba consejos y daba ánimos a los novatos. No era menos activo Ramón Ubierna, a quien los acontecimientos habían hecho atrasar curso. Ramón seguía moviéndose en la clandestinidad, pues la policía le buscaba como uno de los iniciadores de la campaña.

El mes de octubre se caracterizó por una floración de aleluyas en los carteles de los encartelados. Los camiseros azules pudieron vanagloriarse de haber creado escuela en este aspecto. Un cartel, por ejemplo, decía:

*Al General Pega  
le gusta dar duchas;  
el pueblo le ruega:  
pega, pero escucha.*

Otro:

*Yo soy un no violento:  
Me zurras, te compadezco;  
Me sigues, te lo agradezco;  
Me dejas, me voy contento.*

Un tercero:

*Con estos carteles  
colgados con maña  
pedimos un jefe  
para nuestra... Trujiberia.*

Algunos se expresaban en metáforas:

*De un cartel que fue simiente  
ha salido esta cosecha.  
Cada cartel dará cienes,  
si lo riegan con mangueras.*

Otros encerraban a un pasado no olvidado:

*Por tus calles, Villacorte  
la sangre antaño corría;  
corrió después el dinero;  
corren papeles hoy día.*

Pero ninguna de estas rimas tuvo tanto éxito como la contenida en los carteles de una guapa moza que formaba parte de un grupo de manifestantes del bello sexo:

*No queremos novios chulos,  
matones ni acalorados,  
que los que ahora se llevan  
son novios encartelados.*

Claro está, sin embargo, que la inmensa mayoría de los carteles siguieron perteneciendo al género breve. Hubo numerosos ejemplos de laconismo: "Elecciones, por favor"; "No se enfade, Excelencia"; "Elecciones sí, coscorrónes no". Finalmente llegó a ponerse de moda, sobre todo por razones de tipo práctico, el laconismo llevado a su último extremo, esto es, el cartel en blanco. Cada domingo eran más numerosos los manifestantes que se limitaban a colgarse un par de hojas de papel en blanco, que no por carecer de inscripción dejaban dudas sobre su significado.

### **Domingo 19 de octubre de 1969**

A las ocho de la tarde, cada domingo en la Dirección General de Seguridad se procedía a tomar la filiación de los encartelados detenido durante el día. Después se les dejaba en libertad, salvo que se tratara de elementos especialmente destacados o peligrosos, pues las prisiones estaban ya abarrotadas.

La redada había sido normal este día: poco más de 200 personas, entre ellas 30 mujeres. El policía encargado de tomarlos datos personales lo hacía ya maquinalmente, casi sin mirar a los detenidos que desfilaban ante su mesa, deseoso de terminar lo más pronto posible.

— ¿Nombre?

— Alberto Alonso García.

— ¿Domicilio?

— Gato 31.

— ¿Edad?

— 23 años.

— ¿Profesión?

— Albañil.

— Retírese. El siguiente.

Pasaron un mecánico, dos metalúrgicos, un transportista, una mecanógrafa, un estudiante y un escritor. A este último se le condujo a una habitación aparte para ser interrogado más detenidamente. Vino después un hombre correctamente vestido con un traje oscuro.

— ¿Nombre?

— Miguel Ferreiro Marcos

— ¿Domicilio?

— Huerta 16, 4º derecha.

— ¿Edad?

— 33 años.

— ¿Profesión?

— Sacerdote.

Esta vez, el policía levantó la mirada del papel y contempló en silencio largamente al detenido.

**Jueves 23 de octubre de 1969**

— El caso de este sacerdote, Eminencia, ha merecido una especial atención por parte del Gobierno. Este incidente y otros que a mi juicio obedecen a una misma tendencia de ciertos católicos minoritarios son el motivo de mi visita de hoy. Mi visita, pues, no es exclusivamente personal: traigo la representación del Jefe del Estado y de todos los ministros.

El Cardenal Llano<sup>15</sup>, arzobispo de Villacorte, escuchaba pensativo al Ministro de Información. En su fuero interno, se decía que el sacerdote encartelado había hecho un flaco servicio a la Iglesia, y que la osadía excesiva de algunos eclesiásticos de las nuevas generaciones, que se arrogaban el papel de empujar a la jerarquía en lugar de obedecerla, era una lamentable enfermedad de los tiempos. Pero él, el Cardenal, era un hombre de Iglesia. Y los intereses de la Iglesia exigían que ésta no pareciese identificada ni excesivamente compenetrada a los ojos del mundo con ningún régimen político. Sobre todo cuando el régimen en cuestión empezaba a tambalearse.

— ¿A qué otros incidentes se refiere usted, señor Ministro?

— Vuestra Eminencia los conoce tan bien como yo...

— Apéeme el tratamiento, hijo. Para mí ya pasó la edad de la vanidad.

— Gracias, Cardenal. Ya sabe usted a qué incidentes me refiero. Desde la promulgación de la nueva Ley de Prensa, los casos en que me he visto obligado a ordenar la recogida de revistas o periódicos católicos se cuentan ya por docenas.

— Los recuerdo bien, los recuerdo bien. Y también recuerdo que ni en uno solo de esos casos pudo usted señalarme en las publicaciones retiradas algo contrario a la verdad, a la moral ni al dogma.

— No es mi ánimo volver ahora sobre viejas discusiones. Pero reconozca, Cardenal, que so capa de renovación y de espíritu conciliar, se está queriendo introducir en la Iglesia alguna mercancía averiada.

— La Iglesia tiene muchas imperfecciones, hijo mío.

— El caso de este sacerdote encartelado es sintomático del grave peligro que amenaza a la Iglesia. Yo no deseo inmiscuirme en asuntos que no me son propios; pero ¿no cree usted, Cardenal, que cosas así son incompatibles con el espíritu de obediencia que es característica esencial de la Iglesia Católica? ¿Qué sería de la Iglesia si cada sacerdote, en lugar de seguir atento las orientaciones del episcopado, tomara iniciativas caprichosas que desdican tanto de la dignidad sacerdotal?

Había tocado la tecla sensible. El Cardenal arrugó el entrecejo y declaró:

— Al Padre Ferreiro se le impondrán sanciones canónicas. A mí me toca determinar cuáles.

---

<sup>15</sup> Este nombre llevó a algunos de los primeros lectores de esta novela a suponer que había aquí una alusión al jesuita José María Llanos. En realidad, el autor pensaba en el Primado Plá y Daniel. (Nota de la 3ª edición)

— Naturalmente, naturalmente. El Gobierno no tiene la menor intención de intervenir en este caso concreto, que incumbe por entero a la jurisdicción eclesiástica.

— Entonces, creo que todo está dicho, señor Ministro. A no ser que traiga usted otras instrucciones.

— Verá usted, Cardenal. El Gobierno estima que hay un confusionismo que convendría atajar en cuanto a la actitud de la Iglesia frente a la agitación subversiva de los encartelados. El incidente del domingo puede llevar a algunos, abusivamente desde luego, a deducir que la Iglesia está complicada en ciertos manejos...

— ¿Me piden ustedes que haga una declaración?

— El Jefe del Estado y el Gobierno en general verían con mucho agrado que la suprema autoridad de la Iglesia trujiera desautorizara públicamente a los encartelados y condenara sus actividades subversivas.

El Cardenal no respondió en seguida. Entornó los ojos y pareció concentrarse unos segundos. Cuando habló, el acento de su voz denotaba que había tomado una decisión de la que no sería fácil apartarle.

— No puedo hacerlo, señor Ministro. Esas manifestaciones pacíficas son asunto exclusivamente político. Yo no puedo tomar partido en ello.

— Pero Cardenal, la doctrina de la Iglesia sobre la sumisión al poder establecido...

— Yo no me atrevería a afirmar que la actitud de los manifestantes es insumisa.

— Usted sabe lo que ocurriría si nos dejáramos desbordar por esa chusma. Detrás de la piel de cordero de los no violentos se ocultan nuestros eternos enemigos, Cardenal. Puede usted estar seguro de que, si transigimos, prepararemos para el país y para la Iglesia nuevos días de luto y de persecución.

— No sé, no sé. Yo he aprendido ya a dudar, hijo mío. Es una de las cosas que se aprenden con la edad.

— Tengo pruebas para desvanecer sus dudas, Cardenal —dijo el Ministro disponiéndose a abrir la cartera de mano que, durante la conversación, había reposado sobre la espesa alfombra, junto a su pie derecho.— Pruebas que demuestran de manera inequívoca la intervención del comunismo en toda esta mascarada. Diré más: el papel directivo que han desempeñado los comunistas infiltrados en las filas de unos ingenuos cristianos que se dicen no violentos.

Pero el Ministro de Información no tuvo ocasión de sacar sus pruebas. El Cardenal se puso en pie dando por terminada la entrevista, y dijo con calma pero firmemente:

— No se moleste, señor Ministro. Yo no puedo prohibir a los comunistas que practiquen las virtudes cristianas.

**Domingo 26 de octubre de 1969**

**Domingo 2 de noviembre de 1969**

**Domingo 9 de noviembre de 1969**

**Martes 11 de noviembre de 1969**

La noticia llegó sin previo aviso un día cualquiera, un día de otoño en que ya quedaban pocas hojas en los árboles. Todos los trujíberos la leyeron en los periódicos.

El Mariscal Tranco reorganizaba su Gobierno. Varios Ministros salían, dos cambiaban de cartera y otros entraban. Entre los salientes figuraba el General Pega.

**Domingo 16 de noviembre de 1969**

Los encartelados encontraron en la calle muy pocos guardias, y éstos no se opusieron a su marcha.

Hacia la una y cuarto, el gentío encartelado era enorme en el Paseo de la Castizana y en las calles próximas.

A la una y veinte, se permitió la entrada de una comisión de seis encartelados en la Presidencia del Gobierno, donde fueron recibidos por el nuevo Ministro de la Gobernación en persona. El Ministro prometió estudiar las peticiones del pueblo y rogó a los encartelados que se disolvieran pacíficamente.

Los encartelados, sin embargo, recordaron las instrucciones de Eusebio. Hasta las seis de la tarde se pasearon numerosos y eufóricos por las calles más céntricas de la capital.

**Domingo 23 de noviembre de 1969**

**Domingo 30 de noviembre de 1969**

**Domingo 7 de diciembre de 1969**

Había tensión en el ambiente. Los villacorteses tenían la sensación de vivir los días que preceden a grandes acontecimientos. En general, la gente hacía gala de un optimismo que la situación parecía justificar. ¿No habían conseguido los encartelados hacer caer a uno de los principales "hombres duros" del régimen? ¿No eran ya dueños de la calle?

Sin embargo, no todos compartían ese optimismo exterior. Los clientes del bar de Faustino, por ejemplo, pudieron advertir que Emiliano se mostraba ora nervioso e irritable, ora extrañamente taciturno. Si alguien se lo echaba en cara, solía responder:

— Vosotros no lo queréis ver, pero la lucha es mucho más difícil ahora que antes.



**Miércoles 10 de diciembre de 1969**

La puerta de la celda se abrió. Eusebio Martín, que reposaba en su camastro, se incorporó en un sobresalto de esperanza. En pie, con el busto insensiblemente inclinado hacia adelante, recorriendo con la mirada rápidamente a los tres recién llegados, todo su ser era una interrogación.

A uno de los tres lo conocía. Era el abogado que le había defendido, con más elocuencia que fortuna.

— Las cosas van por buen camino, amigo Eusebio. Todavía no puedo anunciarle su liberación, pero podría ser cuestión de semanas. Ya le explicaré. Pero voy a presentarle a estos amigos. Sancho Mínguez, pensador y escritor, y Mingo Sánchez, escritor y pensador.

— ¡Oh, no! —protestó el segundo de los presentados.— Al lado del maestro Mínguez yo no puedo adornarme con los mismos títulos que él. Además, lo que yo soy en realidad es un hombre de acción.

— Bueno, rectifico la presentación: Mingo Sánchez, hombre de acción —dijo el abogado condescendiente.

— Siento no poder ofrecer sillas a todos... —se disculpó Eusebio.

— No importa, no importa, nos sentaremos en la cama.

Así lo hicieron con cierta dificultad, pues los tres eran más bien rechonchos y de anchas posaderas, y el camastro no muy sólido. Eusebio ocupó, frente a ellos, la única silla disponible.

El hombre de acción tomó en seguida la palabra.

— Estábamos ansiosos de conocerle, Eusebio. ¡Vaya una revolución que ha desencadenado usted! Domingo tras domingo, durante ya siete meses, miles de encartelados en las calles. ¿Quién hubiera podido imaginarlo? Es el despertar de un pueblo, es sensacional. Las fuerzas antidemocráticas se repliegan. Estamos en vísperas de la victoria, la victoria más limpia, más brillante, más leal y más contundente que la democracia haya conseguido jamás. ¡Y decían que nuestro país no estaba hecho para la democracia! ¡Trujiberia está dando ejemplo al mundo!

Estaba entusiasmado. El pensador Sancho Mínguez —ojos de miope tras unos gruesos lentes— intervino entonces:

— Yo siempre lo he dicho: nuestro embolismo sociofuncional no era fruto de una carencia moral inmanente, sino simplemente de un desfase morético coyuntural.

Eusebio le miró desconcertado. Mingo Sánchez adoptó una actitud de respetuosa deferencia y explicó:

— Esa tesis la ha sostenido el Sr. Mínguez en su gran obra sobre "Alienación ideacional y praxis volitiva en la época postconciliar".

— ¡Ah! —dijo Eusebio.

— Al acudir a la *satyágraha* gandhiana con carácter iterativo ha estimulado usted con gran fortuna la volición social de sectores larítmicamente marginalizados. Es toda una cosmo-

visión de excepcional fuerza sugestiva la que va implicada en esa secuencia de eventos dominicales. Mas no hay que olvidar que en todo ideario en que predomina el elemento intuitivo hay siempre ínsito un cierto peligro de desvirtuación.

— ¿Peligro? —repitió maquinalmente Eusebio. Pero su pensamiento no estaba ya en las palabras de sus interlocutores. ¿Cómo habían conseguido estos señores autorización para visitarle en la celda? Si a éstos les habían dejado, ¿por qué no a Emiliano o a Manolo, por ejemplo? Tenía que decírselo al abogado. Le gustaría tanto charlar con los amigos...

El hombre de acción hablaba ahora otra vez:

— Oh, no hay que alarmarse demasiado. El Sr. Mínguez es un pensador profundo, y mira muy a lo lejos. Pero el peligro no es inmediato, y estamos a tiempo de prevenirlo. Precisamente hemos venido para hablarle de eso.

La mirada de Eusebio, sentado en una silla alta, caía distraída desde arriba sobre sus tres visitantes, cuyas cabezas alcanzaban un plano muy inferior. Le llamó la atención el contraste de las tres cabezas: a la izquierda el hombre de acción, de tez rojiza y abundante cabello ensortijado; en medio el pensador, con una hermosa calva y mirada ausente tras las gafas; y a la derecha el abogado, de pelo negro brillante y severamente pegado al cráneo. "Parecen muñecos del pim-pam-pum", pensó. Y se acordó de una barraca de feria que había visto años atrás, donde uno de los muñecos destinados a recibir pelotazos del público vestía algo que recordaba vagamente (¡oh, muy vagamente!) el uniforme de un militar de alta graduación. Aquel muñeco recibía el 80% de los pelotazos, pero la historia había terminado mal para el propietario de la barraca.

— ...servir la causa de la verdadera paz. ¿No le parece a usted?

Mingo Sánchez había hablado largamente, pero Eusebio no se había enterado de lo que decía.

— No sé qué decirle... —murmuró confuso.

— Pasada la fase de lanzamiento, hay que pensar en controlar el impulso —dijo el hombre de acción sin darse por enterado de la turbación de Eusebio.— Hay que evitar toda desviación. Los encartelados encarnan un proceso de renovación que no hay que dejar...

— Un proceso de anabolismo social, diría yo —precisó el de la calva.— Anabolismo acompañado de un cierto catabolismo, pues siempre la absorción de nuevas ideas implica la caducidad de viejos estados anímicos.

— Un proceso de anabolismo, eso es. Ese proceso no hay que dejarlo abandonado al azar del humor popular. Hay que tener cuidado de que la nueva arma pacífica no caiga en manos de cualquiera.

— Se trata sencillamente de escapar de la plutocracia sin caer en la olocracia, que es la antesala de la kakistocracia.

Eusebio se acariciaba la barba mientras observaba atentamente a los dos perorantes y al abogado, que se había refugiado en un silencio cortés. Dada la forma en que se habían sentado, si el abogado se levantara el primero era posible que el camastro se venciese del lado del de los rizos.

— Por eso nosotros hemos pensado que hay que prever desde ahora el mañana, y para ello es preciso dotar a la revolución de una jefatura visible.

El de la calva estaba sentado precisamente encima de una pata. En todo caso, era seguro que si se levantaran el abogado y el de la calva al mismo tiempo, el otro rodaría por el suelo.

— Concretando: se trata de encuadrar a los encartelados en una Asociación Nacional de Encartelados, con una presidencia y una secretaría. El presidente tiene que ser forzosamente usted, Eusebio, por derecho propio.

Esta vez Eusebio se enteró de lo que le decían. No se lo esperaba, y su primera reacción fue vacilante.

— Pero si hasta ahora ha ido todo bien sin asociación ninguna...

— Un momento, un momento —atajó Mingo Sánchez.— No es del todo exacto que no haya habido asociación ninguna. Algo se ha organizado y ha habido negociaciones entre bastidores.

— Pues los que lo han hecho, lo han hecho muy bien. No me necesitan para nada.

— Su modestia le honra, Eusebio. Pero usted es un símbolo, usted es la encarnación de una idea. Su persona es muy importante. Figúrese usted que el día de mañana cualquier desaprensivo, invocando su nombre y su ejemplo, iniciara una campaña de encartelados con fines bastardos. Es un riesgo posible. Usted se debe a la causa, Eusebio.

— No, no, déjenme ustedes de asociaciones. Es algo así como querer encerrarme en una jaula ya antes de salir de la cárcel.

— ¡Pero hombre, no diga eso! —protestó Mingo Sánchez.— Lo que queremos precisamente es protegerle, garantizar su libertad.

— Ese reflejo anticoercitivo es impropio —protestó a su vez Sancho Mínguez.— No debe usted transponer su circunstancial claustrofobia física al ámbito de lo metafísico.

Eusebio no se dejó impresionar.

— Ni claustrofobia ni narices. Yo sé por donde me ando. Eso de las asociaciones estará bien para ustedes, hagan ustedes todas las que quieran, y que tengan mucho éxito. Pero eso no va conmigo. Yo no soy ni un político ni un sabio. Yo soy un hombre que ha querido decir lo que piensa, y nada más. Y lo que pienso es sencillo y transparente como el agua. Para este viaje no se precisan alforjas.

— Pero usted, Eusebio, es el iniciador de la lucha no violenta en Trujiberia. No puede desentenderse de la empresa después de haberla iniciado.

— No me desentiendo, pero yo no soy quién para dirigirla.

— Si es por eso, no se preocupe. Ya le ayudaremos. Lo que hace falta es que reivindicque usted la paternidad de la idea y...

— Y que la guarde para mí y mis amigos y se la niegue a los demás. ¿No es eso? Pues no señor, no estoy de acuerdo. Si la idea es buena, que la aproveche todo quisque.

El hombre de acción puso cara de armarse de paciencia y se esforzó por seguir argumentando:

— Cuando alguien inventa un aparato o hace un descubrimiento científico, se apresura a patentarlo. En el plano de las ideas, salvadas las distancias...

— Yo no he descubierto más que la verdad. La verdad no es patentable.

— Pero de lo que se trata es de evitar que la táctica de los encartelados pueda ponerse al servicio de la mentira o del fraude.

— Lo de los carteles es secundario. Es táctica que usted dice no es más que la insistencia terca en la verdad —sentenció Eusebio, inconsciente de que su definición no hacía sino traducir la *satyágraha* del Mahatma Gandhi que minutos antes había invocado Sancho Mínguez.— Esté usted tranquilo, nadie conseguirá que la verdad se ponga al servicio de la mentira.

— ¡Sofisma, sofisma sutil, embolismático y anfibológico que desafía toda eubolia! —exclamó el sabio pensador escandalizado, elevando ambas manos al cielo.

En su gesto de protesta había echado el busto hacia atrás, en el preciso momento en que el abogado se ponía en pie. Las leyes de la física, complacientes con los íntimos deseos de Eusebio, hicieron que Sancho Mínguez y Mingo Sánchez rodaran aparatosamente hasta el suelo.

**Domingo 14 de diciembre de 1969**

**Domingo 21 de diciembre de 1969**

**Domingo 28 de diciembre de 1969**

**Domingo 4 de enero de 1970**

Frío. Cansancio. Desasosiego.

El frío estaba permanentemente presente en la calle, todos lo sentían como un enemigo taimado y temible que entumecía las voluntades.

El cansancio se notaba en las caras y en los ademanes, incluso de aquéllos que se esforzaban por disimularlo.

El desasosiego venía de la incertidumbre que causaba en los ánimos el pertinaz silencio de las autoridades. Cierta que cada domingo una comisión de encartelados —después de haber tenido que esperar varias horas en la calle— era recibida por un funcionario subalterno en la Presidencia del Gobierno. Pero el funcionario se limitaba sistemáticamente a escuchar a los encartelados y a decirles que el Gobierno estaba estudiando el asunto.

Era evidente que el Gobierno jugaba la carta del desgaste. Las fiestas de Navidad y de Año Nuevo, por otra parte, contribuyeron a dispersar la atención de los Villacorteses. Las calles llenas de adornos navideños y de vendedores de juguetes y golosinas no eran el mejor escenario para la prosecución de la campaña cívica. De un domingo a otro disminuía alarmanamente el número de militantes pacíficos. ¿Habría una recuperación después de las fiestas?

Frío. Cansancio. Desasosiego. Y una inconfesada pero cada vez más palpable desilusión.

**Domingo 11 de enero de 1970**

**Domingo 18 de enero de 1970**

**Domingo 25 de enero de 1970**

**Domingo 1 de febrero de 1970**

**Domingo 8 de febrero de 1970**

**Lunes 9 de febrero de 1970**

En una escuela de un barrio periférico se reunieron por la noche una treintena de personas. Eran los representantes de los diversos sectores de la oposición que, en mayor o menor medida, habían prestado su apoyo al movimiento de los encartelados. Demócrata-cristianos, socialistas, comunistas, azulnegros de izquierdas y hasta un grupo de monárquicos antidinásticos habían enviado a sus delegados. También estaban representados los obreros de la O.S.O.L., las C.L.T. (por Fernando Pedreña), los sindicatos libres de estudiantes (por Ramón Ubierna y otros dos estudiantes) y el sindicato clandestino de maestros (por el maestro de la escuela en que se celebraba la reunión).

Los organizadores habían convocado ésta con el mayor sigilo. La aparente tolerancia del nuevo Gobierno no inspiraba confianza.

Uno de los representantes de la O.S.O.L., que ocupaba la presidencia, resumió la situación y expuso el objeto de la reunión. El problema era este: desde que los encartelados no encontraban oposición alguna en la calle, el movimiento se estaba muriendo lentamente, no de muerte violenta, sino de muerte natural. La estudiada sordera del nuevo Ministro de la Gobernación estaba haciendo más para desanimar al pueblo que las rabetas del General Pega.

El representante del Partido Comunista pidió la palabra.

— Cualesquiera que sean las conclusiones a que lleguemos —dijo— estimo que no debemos apartarnos lo más mínimo de la línea de conducta no violenta. Sería un enorme error decir ahora que, porque las circunstancias han cambiado, ya no nos valen las consignas de combate incruento. Y sería traicionar la ilusión del pueblo. El movimiento de los encartelados ha nacido del corazón del pueblo, y mi Partido está siempre con el pueblo. Hay que seguir, no hay que desalentarse. El Partido Comunista está dispuesto a seguir jugando la carta de la no violencia, con toda sinceridad y sin ninguna clase de reservas.

Después de esta inequívoca declaración nadie osó, evidentemente, poner en tela de juicio el principio mismo de la no violencia. Pero varias voces se alzaron para lamentar la situación de pura pasividad a que la nueva táctica del Gobierno constreñía a los encartelados. Había que hacer algo para recobrar la iniciativa del ataque. Porque la renuncia a la violencia no significaba renuncia al ataque: en eso estaban todos de acuerdo.

Un demócrata-cristiano propuso cambiar del domingo a un día laborable la jornada se-

manal de los encartelados. Ello permitiría intentar el asalto pacífico de todos los ministerios y centros oficiales: los encartelados exigirían tercamente, en cada caso, ser recibidos por el ministro o alto funcionario responsable, entorpeciendo así la vida administrativa del país. La idea encontró algunos adeptos, pero hubo que desecharla ante la oposición decidida de los representantes de los obreros. No podía pedirse a los trabajadores que renunciaran semana tras semana a un día de salario, con los riesgos consiguientes de despido, represalias, etc.

Otras ideas apuntadas —ir a buscar a los ministros a sus casas, invadir todos los domingos las pistas de aterrizaje del aeropuerto, dejarse los carteles puestos durante toda la semana sin faltar al trabajo, tratar de forzar pacíficamente la entrada de la prisión donde aún estaba detenido Eusebio— fueron igualmente rechazadas. Finalmente, se tomó la decisión de activar la propaganda en provincias. Era preciso que en todas las ciudades importantes se organizaran cada domingo manifestaciones análogas a las de la capital para exigir que se convocaran elecciones a la Jefatura del Estado.

Los reunidos, sin embargo, se separaron con la convicción de que el movimiento de los encartelados atravesaba un delicado momento de crisis, y de que no era de aquella reunión de donde saldría la solución.

#### **Sábado 14 de febrero de 1970**

Algunos periódicos de la capital se atrevieron a publicar una nota comunicada por el Colegio de Abogados de Villacorte. Decía así:

*Ayer viernes, Su Excelencia el Mariscal Tranco recibió en audiencia a una comisión de representantes de los abogados de la capital, a cuyo frente se encontraba el Decano del Colegio de Abogados. La comisión hizo entrega a Su Excelencia de un escrito en el que más de 500 hombres de leyes firmantes (abogados, jueces, magistrados y fiscales) piden respetuosamente a la autoridad suprema del país que convoque elecciones a la Jefatura del Estado, según la legítima aspiración del pueblo.*

#### **Domingo 15 de febrero de 1970**

#### **Viernes 20 de febrero de 1970**

Ninguno de los periódicos de la ciudad pudo salir este día, a causa de un veto de última hora del Ministro de Información. Las informaciones que motivaron la medida, sin embargo, corrieron pronto de mano en mano y de boca en boca. Se trataba de tres declaraciones favorables a la convocatoria de elecciones: una, del Claustro de Profesores de la Facultad de Derecho, con su Decano al frente; otras, de un centenar de escritores y artistas; y la tercera del Presidente nacional de la Acción Católica, que decía hablar "en nombre de la gran mayoría de los hombres de Acción Católica y previa consulta con la jerarquía eclesiástica".

**Domingo 22 de febrero de 1970**

**Domingo 1 de marzo de 1970**

Sucesivamente, se fueron conociendo análogas declaraciones o tomas de posición de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de los Círculo Azulnegros, de la Asociación de Padres de Familia, del Sindicato Nacional de Ferrovianos, del Colegio de Notarios, del Club de Amigos de la Unesco, de la Asociación Pro Derechos Humanos, de la Hermandad de Alféreces Provisionales y de la Asociación para la Importación del Bacalao.

Estos importantes apoyos morales levantaron algo, sin duda, los ánimos algo mustios de los villacorteses. Mas era todavía imposible predecir de qué lado terminaría por inclinarse el fiel de la balanza. O, como decía Emiliano, la pelota estaba todavía en el tejado.

**Sábado 7 de marzo de 1970**

El bar de Faustino, situado en la periferia de la ciudad y en una de sus más importantes salidas por carretera, recibía a veces muy de mañana algunos clientes madrugadores: los camioneros, clientes habituales aunque intermitentes, que gustaban de reconfortarse con un café o un chinchón y un rato de palique antes de encerrarse para varias horas en las cabinas de sus camiones. A Faustino también le agradaban sus visitas, especialmente cuando le traían noticias de otras ciudades o regiones.

Aquella mañana el primero que se presentó fue un hombre macizo, de grueso cuello y anchas espaldas. Su silueta era rectangular, no sólo de frente sino de perfil: el plano horizontal de la boina negra con que se cubría formaba ángulo recto, por delante, con la frente y la nariz, colocadas ambas en la misma línea vertical, y por detrás con la nuca y la espalda, que también parecían cortadas de un solo tajo.

— ¡Hombre, Gabino! Hacía mucho tiempo que no se te veía por aquí.

El interpelado se quitó la boina y tendió a Faustino, por encima del mostrador, una fuerte mano de trabajador. El del bar se apresuró a servirle una copa y se dispuso a escuchar. El recién llegado era uno de sus mejores medios de información para cierta parte del país.

— ¿Vienes de allá?

— De allá vengo.

— ¿Y qué noticias traes?

— Pocas. Allá todo sigue igual.

Faustino sonrió Sabía que a Gabino le gustaba hacerse de rogar, pero que nunca pasaba por el bar sin contar algo de interés.

— Algo nuevo ya habrá. Parece que el clero anda muy revuelto ¿no?

— Caro ya lo pagan, ya.

— ¿Han procesado a alguno más?

— Con multas los baldan ahora.

— ¿Pero las pagan?

— Pues mira, el párroco de Edozeinerri no quiso pagar. Había dicho algunas verdades en un sermón. El gobernador que lo supo, multa que tiene el padre Mingainluze. ¿Que no paga? Pues motocicleta que se le incauta, y se vende en subasta. El día de la subasta, todo el pueblo estaba. Corrieron la voz de que nadie pujara, y sin vender se quedó la moto. ¿Ah, sí? A subasta otra vez, tres días después. Esta vez vino uno que no era del pueblo, policía debía ser, y se llevó la moto por cuatro cuartos. Y como este ha habido ya otros casos.

— Evidentemente, la gente tiene más simpatía por los curas que por los policías.

— En los pueblos, sí. En Nerviona es otra cosa, allí hay de todo. Incidentes en iglesias, ha habido cantidad. A más de uno, en medio del sermón, le han gritado que no se meta en política.

— ¿No ha vuelto a haber más manifestaciones de curas por las calles?

— Hombre, eso no se puede hacer cada día.

— ¿Y los obreros?

— Les atizan fuerte a poco que se muevan. Multas y deportaciones. En la empresa Pa-keburdiñ, seis que habían deportado, ahora al volver no les admiten de nuevo. Sus compañeros organizaron una colecta para ayudarles, y han procesado a los enlaces sindicales: les acusan de recaudar dinero.

Gabino contó otros varios sucesos, dando nombres y detalles. Habló también de los estudiantes.

— Los policías ven rojo en cuanto tienen delante a un grupo de estudiantes. Los de no sé qué escuela iban cantando por la calle. El paso del Ecuador, que dicen ellos. Nada de política, inocentes eran los pobres. Pero los grises, dando palos encima los tenían, cuando menos lo pensaban. A uno, hecho una lástima lo dejaron.

Finalmente, el camionero puso una moneda sobre el mostrador y dijo que tenía que marcharse, pues tenía mucho camino hasta Turiana. Mientras le daba la vuelta de su moneda, Faustino pensaba que en realidad esta vez sólo había traído anécdotas, nada verdaderamente importante.<sup>16</sup>

— Hasta la vuelta, Faustino. A ver lo que me cuentan en Turiana, creo que allí también le dan trabajo a la poli. Ah, otra cosa. A tus clientes les interesará esto.

Sacó del bolsillo unos papeles, los dejó en el mostrador y dio media vuelta. Ya estaba fuera del bar cuando Faustino cogió una de las octavillas y leyó el título:

### *Aberri-Eguna 1970 en Villacorte*

Durante el resto del día, Faustino tuvo que explicar el asunto repetidas veces, cosa que hacía muy gustoso.

— "Aberri-Eguna" quiere decir Día de la Patria. La patria, para ellos, es naturalmente Iparaberría. Todos los años celebran los aberritarras esta fiesta el domingo de Resurrección. Cada año en una ciudad distinta, aunque hasta ahora siempre había sido dentro de su



tierra. Y cada año tiene la policía que guardar las carreteras y tratar de cortarles el paso.<sup>17</sup>

— ¿Pero por qué? —había preguntado inocentemente Plácido.— ¿Es que se reúnen para algo malo?

— ¡Anda, pues porque son separatistas! —exclamó Manolo.

En este punto intervino Emiliano.

— No digas eso. No sé, pero cuando les llamamos separatistas a mí me parece que nos ponemos de uñas y mostramos que nos estamos dispuestos a comprender. Y entonces resulta que los separatistas somos nosotros.

El pensamiento era probablemente demasiado sutil para Manolo.

— Pero ellos se quieren separar, ¿sí o no?

— Sobre esto habría mucho que hablar. Por lo pronto, mira lo que dice aquí. —Emiliano señaló con el dedo la octavilla que tenía en la mano y leyó:— "El Aberri-Eguna de este año será tanto una afirmación de nuestra voluntad de defensa de las libertades aberritarras como una afirmación de solidaridad con los encartelados villacorteses en su admirable lucha pacífica" ¿Qué os parece?

Hubo murmullos de aprobación. Alguien preguntó:

— ¿Y cuándo vendrán entonces los aberritarras?

— El domingo de Pascua, que es el 29 de marzo.

### **Domingo 8 de marzo de 1970**

### **Sábado 14 de marzo de 1970**

En Capicasal, primera ciudad de la industriosa región de Setcomtats, los primeros encartelados habían hecho su aparición en febrero. Sin embargo, antes del episodio del 14 de marzo las procesiones pacíficas no habían podido reunir a más de dos o tres centenares de encartelados. Debe tenerse en cuenta que los métodos del caído General Pega seguían vigentes en Capicasal: el gobernador civil —ateniéndose sin duda a instrucciones recibidas de la corte— no practicaba en su ciudad la misma tolerancia que las autoridades centrales, bien a pesar suyo, mostraban en la capital del reino. Los manifestantes de las Ramblas se veían obligados, por consiguiente, a jugar el juego de las dispersiones y los reagrupamientos al compás de la mayor o menor actividad policial.

Un hecho nuevo, al parecer sin gran importancia, vino a transformar completamente el ambiente. El sábado 14 de marzo, el popular cantante Raimundus dio un recital en un teatro de la ciudad. Como siempre, había tenido que presentar su programa previamente a la aprobación de la censura, y los censores habían prohibido dos o tres de sus más osadas canciones de protesta. Como siempre también, su éxito fue grande. Al final de su actuación, ante los aplausos insistentes del público, Raimundus se dispuso a obsequiar a sus admiradores con una canción de propina.

Se hizo el silencio en la sala. En el escenario no había más que Raimundus, su guitarra y una silla. El cantante dio dos vueltas despacio en torno a la silla, al compás de unas notas de

su instrumento, sin abrir la boca. Después se alejó hacia el fondo y, presentando al público la palma de la mano en gesto que quería decir "Esperad un momentito", desapareció tras un bastidor. La perplejidad de los espectadores sólo duró un segundo. Raimundus apareció de nuevo, y todos vieron que ahora llevaba pegada en el pecho una hoja de papel blanco. Hubo murmullos, risas y aplausos. Siempre rasgueando su guitarra, Raimundus dio otro par de vueltas por el escenario, con lo cual pudo verse que también en la espalda llevaba una hoja de papel. Después se sentó y comenzó a cantar, con voz grave y ritmo lento:

*Jo he vist  
un poble de pau  
cridar en silenci  
la seva voluntat;*

*Jo l'he vist respondre  
amb llum a la nit,  
amb amor a l'odi,  
amb riure a la por.*

Y bruscamente, en una explosión de energía:

*Si!  
Jo dic si!  
Diguem si!  
Compteu amb nosaltres també!*

La ovación fue apoteósica.

Aquella noche, Raimundus durmió en la comisaría de policía, pero el día siguiente,

**Domingo 15 de marzo de 1970,**

los encartelados de Capicasal se contaron no por centenares sino por millares.

**Domingo 22 de marzo de 1970**

*De La Vanguardia Trujíbera:*

*El Arzobispo de Capicasal, Monseñor Sociález, nos comunica la siguiente nota con ruego de su publicación:*

*Con motivo de ciertos incidentes que vienen ocurriendo en nuestra ciudad, nos creemos obli-*

*gados a recordar a todos los sacerdotes de esta diócesis que nunca tienen que participar en manifestaciones que, además de estar prohibidas por la ley, afectan a problemas que no son de su competencia y que, además, crean la división entre las almas.*

## **Martes 24 de marzo de 1970**

*De La Vanguardia Trujíbera:*

*APARECEN UNAS MANCHAS DE PINTURA EN LAS PAREDES DEL PALACIO ARZOBISPAL*

*A primeras horas de la mañana de ayer aparecieron manchadas de pintura algunas de las paredes exteriores del edificio del Palacio Arzobispal. Fue requerido el Servicio de Extinción de Incendios y Salvamento para borrarlas, quien después de cumplir su misión y haberse retirado fue llamado de nuevo para realizar la misma operación ya que volvieron a aparecer manchas, que igualmente fueron borradas.<sup>18</sup>*

## **Domingo 29 de marzo de 1970**

El Aberri-Eguna de 1970 fue un éxito que sorprendió a sus propios organizadores.

No se esperaba, en primer lugar, que los aberratarras consiguieran llegar a la capital en número tan elevado. La policía había establecido controles en la carretera desde varios días antes, y fueron muchos los vehículos con matrícula de Nerviona, Easo y Gazteana que quedaron interceptados en Cidiana, Numantina, Pincia y otros lugares. Tampoco el viaje en tren era fácil, pues los que sólo podían exhibir documentación de residentes en Iparaberría corrían el riesgo de verse obligados a descender en cualquier estación del trayecto o de quedar bloqueados en la de Llegada. Y sin embargo, fueron numerosísimos los aberratarras que hicieron acto de presencia en el lugar y el día fijados. Los cálculos oscilaron entre "poco más del millar" (estimación del Ministro de Información en una nota que publicó la prensa el día siguiente) y "unos 25.000" (estimación de un corresponsal de prensa extranjero). Se habló después de que muchos policías subalternos empezaban a pensar por su cuenta y no extremaban el celo en el cumplimiento de las órdenes superiores. Sin negar la parte de verdad que pudiera haber en esto, no hay que olvidar tampoco que los aberratarras poseían ya una larga experiencia, acumulada año tras año, en esta clase de juego.

También superó todas las esperanzas la actitud de los villacorteses para con sus huéspedes, como se vio especialmente la noche del sábado. Ante la dificultad de encontrar alojamiento en hoteles y pensiones, que aparte de estar llenos eran visitados a menudo por la policía, muchos jóvenes aberratarras aceptaron la hospitalidad de familias villacortesas. El ofrecimiento surgía espontáneo, en la calle. Hubo casa particular que se arregló para albergar a 15 ó 20 jóvenes, unos en camas y otros mejor o peor instalados en el suelo. El hijo de Manolo, por su parte, se había presentado en casa por la noche con cuatro forasteros de su edad: "Dos pueden dormir en la peluquería —había dicho a sus padres— y otros dos conmigo." Y al objetársele que su cama era demasiado estrecha, había insistido: "Nos turnaremos; cada uno tendrá por lo menos sus tres horitas de cama. Ellos están de acuerdo."

El domingo, la fuerza pública no intervino. Aberritarras y villacorteses pudieron circular libremente, ostentando unos y otros sus carteles. Los primeros (que como distintivo habían pintado en una esquina de sus carteles, obedeciendo a una consigna, una banda roja y otra verde separadas por un espacio blanco de igual anchura) aportaron una nota pintoresca y sonora no prevista en el programa de Eusebio. Muchos iban danzando por las calles al son del chistu, otros entonaban canciones que eran escuchadas con agrado y simpatía, aunque su lenguaje fuera totalmente incomprensible para los villacorteses.

No hubo incidente alguno. Por todas partes confraternización, alegría, danzas populares y botas de vino pasando de mano en mano. Se oyeron gritos de "Gora Iparaberrria azkatuta" y "Viva Trujiberia federal" que fueron clamorosamente coreados.

Por la noche, cuando regresó a su casa después de comentar la jornada con sus amigos del bar, Manolo se sentía optimista. Su hijo, que durante todo el día había acompañado a sus cuatro nuevos amigos, le salió al paso enseñándole una voluminosa fuente de pasteles.

— ¡Papá, mira lo que nos han mandado los separatistas!

Ante el asombro del chico, Manolo explotó indignado:

— ¿Separatistas? Llámales regionalistas, nacionalistas, o... aberritarras sencillamente. ¡Pero no les insultes, qué caray!

### **Domingo 5 de abril de 1970**

Las noticias que llegaban de Capicasal y el fraternal empujón dado por los aberritarras fueron el estímulo que movió a la burguesía villacortesa para, perdido totalmente el miedo, lanzarse en bloque a la calle al lado del pueblo. Hubo toreros, artistas de cine, escritores y pintores que (un poco tardíamente, es cierto) se colgaron carteles especialmente llamativos para cultivar su popularidad. También las agencias de publicidad se decidieron a meter baza en el asunto, repartiendo miles de carteles es los que, junto al "Pedimos respetuosamente elecciones a la Jefatura del Estado, estampado en hermosas letras de molde, podía leerse en una esquina, en caracteres más pequeños: "Ofrecido por Jabones Blancanieves", u "Obsequio de Radiadores Taquearde, siempre a la punta del progreso". Varios operadores cinematográficos nacionales y extranjeros filmaban las escenas callejeras, sin que la policía les molestara. Que el encartelamiento no suponía ya peligro ninguno, puede verse en estos dos significativos ejemplos de carteles. Uno, de una joven:

*Mi novio quiere verme  
encartelada,  
porque entre dos carteles  
voy bien guardada.*

Otro, de un estudiante:

*Guardia amigo, guardia hermano:  
ayer me dabas de palos;  
hoy miras desconfiado;  
pronto me darás la mano.*

En la Presidencia del Gobierno se presentaban constantemente delegaciones de sindicatos, profesores de universidades e institutos y asociaciones de la más diversa índole que se limitaban a entregar un escrito en la conserjería. En la calle, un grupo de control organizado por los propios encartelados llevaba la contabilidad de todas las solicitudes presentadas.

**Lunes 6 de abril de 1970**

**Martes 7 de abril de 1970**

**Miércoles 8 de abril de 1970**

Al Palacio de El Cardo seguían llegando innumerables súplicas escritas, de las más diversas procedencias y contenido. Unas venían por correo, otras eran transmitidas por diversos servicios del Estado, otras eran entregadas en mano en el propio Palacio. Las había procedentes de Villacorte, de otras ciudades y pueblos del país y también de grupos de trujiberos residentes en el extranjero. Casi todas llegaban a ser de dominio público, aunque los periódicos sólo dieran cuenta de algunas, en términos ora velados ora explícitos. En hojas sueltas, impresas clandestinamente, empezaron a circular listas de personalidades e instituciones que suscribían la petición de elecciones. He aquí una de esas listas:

*Presidente del Tribunal Supremo*

*7.000 criadas de servicio residentes en París*

*Sindicato de Economistas al Servicio de los Bancos*

*5 procuradores en Cortes*

*3 Diputaciones Provinciales en pleno*

*Compañía de Seguros la Previsora del Porvenir*

*Hermanidad de Monárquicos Leovigildistas*

*Instituto de la Opinión Pública y Semipública*

*Presidente de la Real Academia de la Lengua*

*Cuerpo Municipal de Barrenderos y Recogedores de Carteles Usados*

*Sociedad de Marxistas Burgueses de Centro*

*Sociedad "Por las Finanzas hacia la Salvación Eterna"*

*Unión de Europeístas Unionistas*

*Federación de Europeístas Federalistas*

*Sindicato de Catedráticos no Destituidos ni Confinados*

*Arzobispo de Atrulia*

*Obispo de Montipol*

**Jueves 9 de abril de 1970**

De los periódicos:

*AUDIENCIA MILITAR DE SU EXCELENCIA EL JEFE DEL ESTADO.- En el día de ayer, Su Excelencia el Jefe del Estado ha recibido en audiencia a los siguientes señores: Excelentísimo Señor General Jefe de la 11ª Región Militar; Excmo. Sr. General Jefe de la 10ª Región Militar; Excmo. Sr. General Jefe de la 9ª Región Militar; Excmo. Sr. General Jefe de la 8ª Región Militar; Excmo. Sr. General Jefe de la 7ª Región Militar; Excmo. Sr. General Jefe de la 6ª Región Militar; Excmo. Sr. General Jefe de la 5ª Región Militar; Excmo. Sr. General Jefe de la 4ª Región Militar; Excmo. Sr. General Jefe de la 3ª Región Militar; Excmo. Sr. General Jefe de la 2ª Región Militar.*

De un editorial del semanario *¿Por qué?* (edición intercontinental):

*Nadie puede poner en duda nuestra lealtad a Tranco, el mejor gobernante que los trujíberos han tenido en los últimos tres siglos por lo menos. Lejos de nosotros, pues, la idea absurda de buscar quien le sustituya con ventaja. No se trata de eso, ni el problema se plantea en esos términos, sino más bien en estos otros: si el Mariscal decidiera un día por sí mismo concederse un descanso al que los altos e ininterrumpidos servicios prestados a la patria le dan perfecto derecho, ¿quién le sucedería? Pues bien: planteada así la cuestión, y después de sopesar serenamente los pros y los contras, nosotros no tenemos reparo en declarar que, a nuestro juicio, no hay motivo alguno para oponerse a la elección del nuevo Jefe del Estado por sufragio universal. Tranquilícense quienes temen que ese procedimiento pudiera abrir cauce a extremismos que nadie desea. La madurez política y el buen sentido del pueblo trujíbero son garantía de que el sucesor del Mariscal Tranco ha de ser, de todas maneras, un fiel continuador de los rumbos seguidos en estos tres decenios. ¿Elecciones a la Jefatura del Estado? ¿Y por qué no?*

**Viernes 10 de abril de 1970**

De los periódicos:

*AUDIENCIA MILITAR DE SU EXCELENCIA EL JEFE DEL ESTADO.- En el día de ayer, Su Excelencia el Jefe del Estado ha recibido en audiencia al Excmo. Sr. General Jefe de la Primera Región Militar.*

Sábado 11 de abril de 1970

De los periódicos:

*El Ministro de Información comunica que esta noche a las 10 Su Excelencia el Mariscal Tranco, Jefe del Estado Trujíbero y Generalísimo de los Ejércitos, pronunciará una alocución televisada en la que dará a conocer importantes decisiones relativas a la organización política del país.*

En el salón de actos del Ateneo se había instalado un receptor de televisión para que todos los socios pudieran ver y escuchar las declaraciones del Mariscal. El salón estaba de bote en bote, aunque todavía faltaba media hora para el comienzo de la emisión. Tere Arizqueta y Ramón Ubierna trataban en vano de encontrar asientos.

— ¡Mira, Tere! Allí está Fernando con su novia.

— ¿Fernando Pedreña tiene novia? ¿El asceta inflexible y antirromántico?

— Pues se ha ido a enamorar de la manera más romántica. Ven, te la voy a presentar.

Consiguieron abrirse paso hasta ellos. Fernando estaba radiante, eufórico. A Tere le pareció que había engordado.

— ¿Cómo has hecho, chica? —preguntó a la joven rubia.— A tu novio antes no había quien lo ablandara.

— Fue culpa de su pelo —explicó Fernando.

— ¿De su pelo?

— Es que unos energúmenos me quisieron dejar pelona —dijo ella.— Aún se me ponen los pelos de punta si pienso en ello.

— Y a mí me gustó porque la vi tan difícil de pelar.

— No me tomes el pelo tú ahora. Di más bien que estabas hasta los pelos de ascetismo barato y cogiste la ocasión por los cabellos.

— Al contrario, el matrimonio siempre me ha parecido una aventura peliaguda.

— Eres un... repelente. Cualquiera diría que te casas a contrapelo.

— ¿Estáis pelando la pava o armando una pelotera? —interrumpió Tere.

— ¡Pelillos a la mar! —dijo Fernando haciendo el gesto de sacudírselos.— La verdad es que esta joven melenuda me viene al pelo.

Ramón intervino:

— Bueno, ¿y cuándo te cortas la coleta de tu soltería?

— Eso de la coleta está un poco traído por los pelos —respondió Fernando.— Te diré que la cosa está pendiente de un cabello. ¿Y si nos casáramos el mismo día de las elecciones?

— Me parece una idea... descabellada!

También Faustino había instalado en su bar un televisor. La animación allí era extraordinaria y el vino corría generosamente. Faustino iba sudoroso de una mesa a otra. Emiliano pontificaba rodeado de sus amigos. Joaquín asentía de vez en cuando con un "¿verdad que sí?" y se mordía nerviosamente las uñas mientras vigilaba la pantalla. Manolo no estaba menos nervioso y preguntaba a todos como si esperara que alguien pudiera anticiparle lo que iba a decir el Mariscal. Sólo Plácido conservaba su placidez imperturbable.

— Entonces, ¿no teméis que nos llevemos un chasco esta noche? —preguntó una vez más Manolo.

— Con el Mariscal nunca se sabe —apuntó Plácido.— Puede salir por donde menos se espere.

— No, no tiene tanta imaginación —protestó Emiliano.— Además, le tenemos entre la espada y la pared. Puedo equivocarme, pero yo creo que convocará elecciones.

— ¿Pero serán sinceras esas elecciones?

— Eso ya es harina de otro costal. Es muy probable que traten de hacer trampa. Pero fijaros bien en lo que os digo: unas elecciones falseadas son el primer paso para conseguir después unas elecciones sinceras. Y las conseguiremos. Ahora ya conocemos el camino.

— ¿Verdad que sí?

Varios enérgicos ipssch! reclamaron silencio. El Mariscal iba a aparecer en la pantalla. Ciento nueve bocas enmudecieron y doscientos diecisiete ojos (había un tuerto) se clavaron en el televisor. El Mariscal comenzó:

"¡Trujíberos todos! Prosiguiendo la línea de institucionalización del régimen que desde el principio nos hemos trazado, me dirijo hoy..."

El volumen de la voz disminuyó de pronto hasta hacerse inaudible. Durante dos segundos hubo un silencio total, mientras el Mariscal seguía moviendo los labios con expresión solemne. Faustino se precipitó hacia el televisor y se puso a manipular desesperadamente los botones y a dar palmaditas nerviosas en la caja del aparato, al tiempo que en la sala estallaba una salva de imprecaciones.



*La primera versión de esta novela-programa se escribió entre diciembre de 1965 y junio de 1966. La versión definitiva se terminó el 24 de agosto de 1967.*

## APÉNDICE DOCUMENTAL

Documento nº 1

### SENTENCIA DEL TRIBUNAL DE ORDEN PÚBLICO

(Extractos)

En Madrid, a doce de febrero de mil novecientos sesenta y nueve.

VISTA en juicio oral y público ante este Tribunal la causa procedente del Juzgado de Orden Público, seguido de oficio por el delito de impresión clandestina, contra GONZALO ARIAS BONET, de 43 años de edad,... natural de Valladolid y vecino de París (Francia)..., de estado casado, de profesión traductor, sin antecedentes penales, de buena conducta... y contra FÉLIX VILLAMERIEL ANTOLÍN, de 32 años de edad,... natural de Santander y vecino de esta ciudad..., casado, profesor, sin antecedentes penales, de buena conducta...

PRIMER RESULTANDO: Probado y así se declara, A) Que el encartado GONZALO ARIAS BONET, residente habitual en Francia, publicó a sus expensas una obra, por él escrita, titulada "Los encartelados", ... habiendo enviado a España por correo o cualquier otro medio, pero siempre al margen de las normas reguladoras de la impresión de las publicaciones unitarias, un número de impresos no determinado concretamente, pero desde luego alto, libros que hizo llegar a cuantas personas pudo; en el preámbulo de la citada novela se dice: "Esta novela es un programa. El autor, que por razones evidentes oculta provisionalmente su nombre, se propone iniciar en persona la ejecución del primer capítulo el 20 de octubre de 1968, confiando en que otros tomarán a su cargo la ejecución de los restantes. G.A.". B) Cumpliendo este anunciado proyecto, el día 20 de octubre último el citado procesado ARIAS BONET, sobre las 12 horas y 30 minutos<sup>19</sup>, cubrió su torso con dos carteles idénticos, de 30 x 50 cms., en los que ponía "En nombre del pueblo español (deseoso de seguir el ejemplo cívico de los guineanos)<sup>20</sup> pido respetuosamente que se convoquen elecciones a la Jefatura del Estado" y, en vertical, "No violencia"; además, por si le eran arrancados los carteles, pintó sobre la piel de su pecho, dorso y brazos las mismas frases, y de tal guisa empezó a pasear lentamente por la acera derecha de la calle de la Princesa de esta ciudad, desde la Moncloa, en dirección a la Plaza de España, siendo detenido a la altura de la calle de Alberto Aguilera, habiendo despertado la curiosidad de los transeúntes durante su caminata, pero sin que con ello se hubiera alterado la normalidad en aquella zona. C) Sobre las 13 horas del mismo día<sup>21</sup> el inculpado FÉLIX VILLAMERIEL ANTOLÍN, quien no conocía a Arias, pero había leído su obra, empezó a caminar por la misma acera de la misma calle y en la misma dirección portando otros dos carteles que ponían "No a la violencia", siendo detenido en la Plaza de España; el Ministerio Fiscal retiró la acusación contra este procesado en el acto del juicio oral.

SEGUNDO RESULTANDO: Que el Ministerio Fiscal, en sus conclusiones definitivas, calificó los hechos procesales como constitutivos de sendos delitos de impresos clandestinos y contra las Leyes Fundamentales...

...

SEGUNDO CONSIDERANDO: Que los hechos que se declaran probados en el apartado A) del relato fáctico no son constitutivos del delito previsto en el artículo 165 del Código

Penal, habida cuenta que en el párrafo 2º del citado precepto se consideran impresos clandestinos aquellos que no reúnen los requisitos previstos en la Ley de Prensa e Imprenta... mas en el presente caso la obra, unitaria, ha sido impresa en Francia y traída a nuestra nación y difundida en ella sin acatarse lo preceptuado en el número 2º del artículo 35 de la citada Ley... y la conculcación de estas normas puede ser constitutiva de la infracción administrativa muy grave... debiendo ser sancionada por la Administración, pero sin que tal acto antijurídico caiga bajo la férula de los artículos [referentes a impresos clandestinos], dados para las obras editadas en España...

TERCER CONSIDERANDO: Que el hecho relatado en el apartado B) del Primer Resultando de esta resolución es constitutivo del delito previsto en el artículo 164, bis, a), párrafo 2º, del Código Penal, habida cuenta que 1º) El hecho de portar carteles a lo largo de una vía de gran tránsito, al mediodía, siendo observado por los presentes, obviamente numerosos, dada la hora y el lugar, es constitutivo de actos difusorios de un concepto o pretensión; 2º) El contenido de los carteles (petición de elecciones para la Jefatura del Estado) ataca a las Leyes Fundamentales, cúspide de nuestro sistema legislativo, y concretamente los artículos 3º, 6º 7º 8º y 9º de la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, Ley Fundamental de la nación por virtud de lo establecido en su propio artículo 10, produciéndose tal ataque por propugnarse un medio de designación del Jefe del Estado al margen de la citada normativa, variable sí, pero siempre de acuerdo con las previsiones de la Ley de Referéndum Nacional; y 3º) La citada actuación fue imaginada, programada detalladamente y realizada por el propio encartado espontánea y conscientemente, con perfecta y plena previsión y divulgación previa de lo luego realizado.

...

FALLAMOS: Que debemos condenar y condenamos al procesado GONZALO ARIAS BONET, como responsable en concepto de autor de un delito contra las Leyes Fundamentales, sin la concurrencia de circunstancias modificativas de la responsabilidad penal, a la pena de SIETE MESES de prisión menor y multa de DIEZ MIL pesetas, con arresto sustitutorio de treinta días en caso de impago, con sus accesorias de suspensión de todo cargo público, profesión, oficio y derecho de sufragio durante el tiempo de duración de la condena y al pago de las costas causadas, en un tercio de su totalidad, y debemos ABSOLVER Y ABSOLVEMOS libremente a FÉLIX VILLAMERIEL ANTOLÍN del mismo delito, por el que le fue retirada la acusación por el Ministerio Fiscal, y a GONZALO ARIAS BONET del de impresión clandestina por el que fue acusado, quedando de oficio los dos tercios restantes de las costas causadas.

...

## CARTA DE ADVIENTO

Queridos amigos:

Una vez más recorro al procedimiento de la carta circular para informaros de la evolución del asunto "encartelados". Permittedme en primer lugar que recuerde el último episodio.

### Declaración de 9 de abril de 1969

Este día entregué a los representantes de la prensa nacional y extranjera, así como a las autoridades, la declaración siguiente:

"El 20 de octubre de 1968, con el fin de mostrar la forma que podría adoptar un movimiento democrático de no-violencia activa, y cumpliendo lo anunciado en mi libro *Los encartelados*, salí a la calle con carteles fijados en pecho y espalda en los que pedía elecciones a la Jefatura del Estado. Me siguió Félix Villameriel, cuyos carteles se limitaban a proclamar "No a la violencia".

Procesados ambos, el Tribunal de Orden Público dictó sentencia el 12 de febrero pasado, absolviendo libremente a Félix Villameriel y condenándome a mí, por delito contra las Leyes Fundamentales, a siete meses de prisión menor y multa de 10.000 pesetas. Contra esta sentencia he interpuesto recurso ante el Tribunal Supremo.<sup>22</sup>

La absolución de Villameriel y el tenor de los considerandos de la sentencia permiten suponer que un movimiento de no-violencia activa que cuidara de mantenerse dentro de la legalidad formal vigente no sería reprimido por las autoridades policiales ni judiciales de la nación. Por otra parte, no parece imposible orientar tal movimiento, incluso dentro de la legalidad vigente, de tal manera que ofrezca un cauce a las aspiraciones democráticas de los españoles.

Los adeptos de la no-violencia activa sostenemos que, en caso de conflicto agudo entre las leyes y la conciencia individual, es ésta la que ha de prevalecer; pero en modo alguno propugnamos la desobediencia sistemática a las leyes, sino que creemos que una actitud de civismo escrupuloso y de máximo respeto a los poderes constituidos, en la medida en que ello sea compatible con la justicia y la verdad, es necesaria para crear y mantener un clima de convivencia y de comprensión.

Teniendo esto en cuenta, he decidido lo siguiente:

1. El próximo domingo 13 de abril, a las doce del día, saldré de mi domicilio provisional en Madrid (calle de Ferraz, 14), portador de sendas cartas para el Jefe del Estado y para el Presidente de las Cortes, que depositaré en los buzones del Palacio de Comunicaciones, en la Plaza de la Cibeles.

2. El texto de estas cartas será como sigue: "En virtud del artículo 21 del Fuero de los Españoles, pido respetuosamente a Vuestra Excelencia (o a las Cortes) que elabore (o elaboren) un proyecto de ley tendente a modificar la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado en el sentido de que pueda procederse a la elección del Jefe del Estado por sufragio universal, y que someta (o sometan) ese proyecto, en cumplimiento del artículo 10 de la citada Ley de Sucesión, al referéndum de la nación."

3. Llevaré esas cartas sujetas de manera visible en el pecho y la espalda, hasta el momento de meterlas en sus respectivos sobres para echarlas al buzón.

4. Repetiré el mismo gesto en domingos sucesivos, salvo que me vea impedido por fuerza mayor.

5. Invito a los españoles a realizar actos análogos, ya sea suscribiendo mi petición, ya sea ejercitando su ingenio para encontrar otras formas de propugnar la "no-violencia activa" como norma de la vida política del país.

6. Dadas las especiales circunstancias de nuestro país, en virtud de las cuales no disponemos de una libertad de opinión y de expresión que fue elemento decisivo en las campañas de Gandhi y de Martin-Luther King, apelo especialmente a la conciencia democrática de la prensa internacional, a la que ruego que difunda esta declaración lo más ampliamente posible.

Por último, y a manera de complemento de esta declaración, quisiera añadir unas palabras para aclarar mi propósito. Con la humildad que me da la conciencia de mi pequeñez, pero con la firmeza que me da el convencimiento de interpretar el sentir de la gran mayoría, yo quisiera pedir al Gobierno que no tenga miedo de escuchar al pueblo. En la España de hoy, como en todo régimen autoritario, hay una tendencia a ver intentos de subversión en todo lo que sea expresión de la voz del pueblo. No hay un clima democrático. La oposición política se queja de que en treinta años el Gobierno no ha hecho nada, o muy poco, para educar democráticamente al pueblo. Esto es cierto, pero yo me pregunto: ¿Qué ha hecho el pueblo para educar democráticamente al Gobierno? Mi punto de vista es que si los gobernantes no educan al pueblo en la práctica de la democracia, es el pueblo el que debe educar a los gobernantes en esa virtud. Tal es el sentido de mi intento."

### Detención y procesamiento por "delito de propaganda ilegal"

El propio Tribunal de O.P. describe así lo ocurrido el 13 de abril de 1969:

"En ejecución de lo anunciado, el día trece del expresado mes y año, sobre las doce horas y quince minutos, el procesado llegó a la calle de Ferraz de Madrid en un taxi, del que descendió... portando dos bolsas de viaje en las que, una vez detenido, se comprobó tenía, aparte de otros efectos, dos sobres ya franqueados, dirigidos al Excmo. Sr. D. Francisco Franco y Excmo. Sr. Presidente de las Cortes y una copia del texto antes transcrito. Al tiempo de ocurrencia de los hechos se apreció la presencia de algunas personas en las inmediaciones de dicho lugar, unas con máquinas fotográficas, que prorrumpieron en aplausos al practicarse la detención del encartado."

El TOP consideró que mi conducta era constitutiva del delito de propaganda ilegal previsto en el artículo 251, núm. 4, del Código Penal ("...los que realicen propaganda de todo género y en cualquier forma... para... realizar o proyectar un atentado contra la seguridad del Estado, perjudicar su crédito, prestigio o autoridad o lesionar los intereses u ofender la dignidad de la Nación española"), y me impuso una nueva condena de siete meses de prisión y multa de 10.000 pesetas.

### Sentencia absolutoria del Tribunal Supremo

Interpuesto recurso de casación ante el TS, éste se pronunció el 23.11.70 anulando la sentencia del TOP y absolviéndome libremente del delito de que se me acusaba. El TS se expresa de la siguiente manera:

"Que a diferencia de la conducta del procesado el día 20 de octubre de 1968..., su actuación en el supuesto ahora contemplado... no reviste alcance ni entidad suficiente para proyectar un atentado contra la seguridad del Estado, ni tampoco perjudicar su crédito y prestigio, pues las declaraciones efectuadas a la prensa en 9 de abril del pasado año de 1969... no revelan más que un exacerbado propósito de exhibición y notoriedad, imbuido por la idea fija de lograr por la no violencia unos utópicos cambios políticos, siguiendo las campañas extranjeras en su día propugnadas por tales medios, sin que ni tan siquiera ninguna de las frases contenidas en la declaración supongan tampoco un atentado a la dignidad de la Nación española, muy por encima de los extravagantes y manidos conceptos vertidos por el procesado, incluso guardando formas respetuosas en la exposición de sus ideales evolutivos por cauces pacíficos..."

### Conclusiones inmediatas

Confieso que la diferencia de criterio entre el TS y el TOP ha sido para mí una grata sorpresa. ¿Abre esta sentencia, como era mi deseo, un cauce legal para un posible movimiento de no-violencia activa? El TS, al mismo tiempo que razona con impecable sentido jurídico mi absolución, se permite unos juicios tal vez menos jurídicos sobre la viabilidad de mi intento: el Sr. Arias es un exhibicionista, sus fines son utópicos, sus conceptos extravagantes y manidos, y su actuación carece de alcance y entidad. A quien absuelve el TS, en fin, es a un pobre diablo.

Puede que así sea, pero lo que interesa no es ese pobre diablo, sino su "idea fija". ¿Que no era delito su propósito? La lógica de las cosas pide, entonces, que se obstine en ponerlo en práctica.

La idea fija, sin embargo, no debe impedir pararse de vez en cuando a mirar en torno.

## Ojeada en torno

Más de un amigo me ha reprochado el carácter excesivamente individual y aislado de mi actuación. Ello puede tener su lado positivo (evitación de encasillamientos limitativos), pero sería ceguera negar lo razonable de esos reproches. Si el no-violento puede verse a menudo forzado por las circunstancias al testimonio solitario, su aspiración es naturalmente unirse a otros que están comprometidos en la misma lucha.

Hay en España varios núcleos de jóvenes que se sienten atraídos por la no-violencia. Yo no quisiera —nunca lo he deseado— seguir siendo un testigo solitario. Tampoco quisiera dar la impresión de que los no-violentos aspiramos a una justicia abstracta, desconectada de los problemas cotidianos.

¿Qué perspectivas se ofrecen a las ideas de no-violencia activa en la España de fines de 1970? ¿Qué pensar concretamente de las posibilidades de la táctica de los carteles o "encartelamiento", practicada con periodicidad semanal y en un trayecto fijo, según mi idea primitiva?

En mi opinión, hay planteados actualmente en nuestro país tres grandes temas, por lo menos, que deben interesar directamente a los no-violentos:

1.- La democratización de las estructuras. Es posible que la forma radical de mi primera reivindicación (elecciones a la Jefatura del Estado), declarada ilegal, careciera de realismo. Quizá tampoco mi segunda petición (reforma de la Ley de Sucesión) tuviera la expresividad de un buen eslogan. Pero los no-violentos podrían pedir elecciones a la Presidencia del Gobierno (previa modificación de las disposiciones legales que se opongan a ello); o bien, más modestamente, hacerse eco, de alguna manera, de la aspiración a una Ley Sindical auténticamente democrática.

2.- Abolición de la pena de muerte. En el momento en que escribo, desconozco aún el resultado del Consejo de Guerra de Burgos, que ha dado nueva actualidad a la cuestión de la pena de muerte. Si, como es de esperar, no llega a ejecutarse ninguna pena capital, el momento podría ser bueno para insistir en que ésta fuera suprimida de nuestra legislación, sin dar a esa insistencia un sentido de parcialidad política.<sup>23</sup>

3.- Reglamentación de la objeción de conciencia. Los no-violentos no podemos conformarnos con el naufragio en las Cortes de un proyecto de ley —por lo demás de alcance muy limitado— presentado por el Gobierno en esta materia. Es previsible el aumento del número de objetores de conciencia españoles, tanto por motivos religiosos como por concebir sus deberes cívicos de una manera más progresiva que la hasta hoy imperante. Es lamentable que la opinión católica española se muestre tan apática en seguir las orientaciones del Concilio Vaticano II en favor de aquellos que se niegan a aprender la manera de matar a sus semejantes.

A estos tres temas podrían añadirse, desde luego, muchos otros. La lista sería interminable, pues no hay problema de organización social al que no sean aplicables los métodos no-violentos. Pero esos tres ejemplos son suficientes para mi objeto.

## Dificultades de organización

En mi declaración de abril del 69 dije, con frase que el TOP consideró atentatoria al

prestigio de la nación española, pero en la que el TS no ve delito, que no disponemos en nuestro país de la misma libertad de opinión y de expresión de que gozaron Gandhi y Martin-Luther King. Podía haber añadido la libertad de reunión. Es un hecho que los no-violentos españoles nos enfrentamos con dificultades que no conocieron los campeones citados ni conocen actualmente los no-violentos italianos, franceses, belgas, ingleses o norteamericanos. Todos ellos pueden convocar públicamente a sus simpatizantes, en la calle o en local cerrado, sin correr el riesgo de cumplir siete semanas de prisión provisional por un "delito" que luego se declara inexistente. Y eso es lo que yo quisiera hacer ahora: convocaros a todos los que os sintáis llamados a la no-violencia activa, o a los que deseéis informaros sobre ella, para tomar consejo de vosotros y para que juntos consideremos las perspectivas de acción. Acción que podría desarrollarse en el marco de mi declaración anteriormente reproducida, cuya legalidad ha reconocido el TS, pero que podría también adoptar otras formas. En todo caso, parece presupuesto previo indispensable ponerse de acuerdo sobre un plan. Pero ¿cómo?

Debemos huir de la tentación de la clandestinidad, cuyos inconvenientes son notorios, y que no se ajusta al estilo ni a la ética no-violentos.

Debemos mostrar nuestra voluntad de concordia aprovechando al máximo las posibilidades que las leyes actuales ofrecen para avanzar por la vía democrática.

Pero no debemos quedarnos quietos con la excusa de que esas posibilidades son desdénables.

La síntesis de estos imperativos no es fácil.

### Invitación

Los que residís fuera de Madrid y de su provincia, ¿habéis formado ya círculos de amigos interesados en la problemática de la no-violencia? Para mí sería un placer ir a pasar uno o varios días con vosotros para charlar sobre los aspectos morales, jurídicos, políticos, históricos de la no-violencia.

Respecto a los que residís en Madrid, los contactos pueden ser más directos y frecuentes. No puede tratarse, naturalmente, de constituir una asociación ilícita o de celebrar reuniones ilegales. A título experimental, os hago la siguiente invitación: venid individualmente a mi casa en San Lorenzo del Escorial (...). Mientras las circunstancias no cambien, mi puerta estará abierta a todo no-violento en acto o en potencia.

No creo poder deciros más en esta carta. Es muy posible que algunos de los que la lean estén lejos de comprender todo lo que queremos decir con la tan repetida expresión "no-violencia", y sientan una explicable desconfianza ante una etiqueta que lleva el peso de muchos equívocos. A esos, yo les pediría que no nos juzguen sin escucharnos y, sobre todo, sin observarnos.

Y que a los no-violentos les aguijonee la responsabilidad de sentirse observados.

En esta primera semana de un Adviento preñado de esperanzas, os deseo la paz dinámica de los justos.

3 de diciembre de 1970

Gonzalo Arias



## CARTA A.B.B.

Enero de 1971

Querido amigo:

Las siguientes consideraciones sobre la situación y perspectivas de la *no-violencia activa*, NVA, en España han sido redactadas como respuesta a varias peticiones de información. Creemos que podrían interesarte.

### ¿Para qué hablar de no-violencia?

*"Hoy en día donde realmente existe una auténtica paz es en España"* (Manuel Benítez "el Cordobés", declaraciones a la Agencia Cifra, 21-XII-70).

*"En definitiva, LOS ENCARTELADOS es una muestra más de una literatura política de oposición esencialmente negativa y destructiva y en su consecuencia ineficaz. Una caricatura de los métodos de Gandhi y de M.L. King, una torpe trivialización de la doctrina de Lanza del Vasto, totalmente fuera de lugar en su país y ante una situación que, ciertamente, no parece necesitar de este signo de «no-violencia»."* (Boletín de orientación bibliográfica del Ministerio de Información, sept. 1969).

No vamos a polemizar aquí ni con el Cordobés ni con el anónimo funcionario del Ministerio de Información. Respetamos sus opiniones, pero hemos querido citarlas como ejemplo de lo que nosotros no creemos, esto es: que la paz de que hoy disfrutamos es auténtica, y que por lo tanto está aquí fuera de lugar, por innecesario, el signo de "no-violencia".

Ciertamente, disfrutamos en España de una situación de paz formal que, esté o no esté basada en la justicia, es en sí misma un beneficio; pero de esta constatación derivamos precisamente un argumento en favor de la oportunidad de predicar la no-violencia. En efecto, una doctrina de paz no tiene probabilidades de ser escuchada en medio del fragor de las armas. Dios mismo mandó a su Hijo a predicar el amor a los enemigos cuando en Palestina y en todo el Imperio reinaba la paz de Augusto, más o menos justa, pero paz al fin, y no cuando las guerras que sirvieron para constituir el poderío romano o las que habían de marcar su caída. Viniendo a situaciones históricas de nuestro siglo: ¿Qué eficacia tuvieron las ardientes palabras de paz de Pío XII en los años 1939-1945? La Guerra Mundial terminó cuando tenía que terminar, pero ningún beligerante fue capaz de prestar oídos a la voz de la razón y de la concordia. Lo mismo hay que decir, para nuestra vergüenza y nuestro dolor, de la España de 1936-39, aunque no faltaron en esos años quienes desplegaron, por encima de uno y otro bando, generosos esfuerzos de paz, condenados a la esterilidad por aquellos que, cegados por la pasión del momento, llamaban justicia a los frutos del odio y traición al perdón.

La paz hay que salvarla cuando todavía es tiempo, y ese es nuestro caso ahora. Pero salvar la paz no significa simplemente abstenerse de actividad guerrera, concepción puramente negativa que puede llevar al sacrificio de la justicia, o que abandona la iniciativa a los

que, llevados de reflejos congénitos, conciben siempre a la justicia con una espada en la mano. Acontecimientos recientes, que están en la mente de todos, nos muestran que nuestra sociedad se está dejando llevar de nuevo por su predisposición a resolver las divergencias humanas mediante el avasallamiento del contrario.<sup>24</sup> No queremos acusar aquí a nadie de mala fe: supongamos que partidarios del orden y partidarios de la revolución actúan según los dictados de sus conciencias. Pero aun supuesta esa buena fe en muchos de esos españoles apasionadamente enfrentados, lo cierto es que entre todos están trazando esa "espiral de violencia" descrita con justeza por Helder Cámara: violencia número 1, la injusticia social; violencia número 2, la protesta sangrienta de los oprimidos; violencia número 3, la represión, las torturas...

### Grandeza y miseria de la no-violencia

*"A medida que penetraba en la filosofía de Gandhi, mi escepticismo respecto al poder del amor decrecía gradualmente, y por primera vez me di cuenta de que la doctrina cristiana del amor, actuando a través del método gandhiano de la no-violencia, es una de las armas más potentes de las que dispone un pueblo oprimido en la lucha por la libertad." (Martin-Luther King, La fuerza de amar).*

Damos por supuesto aquí que sabes, lector amigo, que la no-violencia tiene, o en todo caso pretendemos darle, una proyección dinámica, y que es algo más radical, profundo y positivo que una simple condenación de la violencia. La NVA quiere ser ciertamente una actitud de amor, pero también de combate; nada aterra tanto al no-violento como la posibilidad de que se atribuya su repulsa de los métodos cruentos a pusilanimidad, resignación o comodidad.

Pero una cosa es que pretendamos presentarnos como activistas y otra es que los consigamos efectivamente. Escuchemos un momento las voces de nuestros críticos:

*"Su conducta en la práctica se reduce a predicar, lloriquear, clamar, aconsejar, y como conclusión, sentir la propia impotencia. Y todo ello es así porque tales ideales no tienen suficiente vínculo efectivo con la realidad que se tiene delante de los ojos." (J.Aumente, en Cuadernos para el Diálogo, oct.1970).*

Y un simpatizante de la NVA interpreta así las críticas a ella:

*"Como consecuencia de todo esto, los pacifistas de izquierda se ven atacados precisamente con los mismos argumentos que la derecha nacionalista y patriótica empleaba contra el pacifismo («el pacifismo debilita la voluntad combativa de los pueblos, adormece las virtudes patrias, pone a los pueblos en manos de sus enemigos, etc.»). El argumento de la izquierda es, en este momento, análogo: «El pacifismo social adormece la voluntad de lucha de los oprimidos y explotados; pone a éstos en manos de sus opresores y explotadores; sirve a la causa del capitalismo y contribuye a mantener el statu quo de la injusticia mundial»." (C. Santamaría, en Cuadernos para el Diálogo, junio-julio 1968).*

Las reticencias y desconfianzas a la hora de juzgar la eficacia de la NVA son muy explicables, hay que confesarlo, en la España de nuestros días. Los ejemplos de Gandhi y de Martin-Luther King, moviendo grandes masas, están demasiado lejos de nosotros. He aquí cómo se expresa uno de los teólogos españoles de más prestigio dentro y fuera de nuestras fronteras, el jesuita José María Díez Alegría:

*"Sobre esta base de sincera reflexión, de cara a la cruda realidad, me pregunto todavía: ¿Por qué la vía de la no-violencia activa no presenta hoy, con suficiente claridad e inmediatez, la característica de eficacia y de validez histórica que muchos hombres de buena voluntad, especialmente jóvenes, anhelan en su compromiso por la causa de una «revolución de estructuras», capaz de orientar la marcha del hombre hacia un «progreso» auténticamente humano?"*

*No dudo en responderme a mí mismo en estos términos: Porque los «no-violentos activos», empeñados en serio en la causa de la justicia (de la lucha contra la «violencia estructural»), son hoy sólo una insignificante minoría. Pero otra cosa muy distinta sería si masas humanas, si pueblos de hombres fueran movilizados para una acción no-violenta, auténticamente activa." (Mundo Social, oct. 1970).*

### ¿Podemos aspirar a movilizar masas?

Antes de movilizar masas, se nos presenta el problema de llegar a ellas para informarlas. Necesitamos encontrar modos de difundir nuestra concepción de la NVA.

*"Al llegar aquí, el lector podría preguntar: «¿sabe el autor en qué país vive? ¿Conoce la existencia de órganos poderosos que impiden la difusión de documentos que no han pasado por la censura?» Ciertamente, el autor conoce la existencia de esos órganos. Pero poderoso no significa todopoderoso. Hay que oponer la sangre fría y la prudencia a la dureza del aparato policíaco. Cada participante en la vida ideológica de nuestra sociedad no sometida a la censura debe observar ciertas normas de seguridad personal y colectiva. Desde ahora, los medios correspondientes, bases del futuro código tácito, son objeto de numerosas discusiones. Hay que reflexionar sobre ellas. Tenemos que reducir al mínimo los peligros a los que se encuentra expuesto un ciudadano que ejerce sus derechos legales en un régimen arbitrario. No hagamos ruido, no combatamos por la libertad de prensa, sino realicémosla." (Doc. clandestino soviético, enero de 1969, publicado en *La presse clandestine en URSS, 1969-70*, por M. Slavinsky, París 1970).*

No creemos necesario explicarte, lector amigo, por qué a la hora de buscar inspiración y ejemplo para resolver nuestro problema de información no podemos volver la mirada a Gandhi, a M.L. King o a los no-violentos de la Europa occidental. Los no-violentos españoles tenemos que iniciar nuestra acción enfrentándonos con nuestras propias dificultades y tratando de hallar nuestras propias soluciones.

El problema, por lo demás, no es insoluble. Seamos sinceros y realistas. Nuestro régi-

men no es la dictadura monolítica ni la pura arbitrariedad en que podrían hacer pensar ciertas propagandas extremistas.

Dice Helder Cámara que "para oponer a la revolución armada la fuerza de la verdad, la presión moral liberadora, parece indispensable que el régimen establecido tenga un mínimo de respeto a los derechos humanos, y en concreto al derecho de expresión". Pues bien, entendemos que ese mínimo existe en España. Que no se nos interpreta mal: no estamos satisfechos con la forma en que se tratan entre nosotros los derechos humanos, pero creemos que esa forma da ciertas posibilidades legales de actuación a los no-violentos.

En la legislación soviética, según el libro antes citado, no hay ningún texto que prohíba la copia y la difusión de manuscritos no publicados. Gracias a ello se ha podido desarrollar una frondosa literatura de oposición a base de la proliferación de copias mecanografiadas, que los severos castigos impuestos a algunos escritores no consiguen reprimir. En España la legislación no es más severa, ni la represión más enérgica. En esta carta, por ejemplo, no hay materia de delito, pese a estar tirada en multicopista. Explotemos al máximo, sin temor, esta posibilidad de comunicarnos. Es el miedo a la represión, más que la represión misma, lo que anula la personalidad de los pueblos con almas de esclavos.

### Hablar no basta

Pero si la palabra es necesaria como vehículo del pensamiento, queda desprovista de autoridad y de fuerza de convicción si no va acompañada de actos. No hay más demostración convincente del movimiento que la de echarse a andar.

¿Qué hacer, concretamente?

Todos vemos a nuestro alrededor instituciones, situaciones, leyes, estructuras en fin, que nos parecen injustas y reprobables y sobre las que quisiéramos ejercer esa "presión moral liberadora" de que habla Helder Cámara para conseguir su abolición o reforma sin violencia sangrienta. Caben dos posibilidades: o salimos nosotros al paso de esas estructuras, o esperamos a que ellas se interpongan en nuestra vida para oponerles nuestro "no".

Los firmantes de esta carta ofrecen ejemplos de una y otra de estas posibilidades. Uno de ellos, Gonzalo Arias, ha tratado de concebir y poner en práctica un método no-violento adaptado a la situación española para tomar la iniciativa en la denuncia y el enfrentamiento con las estructuras injustas. Si no tienes noticias de ello, el interesado está dispuesto a facilitarte más amplia información de su experimento, consistente en esencia en ejercer **públicamente** el derecho de expresión para llevar a la calle la presión moral no-violenta.

Otro de los firmantes, Pepe Beúnza, ha llegado a la NVA al verse obligado a responder al requerimiento de las estructuras basadas en la moral de la "violencia justa". Esto significa que, al ser llamado a filas, ha optado por la objeción de conciencia al servicio militar. Es evidente que ningún no-violento consecuente puede aceptar la idea de que la paz se asegura preparándose para la guerra. También el interesado (o sus familiares o amigos, pues es probable que él esté privado de libertad cuando recibas esta carta) están dispuestos a facilitarte más amplia información sobre su situación y móviles.

## ¿Qué puedes hacer tú?

1. Si te crees llamado a ocupar un puesto de vanguardia en la NVA, o si te inquieta esa posibilidad, te pedimos que nos consultes antes de tomar una decisión. Como ya hemos dicho, creemos que, hoy por hoy, la NVA tiene la posibilidad de moverse dentro de los cauces legales, aunque acaso haya que correr el riesgo de que algún funcionario de policía o alguna autoridad judicial excesivamente celosos nos apliquen su idea demasiado estricta de la legalidad, antes de que el Tribunal Supremo ponga las cosas en su punto. Esto ya le ha ocurrido a uno de los firmantes, y por eso conviene aprovechar la experiencia adquirida.

Si por tu situación profesional, familiar, o por cualquier motivo personal, siempre respetable, no estás en condiciones de actuar en vanguardia, pero deseas apoyar de algún modo a los luchadores de la NVA, he aquí otras posibilidades:

### 2. Necesitamos ayuda económica.

*"... la pregunta más frecuente era la de: «¿Qué podemos hacer para ayudarles?» Contestamos que estábamos seguros de necesitar ingentes cantidades de dinero para las fianzas de excarcelación. Necesitaríamos que en reuniones públicas se organizara un apoyo mayor." (M.L. King, Por qué no podemos esperar).*

Tampoco esta cita del gran apóstol negro es para señalar analogías, sino diferencias entre su situación y la nuestra. Ni somos todavía numerosos para llenar hasta rebosar las cárceles de una ciudad, como él y los suyos consiguieron en más de una ocasión, ni es ese nuestro objetivo ahora. Pero si queremos que la NVA se abra paso necesitaremos también mucho dinero: para mandar esta y otras cartas en cientos o miles de ejemplares, con las debidas precauciones para evitar "extravíos"; para traducir y publicar (legalmente!) obras extranjeras sobre NVA; para desplazarnos, mientras podamos, con objeto de dar charlas; para realizar y estimular estudios jurídicos destinados a allanar el camino a un futuro estatuto de los objetores de conciencia, etc.

Si tu conciencia te dice que debes contribuir de esa manera a los esfuerzos en favor de una revolución pacífica, al final de esta carta verás las cuentas bancarias en las que puedes hacer ingresos.<sup>25</sup> Por razones fáciles de comprender no podemos ofrecerte, de momento, más garantías que nuestra palabra sobre el recto uso de esos fondos. Somos los firmantes los responsables, a título individual, y no ninguna sociedad u organización que no podemos soñar en constituir.

Todo esto, repetimos, es legal. Pero sabemos que hacemos frente a un doble riesgo:

a) Que se nos acuse de "hacer el juego" a la injusticia establecida. Así por ejemplo, dice José María González Ruiz: "Tampoco veo fácil el que los métodos no-violentos no sean «recuperados» por el actual «establishment» neocapitalista con vistas a una hábil manipulación de ellos y a favor de su propia violencia opresora establecida y hábilmente camuflada."

b) Que funcionarios supercelosos, en el extremo opuesto de la "habilidad" temida por González Ruiz, vean infracciones a la ley donde sólo hay voluntad de afirmación de la conciencia.

3. Otra posible forma de ayuda es la aportación de trabajo personal, que puede ser muy variado: mecanografía, traducción, escritura de artículos para periódicos y revistas, gestiones ante organismos oficiales, correspondencia, asesoramiento jurídico. El contacto personal parece indispensable para concretar estas posibilidades.

### ¿No es la NVA un bello gesto sin esperanza?

*"Según Gandhi, una campaña no-violenta provoca cinco reacciones: la indiferencia, el ridículo, el insulto, la represión, el respeto. Para llegar al quinto punto se requiere a veces mucho tiempo"* (Aldo Capitini, *Le tecniche della Nonviolenza*, Milán 1967).

Esta carta no pretende, en realidad, convencer a aquéllos que no creen en la fuerza de la NVA. Sabemos que a éstos sólo les podremos convencer con hechos. Nos dirigimos más bien a los que tienen sensibilidad para advertir la revolución moral en marcha y no se resignan al papel de simples espectadores. A éstos les decimos: aunque no podamos prever ni garantizar su ritmo, la revolución no-violenta es inexorable. Y entre el riesgo de adelantarnos a nuestro tiempo y el de incurrir en omisión culpable por indecisión, pereza o miedo, preferimos mil veces el primero. ¡Ayudadnos!

*Gonzalo Arias*

Traductor

San Lorenzo

de El Escorial

## CARTA DE PEPE BEUNZA

al Capitán General de la 3ª Región Militar

Excelentísimo Señor:

Le escribo esta carta con sencillez, esperando que no le molestará y sabrá comprenderla.

Tengo que decirle que después de varios años de reflexión he decidido hacer objeción de conciencia al servicio militar que debo comenzar mañana en Valencia.

Quisiera que esta acción fuera una expresión de alegría y de amor a todos los hombres y de esperanza de un mundo mejor sin guerras, odios ni abusos que ya hemos de ir construyendo entre todos.:

Porque soy no-violento y estoy comprometido en la lucha con medios pacíficos por la liberación de los oprimidos, la justicia y la libertad;

Porque soy católico y el respeto a todos los hombres, incluido usted, es para mí una norma fundamental.;

Porque como dice el Sermón de la Montaña: Dichosos son los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios y dichosos los perseguidos por ser justos porque de ellos es el reino de los cielos;

Porque creo que un servicio civil (alfabetización, desarrollo, ayuda a cualquier desgracia) es un camino de paz más eficaz que la preparación de la guerra;

Porque considero la guerra como un crimen contra la humanidad y estoy decidido a no colaborar con ninguna guerra y a luchar contra sus causas (Declaración de la Internacional de Resistentes a la Guerra);

Porque los pioneros de un mundo sin guerra son los jóvenes que rechazan el servicio militar (Einstein);

Porque la carrera de armamentos en este momento en que el Tercer Mundo clama su desgracia es un escándalo intolerable (Pablo VI), y creo que el desarme empieza por uno mismo;

Porque todo hombre es mi hermano y "otro camino hacia la paz por la fraternidad lo están haciendo quienes desde la ley o desde la praxis tratan de hacer un sitio honorable entre nosotros al rechazo del servicio militar por motivos de conciencia" (Comisión Nacional Justicia y Paz).

Al mismo tiempo mi gesto es solidario de los 60.000 desertores americanos y 10.000 objetores en la cárcel por no querer ir a la guerra del Vietnam; de los 32.000 objetores fusi-

lados por Hitler; de los 36.000 objetores en la actualidad en Alemania; y de los 160 encarcelados en España por estos motivos y de todos los que sufrieron y sufren por la objeción de conciencia.

Tengo 23 años; por todo esto, de acuerdo con las leyes vigentes que creo urgente modificar, deberé estar en la cárcel siete años; pero antes, quiero decirle que en Europa Occidental únicamente en Suiza (unos meses de cárcel), Grecia, Portugal y España se condena a los objetores de conciencia, y que la objeción de conciencia está reconocida por:

- Comisión Internacional de Juristas,
- Asamblea del Consejo de Europa,
- Consejo Mundial de Iglesias,
- Comisión Vaticana Justicia y Paz,
- Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas,
- Amnistía Internacional,
- Concilio Vaticano II.

Lo cual es muy triste para todo buen español deseoso de ver a nuestro país a la cabeza de la civilización.

Agradecido, le desea la paz dinámica de los justos,

*José Luis Beúnza*

Valencia, 11 de enero de 1971



## CARTA ABIERTA A UN AMIGO MILITAR

14 de febrero de 1971

Querido José María:

Permíteme que te elija como destinatario nominal de una carta que, en realidad, quisiera dirigir a todos los militares españoles. Me es más fácil escribir pensando en ti, que eres mi amigo, que en el militar en abstracto; y ello aunque en el fondo de mi corazón llame a todos tus colegas no ya amigos, sino hermanos.

Tú sabes la evolución que se ha operado en mi conciencia desde los días lejanos en que juntos juramos bandera, allá en el Campamento de Monte la Reina. Guardas recuerdos de la franqueza, la buena fe (la ingenuidad, diría quizá alguno de nuestros compañeros de entonces) con que yo trataba de meter mi personalidad en el molde venerable de la moral militar.

Hoy no soy el mismo. Me declaro no-violento, entendiendo esta expresión en su sentido revolucionario, y no meramente pasivo. Y aunque todos los compatriotas de "conciencia militar" me merecen el sincero respeto y la comprensión que se deben a la buena fe —lo mismo que yo pido el respeto y comprensión de ellos para nosotros— sería inútil que tratáramos de cerrar los ojos a esta realidad: la "conciencia militar" y la "conciencia no-violenta" son incompatibles.

Sin duda es muy difícil, cuando no imposible, que quien ha sido educado en el culto de las virtudes militares renuncie buenamente a unas ideas que son los pilares de su vida. Difícil y doloroso. ¿Cómo decir al que siempre ha puesto su espada al servicio de la justicia (o así ha creído hacerlo) que la justicia no precisa en absoluto de sus servicios? ¿Cómo convencerlos, a ti y a tus colegas, de que el progreso de la humanidad exige con urgencia que se abandone totalmente el funesto lema *si vis pacem para bellum*?

Yo, por ahora, no me veo con fuerzas ni de intentarlo siquiera.

Mi objetivo de hoy es mucho más modesto. Quiero informarte sobre un proyecto que un grupo de amigos tenemos entre manos y anticiparme a tus posibles objeciones. No recabo tu aprobación ni menos tu aplauso; pero sí pido un esfuerzo de comprensión y un reconocimiento de nuestra honradez.

El proyecto a que me refiero es un acto de solidaridad con el objetor de conciencia José Luis Beúnza, uno de los 160 (más o menos) objetores españoles actualmente en prisión, que se distingue sin embargo de los demás por no pertenecer a una confesión religiosa minoritaria, sino a la religión oficial del Estado, y sobre todo por declararse totalmente en la línea de pensamiento de la no-violencia activa. Lo que queremos hacer cinco españoles, acompaña-

dos de cierto número de colegas de otros países, es una marcha a pie desde Ginebra (de donde saldremos el 21 de este mes de febrero) hasta Valencia (en cuya prisión provincial está Beúnza desde hace un mes) con objeto de atraer la atención de los gobiernos y de los pueblos sobre este problema, de pedir a las autoridades españolas que apresuren su solución jurídica y de pedir, en caso de que no se desee tal solución, que se nos impongan las mismas penas que a José Luis, puesto que somos culpables de tener sus mismas ideas.

No quisiera hacer esta carta muy larga. Con lo dicho es más que suficiente, probablemente, para suscitar en ti ciertos reparos. Trataré de preverlos y de explicarme.

**1º** ¿Cómo puede merecer respeto un señor que se niega a servir a la patria como todo ciudadano? ¿No es eso un acto de egoísmo, de insolidaridad, incluso de cobardía?

No, el objetor de conciencia no es un insolidario. Pide sencillamente que se le dé la posibilidad de servir a la comunidad a su manera, en obras de paz (ayuda a los necesitados, alfabetización, etc), aunque su "servicio civil" sea tan penoso y largo, o más, que el servicio militar.

Tampoco es cobarde. ¿Hablan en serio los que llaman cobarde a quien, en tiempo de paz, prefiere 10 años de cárcel y un difícil enfrentamiento con la opiniones dominantes a una temporada mucho más breve y cómoda en los cuarteles y, en tiempo de guerra, prefiere la ejecución cierta a la relativa inseguridad del frente?

**2º** ¿Por qué elegir Ginebra como punto de partida de la marcha anunciada? ¿No sería mejor que laváramos nuestros trapitos sucios en familia?

Respondo que la no-violencia es, por su propia naturaleza, internacionalista. Somos españoles, pero antes que eso somos hombres: la solidaridad mundial debe ser, para nosotros, un sentimiento más fuerte que esos nacionalismos estrechos que se nos están quedando anticuados. Creo que el militar español puede comprender esto si se le hace observar que en realidad se trata de trasponer a un plano más elevado un sentimiento que a él le es familiar: el sentimiento de que la solidaridad hispánica debe estar por encima de los nacionalismos regionalistas, demasiado estrechos para él.

Ginebra, ciudad internacional si las hay (y ciudad, por otra parte, de un país donde tampoco está resuelto el problema de la objeción de conciencia) nos parece buen punto de partida de una acción que, con ser española, es al mismo tiempo una manifestación de confraternización con los no-violentos y objetores de conciencia de todo el mundo. Reconocemos al no-violento suizo o de cualquier otro país el derecho a interesarse por los problemas de la no-violencia en España, como recabamos para nosotros, por ejemplo, el derecho a interesarnos por la suerte de los norteamericanos que purgan penas de prisión por negarse a matar vietnamitas.

**3º** ¿Qué necesidad hay de recurrir a medios más o menos sensacionalistas y espectaculares, con el consiguiente riesgo de excitar pasiones o alterar el orden público, cuando ya las autoridades han tomado en consideración el problema de los objetores de conciencia y se disponen a resolverlo?

Hay muchos compatriotas, en efecto, que instintivamente sienten repugnancia hacia todo lo que sea un intento de dar a la opinión pública unos cauces de expresión que no sean los predeterminados por la ley. Es posible que algunos de ellos crean sinceramente que esos cauces "legales" son suficientes. Pero yo diría que la verdadera base de este reparo es la extensión indebida a la sociedad civil de un concepto de "orden" que sólo es válido en el plano

militar. ¿No crees, José María, que la deformación profesional del militar le impide muy a menudo ver que la manifestación de opiniones discrepantes en una sociedad, lejos de ser signo de debilidad o descomposición, lo es de salud cívica?

En cuanto a las tímidas tentativas de origen gubernamental para resolver el problema a satisfacción de los objetores, puede decirse que, si han fracasado hasta ahora, uno de los motivos ha sido precisamente el de faltarles el calor de la opinión popular, que nosotros tratamos de despertar. En este sentido, me interesa también salir al paso de posibles interpretaciones partidistas y aclarar que no ha de verse en esta acción nuestra un acto de oposición política contra un gobierno o un régimen. Pedimos sencillamente a las autoridades—independientemente de que éstas nos gusten o no— que promulguen un estatuto satisfactorio de los objetores de conciencia. Petición que, en cierto modo, el propio Gobierno ha hecho ya a las Cortes antes que nosotros, y que éstas tuvieron la "osadía" de denegar.

Es seguro que estas reflexiones hechas a vuelapluma son insuficientes y deberían ser completadas con largos cambios de impresiones. Bien me gustaría tener ocasión de desarrollar más ampliamente estas ideas ante ti y ante un auditorio de militares para invitaros al diálogo. No desespere de poder hacerlo en un futuro próximo. Entre tanto, recibe un fuerte abrazo de tu amigo de ayer, de hoy y de mañana.

*Gonzalo Arias*

**CARTA DE LOS CAMINANTES**  
**de la "Marcha a la Prisión"**  
**a los Ministros de Justicia y del Ejército**

Toulouse, 27 de marzo de 1971

Excelentísimos Señores:

Por la prensa hemos conocido las declaraciones del teniente general Castañón de Mena, Ministro del Ejército, referentes a la próxima presentación a las Cortes de un proyecto de estatuto de los objetores de conciencia.

Como sin duda saben ya ustedes, los firmantes estamos realizando, junto con numerosos compañeros de diversos países, una marcha que desde Ginebra deberá conducirnos a Valencia, en cuya prisión provincial se encuentra el primer objetor de conciencia católico español, José Luis Beúnza. Nuestra acción quiere ser una manifestación de solidaridad nacional e internacional con la persona que en nuestro país ha tenido el valor de plantear por primera vez en sus términos justos la lucha contra toda causa de guerra.

En estos momentos en que se habla de resolver de manera humanitaria el problema jurídico que plantean aquellos que por razones de conciencia se niegan a hacer el servicio militar, y cuando la falta de información hace que se considere a menudo a los objetores como seres excéntricos que merecen la reprobación o la conmiseración de los buenos ciudadanos, creemos necesario explicarles las razones profundas que nos llevan a expresar nuestra oposición de principio al servicio militar obligatorio.

Es posible que el Gobierno y el ejército español estuvieran dispuestos a mostrar una mayor tolerancia con nosotros si limitáramos nuestras razones "de conciencia" al fuero interno de la persona, si —como hacían los primeros cristianos— declaráramos que nuestra actitud se debe exclusivamente a la preocupación de mantener nuestras manos limpias de sangre humana. Pero si eso hiciéramos no obraríamos lealmente, pues ocultaríamos al menos la mitad de nuestro pensamiento.

No creemos que el ejército y la preparación de los ciudadanos a la guerra sean la mejor manera de promover la paz y de defender los valores espirituales y materiales de la nación. Lo decimos llanamente, sin ningún ánimo de injuria, y con todo el respeto que nos merecen las personas que de buena fe profesan otras ideas. No creemos —y acaso no lo crean tampoco muchos militares— que la principal función de nuestro ejército sea defendernos contra ataques exteriores. Una defensa armada contra un ataque de una gran potencia, en la era atómica, sería un suicidio. Por otra parte, las grandes potencias tienen hoy otros medios más

taimados de invasión contra los cuales nada vale el ejército, cuando no es cómplice consciente o inconsciente del invasor; y no falta quien opina que nuestra patria es hoy víctima de una de esas usurpaciones de soberanía. El ejército español, hoy, se da como justificación, explícita o implícitamente, la función que se suele describir como "defensa de la patria contra sus enemigos interiores". Para nosotros, esto equivale a decir defensa de unos españoles contra otros españoles. Y da la casualidad de que los españoles defendidos son los que detentan el poder político o económico en nuestra sociedad, mientras que los que están enfrente son los más desfavorecidos.

Dicho esto, es preciso añadir que sería un error atribuir a la actitud de los objetores de conciencia una motivación "política" en sentido estricto. Los objetores de conciencia (al menos aquellos en cuyo nombre hablamos) dicen "no" al ejército tanto si el régimen al que éste sirve es de derechas como si es de izquierdas. Saben que los pretendidos "ejércitos populares" se convierten con demasiada facilidad en instrumentos de opresión del pueblo. Quieren trabajar por la justicia y por la paz, pero se niegan en todo caso a servirse de la violencia armada, pues están convencidos de que la humanidad ha alcanzado ya el grado suficiente de madurez para que puedan experimentarse con éxito medios no-violentos de lucha y de transformación social.

Acaso piensen ustedes que con tales ideas, radicalmente incompatibles con la ética militar, es imposible que la objeción de conciencia sea admitida por el ejército. En el plano de los principios, tal incompatibilidad es patente, y no pretendemos ocultarla. Pero en la práctica, el diálogo viene facilitado por el hecho de que los objetores de conciencia, en acto o en potencia, son una ínfima minoría. Sería absurdo que pretendiéramos imponer nuestras concepciones a una masa nacional que no las comparte. No sólo sería absurdo, sino contrario a nuestros mismos principios de respeto de la conciencia ajena. Por eso nos limitamos a pedir igual respeto para todos los objetores de conciencia. Un respeto que, lejos de menguar el prestigio o el honor del ejército, sería interpretado como un acto de nobleza y mostraría que siempre es posible la convivencia basada en el reconocimiento mutuo de la dignidad entre hombres de buena voluntad.

Lamentaríamos que el proyecto de estatuto que actualmente se prepara incurriera en el pasado error de no escuchar debidamente a los más interesados. Es importante que el futuro estatuto, para ser viable, recoja la experiencia de los países europeos más adelantados y prevea los casos y las situaciones que indudablemente se presentarán en los próximos años. Consideramos que es un derecho natural nuestro intervenir de alguna manera en la preparación de una ley que directa o indirectamente nos afecta. Permítannos que contribuyamos modestamente a la reflexión necesaria con la siguiente enumeración de principios que hemos elaborado de acuerdo con los objetores de diversos países que nos acompañan en la marcha.

## Principios básicos para un Estatuto de la Objeción de Conciencia

1. Quedará exento del servicio militar todo español que se declare opuesto a él por razones de conciencia o convicción profunda, tanto en tiempo de paz como de guerra, y todo aquel que por los mismos motivos se niegue a participar en una guerra concreta.

*Comentario.* No es justo, en efecto, limitar la objeción a las motivaciones religiosas. La conciencia del librepensador o del ateo merece tanto respeto como la del creyente. Y el mismo respeto merecen aquéllos que, siguiendo la orientación de la teología escolástica, distinguen entre guerras justas e injustas y se creen obligados a oponer su negativa únicamente a éstas.

2. Se creará un servicio civil de carácter social para combatir la miseria, la ignorancia y la injusticia, causas de conflictos y de guerras. A este servicio civil estarán obligados todos los españoles que reúnan las siguientes condiciones:
  - a) Acogerse expresamente a las disposiciones del Estatuto;
  - b) No haber realizado el servicio militar o haberlo realizado parcialmente;
  - c) No estar exento del servicio militar por motivos distintos de los previstos en el Estatuto.

*Comentario.* Aunque el ideal sería que cada ciudadano sirviera a la sociedad de la manera que él mismo juzgue más apropiada a su capacidad y a sus aptitudes, parece imprescindible dar carácter obligatorio al servicio civil mientras el militar tenga el mismo carácter. Sin embargo, no parece lógico obligar a aquéllos que actualmente están exentos del servicio militar (eclesiásticos, mineros, mujeres, etc.) a servir a la comunidad con una actividad distinta de la que ya desarrollan.

3. El servicio militar estará bajo la dependencia de organismos no militares, nacionales o internacionales, públicos o privados. Se pondrá especial cuidado en que los trabajos realizados no interfieran en zonas o sectores afectados por el paro.

*Comentario.* Los objetores de conciencia rechazan netamente, como es natural, la hipótesis de un servicio en organismos auxiliares del ejército (construcción de edificios militares, sanidad militar, etc.). Tampoco desean ser motivo de crisis o malestares sociales, cuando precisamente su gran preocupación es la justicia social.

4. La duración del servicio civil será la misma que la del servicio militar, excepto en los casos en que, por las propias características y necesidades del trabajo que se realice, y con la conformidad expresa del objetor, el servicio civil deba tener una duración mayor.

*Comentario.* La experiencia de los países que admiten la objeción de conciencia muestra

que no es necesaria la imposición de una mayor duración del servicio civil para garantizar la sinceridad de las motivaciones de los objetores. Debe evitarse, en todo caso, el presentar el servicio civil como un castigo para ciudadanos de segundo orden

5. Podrán acogerse a las disposiciones del Estatuto todos los españoles varones que se encuentren en edad militar, tanto si no han sido llamados aún a filas como si están movilizados o en la reserva. Aquellos que se declaren objetores de conciencia después de haber cumplido una parte de su servicio militar estarán obligados a cumplir un servicio civil de duración equivalente al período de servicio militar que les quedara por cumplir.

*Comentario.* No hay motivo para dudar de la sinceridad de aquél cuya conciencia se despierta a los problemas morales de que aquí se trata sólo después de haber servido durante cierto tiempo en el ejército. El caso es frecuente, dada la temprana edad de los reclutas en el momento de su incorporación a filas.

6. Aquéllos que, después de la promulgación del Estatuto, sigan negándose a hacer tanto el servicio militar como el servicio civil, no podrán ser juzgados ni condenados más de una vez y por un solo delito, y la pena que se les imponga no podrá ser superior a un período de prisión equivalente a la duración del servicio militar.

*Comentario.* Tanto en los medios jurídicos como en los militares se tiene conciencia de lo inhumano del mecanismo actual de procesos y condenas sucesivos que pueden mantener a un hombre en la cárcel durante más de diez años por no querer ser soldado, cuando el que se mutila con el mismo fin incurre en penas menores. Es previsible, por otra parte, que el estatuto no pondrá fin al problema que presentan los refractarios a todo servicio, procedentes en especial de una determinada confesión religiosa.

Creemos haber expresado con bastante claridad nuestra posición y nuestras peticiones. Hemos querido hacerlo por escrito y con suficiente anticipación a la llegada de nuestra marcha a tierra española (Puigcerdá) para que en ese momento, el 11 de abril, el Gobierno de que ustedes forman parte tenga en sus manos los datos necesarios para tomar una decisión meditada respecto a nosotros. Nuestro propósito es proseguir después nuestra marcha hasta llamar a las puertas de la prisión de Valencia, pues queremos pedir para nosotros la misma represión inmerecida de que es objeto nuestro compañero, para poner así más claramente de manifiesto la injusticia con que son tratados los objetores.

La continuación de nuestra lucha y nuestra actitud ulterior dependerán de la medida en que las autoridades respondan a las peticiones antes enumeradas. Dadas las comprensibles lentitudes del proceso de elaboración de una ley, a las que aludía el teniente general Castañón de Mena en su declaración de Alicante, nos permitimos señalar que, en espera de la promulgación del Estatuto, el Gobierno podría dar una prueba de su voluntad de resolver el problema poniendo en libertad provisional a todos los objetores.

Confiado en que no vean ustedes en la llana sinceridad con que nos expresamos nada que sea contrario a la corrección debida, les deseamos la paz dinámica de los justos.

*Gonzalo Arias*

....

San Lorenzo del Escorial  
(Madrid)

*Mara González*

....

Valencia

*María Angels Recasens*

L'Arche-Nogaret

Francia



**AUTO DE PROCESAMIENTO**  
**(Extractos)**

Juzgado de Orden Público

Madrid, 14 de abril de 1971

RESULTANDO que luego de una exposición de principios de la no violencia activa como forma apta para la lucha política, expuesta en una carta firmada por Gonzalo Arias, José Luis Beúnza y Salvador de les Borges, en la que se expresan las acciones llevadas a cabo por el primero y la objeción de conciencia del segundo al ser llamado a filas, y con motivo de la detención que por esta causa viene sufriendo el aludido Beúnza, se organizó una "Marcha a la prisión" desde Ginebra a Valencia, marcha que desde el primer momento, finales de febrero del actual año, fue encabezada por GONZALO ARIAS BONET, LUIS FENOLLOSA CORAL, SANTIAGO AQUILINO DEL RIEGO JUAN, MARIA AMPARO GONZALEZ GONZALEZ y MARIA ANGELES RECASENS ESTRADA, ... los que recorrieron parte de Suiza y cruzaron Francia convocando personas para incrementar los grupos, celebrando mítines\*, incluso en poblaciones por las que no discurría la marcha, con idea de manifestar su solidaridad con Beúnza, protestar por su encarcelamiento y para que cese una represión injusta, intentando en Ginebra, Lyon y Marsella entrevistarse con los representantes consulares españoles, y ocupando\* el local de la última de las dichas poblaciones francesas hasta que hubieron de ser expulsados por gendarmes, repitiendo el intento\* en otros, dando cuenta de los resultados, afluencia de personas, motivos, etc., en impresos editados en multicopista, dirigiendo desde Toulouse una carta a los Ministros de Justicia y del Ejército el 27 de marzo y, finalmente, otra\* en la que se dice que los objetivos de la "marcha a la prisión" son los de afirmar los derechos de la persona humana; "concebimos —dice tal manifiesto— la campaña por la objeción de conciencia como parte de una lucha de largo alcance —que nosotros deseamos pacífica— por la justicia y por la paz", añadiendo: "las manifestaciones de solidaridad internacional a que han dado lugar la objeción de conciencia de José Luis Beúnza y nuestra marcha son motivo de profunda satisfacción", finalizando con el anuncio de que son ya siete los "que pedimos —para denunciarla con más vigor— la misma represión injusta que se ejerce sobre los objetores de conciencia", declaración fechada el día indicado en Bourg-Madame, dirigiéndose sobre las cuatro de la tarde los cinco ya mencionados más MIGUEL ANGEL GIL RODA, español residente en Francia, y JOSE GABRIEL DIEZ COLLADO, vecino de Madrid, todos ellos con carteles en pecho y espalda alusivos a sus propósitos y solidaridad y encabezando un grupo no inferior a trescientas\* personas al puente internacional de Puigcerdá, lugar en que se permitió el paso a los siete ya mencionados negándose a los restantes integrantes del grupo, que permanecieron bloqueando dicho paso fronterizo durante unas cuatro horas hasta que al fin

fueron disueltos\* por la policía.

CONSIDERANDO que los hechos relacionados revisten los caracteres de un delito de los que comprometen la paz e independencia del Estado, definido y penado en el artículo 132 del Código Penal,...

SE DECLARA PROCESADOS en este sumario a [siguen los nombres de los siete] ...

\* La publicación aquí de este auto de procesamiento no significa que yo esté de acuerdo con todos los términos empleados para describir los hechos. (G.A.)

\*\* Art. 132 del Código Penal entonces vigente: "El español que, fuera del territorio nacional, comunicare o hiciere circular noticias o rumores falsos, desfigurados o tendenciosos, o ejecutare actos de cualquier clase encaminados a perjudicar el crédito o la autoridad del Estado, o a comprometer la dignidad o los intereses de la nación española, será castigado con las penas de prisión mayor, inhabilitación absoluta y multa de 10.000 pesetas."

(La pena de prisión mayor va de seis años y un día a doce años.)

## DECLARACIONES DE JOSÉ LUIS BEÚNZA

ante el Consejo de Guerra que lo juzgó el día 23 de abril de 1971, en Valencia

Quisiera, si ustedes me lo permiten y en atención a los tres meses que llevo encarcelado y a los seis años que aún me quedan por cumplir, salvo que antes se reconozca nuestro estatuto, explicar respetuosamente el porqué de este gesto que no dudo permanecerá confuso para algunos de ustedes y para mucha gente en general.

Todo hombre es mi hermano incluidos ustedes que me van a condenar y no hay nada personal contra ustedes en mis juicios; pero, desde el momento en que se consideran en el deber de juzgarme, tengo asimismo el deber de defenderme y aceptarles como representantes y defensores de una situación social con la que no estoy de acuerdo.

Si en algún momento mis ideas les parecen radicales o exageradas quisiera que vieran únicamente la fuerza de mis convicciones, profundizadas y clarificadas a través de largos días de encierro y de la amarga experiencia que como preso empiezo a tener.

No puedo olvidar que del cuartel a la cárcel fui esposado y apuntado por dos metralletas como si de un asesino peligroso se tratara, cuando yo me he presentado voluntariamente, pues en noviembre pasado estaba de viaje por el extranjero y vine precisamente para cumplir mis deberes con la patria, aunque para mí mi patria es la humanidad, y no otra cosa puede creer un católico después de las palabras de Pablo VI en la *Populorum Progressio*: "El desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad", por lo que creo que hay que superar la idea de fronteras arcaicas y glorias pasadas que no sirve sino para desarrollar el individualismo, la desconfianza, la competencia y el provecho de unos pocos en perjuicio de los demás.

Pues bien, desde que Caín mató a Abel con una quijada de asno, hasta la bomba atómica y las modernas armas químicas y bacteriológicas, se ve una evolución regresiva de la humanidad en la que no quiero participar.

El mundo está enfermo, dice Pablo VI, su mal reside en la falta de fraternidad entre los hombres y los pueblos.

Yo diría más bien que estamos en manos de locos. ¿Qué otra cosa se puede pensar de una civilización que ha sido capaz de un derroche increíble con fines paramilitares, y que sin embargo sus dos terceras partes padecen y mueren de hambre?

Esta situación llega a ser dramática cuando pensamos que, por primera vez en la historia de la humanidad, el hombre tiene poder para destruir todo rastro de vida sobre la tierra; y si para esto bastan 27.000 megatones, tenemos almacenados más de 200.000, con lo que el mundo se convierte en un inmenso polvorín en el que incluso por error podría surgir la chispa fatal. Este equilibrio del terror no puede llevarnos más que al desastre final, y ante esto prefiero pudrirme en una cárcel rodeado de homicidas antes que construir mi propia autodes-

trucción.

Esto me lleva a plantearme la objeción de conciencia. Soy católico pero me parece equívoco alegar este motivo cuando en mi país los obispos tienen graduaciones y honores militares y presiden los desfiles, cuando en países como Italia, Portugal y España, donde la Iglesia Católica tiene mucha influencia, los objetores de conciencia sufren grandes dificultades.

Creo mejor plantearlo por motivos éticos. Soy no-violento y considero que la historia tiene suficiente experiencia de las consecuencias desastrosas de la violencia, como para que nos sintamos obligados a experimentar otras vías de cambio social.

Además considero que el derecho a la objeción de conciencia debe ser reconocido por motivos religiosos o cualquier otra convicción profunda, como está aceptado por la Iglesia Católica en la reunión mundial de todas las iglesias, en octubre pasado en Kyoto, sabiendo que según el artículo VI del Fuero de los Españoles "la profesión y práctica de la religión católica, que es la del Estado Español, gozará de la protección oficial" y que el Concilio Vaticano II, en *Dignitatis Humanae*, dice: "El hombre percibe y reconoce, por medio de su conciencia, los dictámenes de la Ley Divina y para llegar a Dios, que es su fin, tiene obligación de seguir fielmente esa conciencia, en toda su actividad".

Y aquí insiste Pablo VI. Ya es hora de que la opinión pública haga presión en los gobiernos para que reduzcan lo más posible otros gastos, por ejemplo, los militares; y sigue, cuando tantos hogares viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de este nombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional, toda carrera de armamentos es un escándalo intolerable.

Pero mi acción no es negativa: ahora mismo estoy dispuesto a comenzar un servicio civil de incluso doble duración que el servicio militar, pues teniendo en nuestro país tantas necesidades, no puedo ocupar mi tiempo en preparar desfiles militares, cuando según el nada tendencioso informe FOESSA, hay en España un millón de niños sin escuela, un 20% de analfabetos, que corresponde a 7.400.000 personas, un déficit de 4.300.000 viviendas y tantas otras necesidades culturales, sanitarias, agrícolas, forestales, etc., en las que podríamos ser ocupados los 200 objetores encarcelados actualmente, luchando así contra las causas de la guerra, pues según Pablo VI las diferencias económicas, sociales y culturales de los pueblos, cuando son excesivas, provocan tensiones y discordias y ponen en peligro la paz.

Nos alarman datos como el que en el mundo se gaste anualmente 10 billones 500.000 millones de pesetas en armamento y sólo 700.000 millones en ayuda a países subdesarrollados. Siendo el desarme una necesidad imperiosa, creo honradamente que hay que empezar por uno mismo y llevar esta acción a escala internacional, que es como se debe resolver.

El mismo Teniente General Díez-Alegría dijo recientemente en Lisboa: "Acabar con la guerra es un imperativo que la humanidad debe tratar de cumplir por todos los medios posibles, pero la guerra es un hecho ante el cual no se pueden cerrar los ojos". Yo creo que al aceptar la guerra como último recurso y mal necesario se sientan las bases de legitimación y perpetuación. Las normas de la guerra justa, no son en ningún momento aplicables a la guerra moderna, y esto la convierte en un crimen contra la humanidad, pues aunque la causa sea justa, las armas actuales la convierten en un masacre indiscriminado, por lo que toda persona tiene el derecho a negarse a participar en la guerra o en su preparación.

Afirmo como el físico Einstein: "Los pioneros de un mundo sin guerra son los jóvenes que rechazan el servicio militar".

Como muestra tenemos la guerra de Indochina. No podemos permanecer indiferentes cuando leemos en la prensa que los EE.UU. han lanzado sobre Indochina el doble de bombas que el total de las que lanzaron en la Segunda Guerra Mundial.

Muchos nos preguntan alarmados qué haríamos frente a una futura e irreal invasión. Creo que:

1º - Tenemos suficientes problemas actuales para que nos entretengamos con posibles problemas futuros.

2º - Hay que reconocer que nuestro gesto no consigue la desaparición del ejército. Alemania tiene 36.000 objetores y eso no es obstáculo para tener el mejor ejército de Europa.

3º - Las invasiones actuales no tienen por qué serlo a sangre y fuego. Estamos invadidos por los americanos que nos dominan política, económica, militar, culturalmente, e impasibles dejamos que se lleven nuestro dinero y nuestros científicos.

4º - Creo sobre todo en la eficacia de un entrenamiento para una defensa no-violenta. No habría invasión capaz de resistir una huelga general, una campaña de no cooperación y de desobediencia civil. Claro que para esto es necesario que la sociedad esté entrenada, educada y descentralizada, que cada uno sienta que lo que defiende es algo suyo. Mientras nuestra sociedad esté en manos de doscientas personas dueñas de la Banca y los Monopolios, mientras un 1% de los propietarios posean más de la mitad de las tierras de España, no podemos exigir, salvo engañándolos, de hombres cuyo único haber son la miseria y los callos en sus manos, que arriesguen su vida por defender la riqueza de los demás.

Estoy convencido de que, como dice Lanza del Vasto, "el solitario, oscuro y silencioso sacrificio en todos los países de quienes oponen razones de conciencia a la movilización, no llegará a resolver el problema de la guerra, pues el ejército no es más que el instrumento de ésta y no su causa, que es el abuso". Mas por lo menos lograrán hacer reconocer un derecho fundamental del hombre, derecho que las democracias pisotean, más que lo hicieron los imperios bárbaros: el derecho de no matar.

Creo que estamos ante un signo de los tiempos, un signo beneficioso que ustedes no podrán frenar ni con cárceles ni con castigos; y cuanto antes lo reconozcan jurídicamente, antes se librarán de sus enojosas consecuencias, de las que nosotros somos sólo víctimas.

Soy inocente y repito que no son ustedes los que me juzgan sino yo el que se presenta voluntariamente para denunciar esta injusticia. Pueden ustedes condenarme, pero quiero antes decirles que la objeción de conciencia está reconocida por la Comisión Internacional de Juristas, Liga de Derechos Humanos, Consejo Ecuménico de las Iglesias, Concilio Vaticano II, Comisión Vaticana de Justicia y Paz y Consejo Mundial de las Iglesias.

Para terminar, quiero darle las gracias por esta experiencia tan interesante que me permite un conocimiento más profundo de mí mismo y de la sociedad en que vivo, y también porque en mí se puede realizar el "bienaventurados los que hacen la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios" y "bienaventurados los que sufren persecución por defender la justicia porque de ellos es el reino de los cielos", y el reino de los cielos está en nosotros mismos.

*Nota: Esta declaración de Pepe Beúnza fue interrumpida por el Tribunal, que no le permitió proseguir a partir de la 2ª línea del 4º párrafo.*

## INDICE

### Página

I. La chispa .....	4
II. Las primeras llamaradas.....	14
III. La brasa .....	43
IV. El incendio (primera versión).....	63
IV. El incendio (segunda versión).....	65

### APÉNDICE DOCUMENTAL

1. Sentencia del Tribunal de Orden Público.....	103
2. Carta de Adviento.....	106
3. Carta A.B.B. ....	112
4. Carta de Pepe Beúnza .....	119
5. Carta abierta a un amigo militar.....	121
6. Carta de los caminantes .....	124
7. Auto de procesamiento.....	129
8. Declaraciones de José Luis Beúnza .....	131